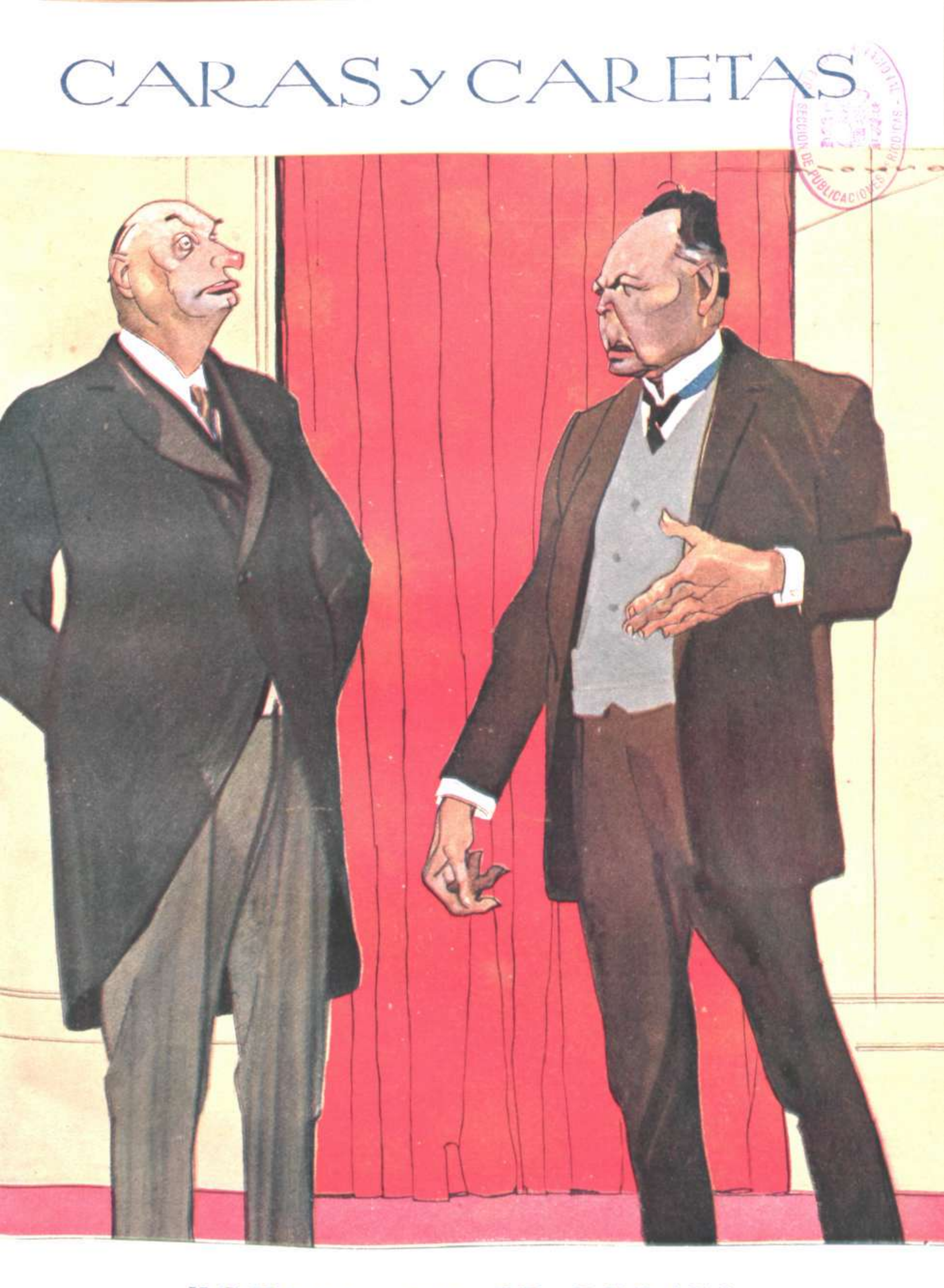
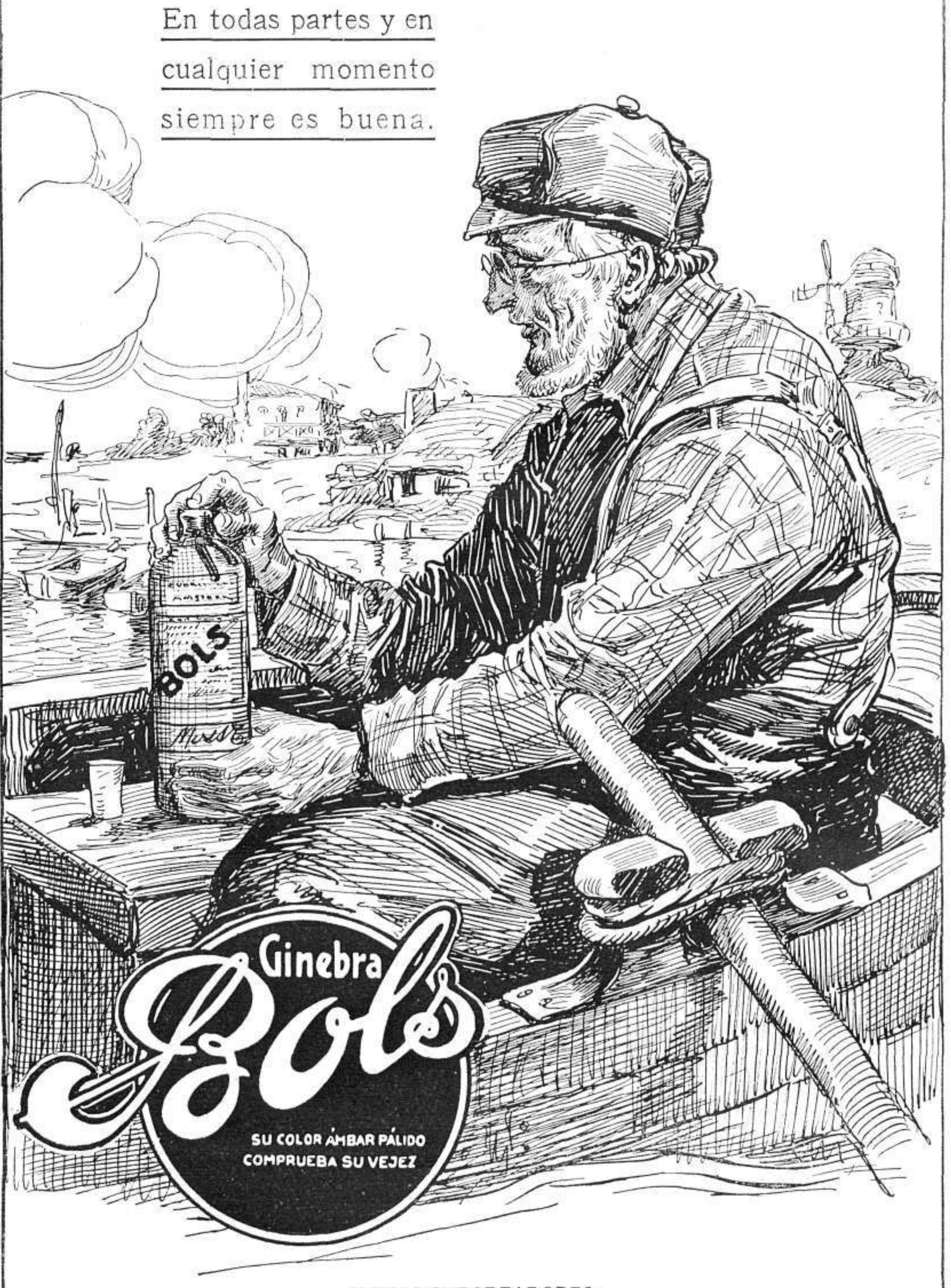
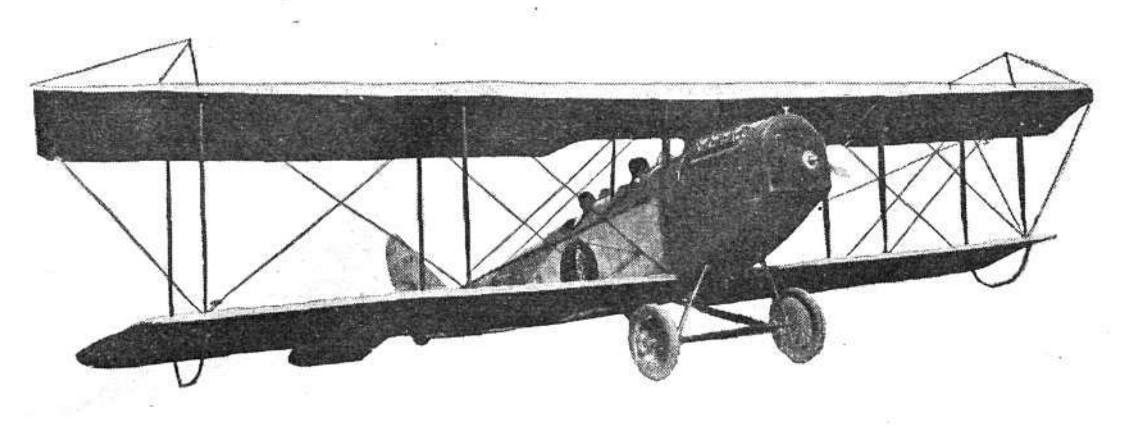


HOMBRE: NO TE ENOJES

Irigoyen. — La culpa no es mía; es suya.
Alvear. — No señor, no es mía; es suya.


En todas partes y en
cualquier momento
siempre es buena.
BOLS
Ginebra
Bols
SU COLOR ÁMBAR PÁLIDO
COMPRUEBA SU VEJEZ

UN GRAN SEÑOR DEL ESPACIO



El «Curtiss S. N.» de 90 c. f. con el que realizó el experimento.

La Petiza», el avión más trabajado del campamento, evoluciona a cincuenta metros escasos, pica de golpe, parece encabritarse abalanzándose en un prodigioso salto ascendente, y parte, recto, veloz, cobrando altura hasta perderse entre las nubes.

— ¿Quién lo dirige? — preguntamos.

— El capitán Olivero.

— ¡Ah!

Justificando nuestra exclamación optimista, «La Petiza» reaparece como un punto negro que poco a poco se agranda hasta arrancar un solo grito de espanto...

Girando sobre sí misma sin apartarse un metro de la perpendicular de de caída, se precipita desde 2.000 metros en tirabuzón cerrado.

— ¡Se va a matar! — grita uno.

— ¡Cuidado!

Todos corren. Ya está a 500 metros, 400, 200, 100, y de pronto traza una curva pequeña saliendo del fantástico tirabuzón y se desliza en línea horizontal a 50 metros sobre el campo, en un plano limpio, suave y elegante.

A los pocos segundos toca tierra.

— Capitán — le decimos — nos han informado que acaba usted de hacer experimentos de radiotelefonía aplicada a la aviación.

— Es cierto.

— ¿Con qué resultado?

— Excelente. Venga vea.

Nuestro redactor escuchando las evocaciones del capitán Olivero.

En el interior del aparato se ha instalado una pequeña caja receptora, perfeccionada y adaptada para el caso.

— ¿Invento suyo, capitán?

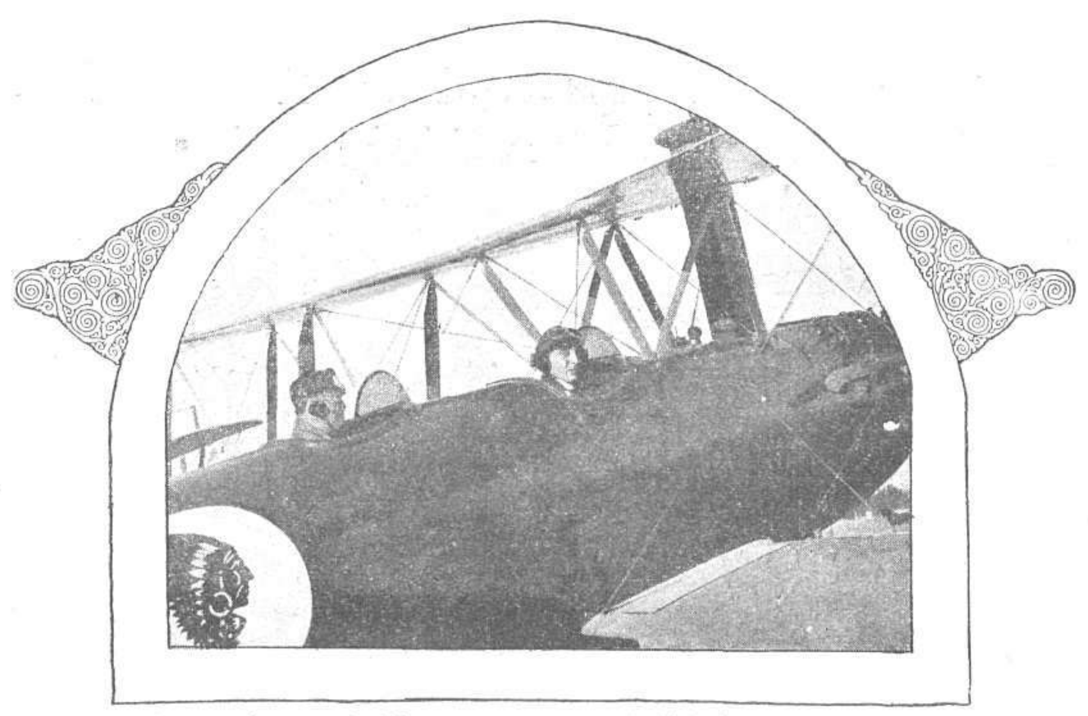
— De todos, amigo, de todos — replica señalando modestamente a los presentes, cuya colaboración, creemos, sólo existió en hipótesis.

— Se trata — agrega — de la recepción de ondas a bordo y a cualquier altura. Es cosa fácil.

— ¿Como el huevo de Colón?

— Sí; facilísimo. El gran problema consistía en conseguir los teléfonos que en una u otra forma aislasen el rumor del motor. Al efecto, ayudado por un técnico de la Radio Cultura, nos pusimos en la tarea hasta que introduciendo algunas modificaciones en aquéllos, logramos nuestros propósitos.

Luego de tener todo listo, ascendí hoy para la prueba definitiva. A los 200 metros, largamos la antena colgante, del mismo sistema de las que se usaron en la guerra para señalar la dirección de tiro. Su extensión de 40 metros es suficiente. Al principio nos aturdió un rumor sordo, potente y confuso y de pronto escuchamos clarísimos las voces de una canción. ¡Habíamos triunfado! Entonces seguimos cobrando altura hasta los 900 metros sin que



Listos para elevarse con los teléfonos colocados, en compañía del técnico de radiotelefonía.

ni un instante se interrumpiese la audición.

No satisfecho aún enfilé hacia Palermo, recorrí luego otros pueblos de la provincia siempre volando de 200 a 900 metros de altura y ya no me fué posible dudar del éxito.

En un vuelo de hora y media escuchamos la audición perfectamente, tal como si estuviéramos en tierra.

— ¿Y ese tirabuzón de 2.000 metros, capitán, formaba parte también de los experimentos? — preguntamos.

— No, eso fué un número fuera de programa.

Cuando descendíamos en los 200 metros comenzaron a tocar un tango... ¡un tango amigo!... los pies no se me quedaban quietos; íbamos bajando y como al entusiasmo del éxito obtenido se agregaba la melodía aquélla; no pude más, paré de golpe, piqué, subí y me largué desde arriba bailando un vals furioso...

El joven aviador, condecorado nueve veces en el campo de batalla, silba despacito un tango y sigue el compás tamborileando con los dedos sobre la caja del aparato.

— Sigamos hablando en serio — añade. — Conseguida la recepción de ondas a gran altura ahora sólo me falta realizar la segunda y tercera etapa de mi programa radioaeronáutico.

1.º La transmisión desde el avión, lo que creo conseguir pronto y, por último, comunicación directa con las estaciones de tierra por medio de altos parlantes.

Esto en la guerra y en la paz será de gran utilidad para el deporte aéreo y para la lucha, pero habrá que esperar un poquito...

En ese instante un alumno lo llama.

— ¡Capitán, listo!

— Voy.

Salta a otro aparato, gira la hélice, arranca, y a poco se cierne en los aires recorriendo en todas direcciones como un gran señor del espacio.

J. LUQUE LOBOS



Fotografía de Morón, tomada a 400 metros en el mismo vuelo de experimentación de la radio.



EN LA SIESTA

El monte era un enorme fogón. Por el tiro de sus angostas abras, el aire entraba penosamente. Y, para colmo, de vez en cuando se arremolinaba, alzando cargas de polvo de los revolcaderos de guanaco que, al trasponer el reparo coposo de los árboles, se diluía en nubes bermejas para rociar los pastizales y las hojas resecas y cubrirlo todo de impalpable capa terrosa.

Ni un asomo de frescura. Ni siquiera la ilusión de un espejismo que trajera al espíritu la impresión sedante de una fantástica aguada.

Tan sólo a la vera del monte, con las espinas erizadas como para defender su precioso tesoro del ansia de la selva sedienta, los escasos *caraguatá* (1) escondían su carga de agua, bendita por la gracia de todas las angustias.

Los *guasunchos* (2) miraban con sus enormes ojos ingenuos esta calcinación de la naturaleza, buscando sombra en lo más espeso de las isletas; los avestruces, las alas soliviadas y el pico abierto, aguantaban estoicos, en medio de las raleras, la lluvia de sol y de fuego que hacía erizar las escasas plumillas de sus cabezas grisáceas. Ni cantaban las aves, ni las chicharras se atrevían a turbar el mortal silencio del desierto.

Hecha un alfiletero y como empujada por el aire, la araña *pollito* cruzaba ligera el *peladal*, como un escalofrío de la selva.

Las iguanas, las lampalaguas, el curidyú, la yarará; la cascabel, que, pérfida y malvada hacía sonar los crótalos secos de su apéndice caudal; toda esa gleba de la selva se solazaba, en cambio, con los ardores de la siesta abrumadora.

El Hombre, acaso, no hubiera resistido esa prueba a que el viento norte y el trópico, en la más atroz de las confabulaciones sometían a la naturaleza. ¿46º...? Cabales, si no más...

Y, con todo, no sólo uno: tres hombres y dos bestias transidos cruzaban el desierto penosamente. En el Chaco, durante el verano, nunca se marcha de día y menos en plena siesta y con una temperatura semejante. Se espera la noche bienhechora o la madrugada, y se reposa cuando el sol acecha toda manifestación de vida para agostarla.

Había, sin embargo, una razón poderosa, única quizá, para que esos hombres desafiaran así el ambiente incendiado. La sed... La sed que hace resuelto al más timorato, que domeña las fieras y es capaz de extraer del corazón del monte a los bichos más ariscos. La sed, que no admite esperas, que hace soñar con refinamientos de bebidas heladas, de inagotables libaciones, tanto más deliciosas cuanto más ardiente es el ansia que las provoca; la sed que enloquece... He ahí lo que impulsaba a esos hombres y a esas bestias en semejante siesta de 46º...

Marchaban en fila india, el peatón en el medio; las mulas con las rodillas laceradas por el coirón, la corona del casco ensangrentada por el filo de los pastos duros y los remos cuajados de tanta espina que alzaban en su constante abrir camino. Las botas del hombre de a pie, con la suela lustrosa de tanto hollar el pasto, hacíanlo resbalar con frecuencia, aumentando así las penurias de esa marcha cuyo objeto inmediato era un poco... ¡un poquito de agua!

De improviso, uno de ellos, el último, dejó la fila, y dando un fuerte *lazazo* a su mula, internóse en la orilla del monte.

—¡Agua! — gritó broncamente. Y se dejó caer al suelo.

La mula se hizo a un lado, husmeó el suelo, intentó un remedo de relincho que salió ahogado, pretendiendo introducir los belfos en las hostiles hojas de los *caraguatá*; pero, herida en los ollares por las espinas, echóse bruscamente atrás, alzando, adolorida, la cabeza.

El jinete cortó una planta, despojóla de unas pocas hojas con su cuchillo, trozó el cogollo y bebió ávidamente del agua bendita del desierto. Sus compañeros, que habían acudido, lo imitaron, y bien pronto, el suelo fué limpiándose de las escasas plantas, cuya agua era recogida en las caramañolas agotadas la tarde anterior.

Las mulas, entretanto, sometidas al suplicio de Tántalo, se esforzaban inútilmente por saciar la sed; el *caraguatá* no es fuente para abrevar las bestias.

Los tres hombres habían recogido apenas una caramañola y media de agua. Tras breve concilio, resolvieron voltear los animales, y, abriéndoles la boca, rociar siquiera con la mitad sus fauces resecas.

Así lo hicieron, y una vez cumplida esta obligación, que no era sino asegurar la propia existencia, convinieron hacer alto en la isleta.

Estos tres hombres que acababan de recorrer cuatro leguas exclusivamente en busca de agua, casi a la ventura, se dieron cuenta sólo después de apagada la sed que habían errado el rumbo. Porque ni sendas tiene el desierto; es necesario conocer las ca-

(1) Palmera pequeña, de hojas espinosas que forman cartucho y conservan dentro el agua de lluvia.
(2) Gacela.

racterísticas de cada monte, de cada isleta, de cada *mogote*, de cada árbol casi; tenerlos grabados en la memoria como en una larga película sensible, y, después de esto, saber adivinar los despuntes de los montes larguísimos e impenetrables, o presentir dónde se halla el indicio que ha de guiarnos en ese montón desconcertante de isletas, de abras, que jamás terminan y que se parecen las unas a las otras como dos gotas de rocío... Es preciso nacer con el don de Calibán y educar el instinto, y también... «hay que perderse una vez»...

Estos desdichados, que así desafiaban la selva, eran desertores de Cochereck.

II

EN EL FORTIN

CUANDO el sargento comunicó al jefe del fortín que tres hombres habían desaparecido, llevándose las mejores mulas y el armamento y equipo indispensables para una larga travesía, el teniente había exclamado, anticipándose a nombrar al presunto cabecilla:

— Gamarra, ¿verdad?

— Sí, mi teniente; junto con Pucheta y Robles.

— ¿Robles también?... ¿Será posible? Ese no llega a tres leguas de aquí. Mañana lo tenemos de vuelta... ¡si da con el fortín! ¡Pero Pucheta, me extraña!... No lo creía capaz de dejarse engatusar.

Pasado el primer momento de indignación que el hecho le había producido, por la responsabilidad que sobre él podía recaer, aun cuando de nada le reprochaba su conciencia, el oficial se preocupó de indagar las causas que habían podido dar margen a semejante deserción, agravada por muchas circunstancias, tal como a primera vista se presentaba. Entretanto tomaba las medidas conducentes a restituírlos al fortín, si ello era aun posible.

Y aunque sin mayores esperanzas de lograr alcanzarlos, había comisionado a un cabo y cuatro soldados que, dirigidos por el baqueano, se pusieron en seguimiento de los prófugos. Era, por lo menos, llenar una formalidad indispensable.

Los desertores habían aprovechado la circunstancia de encontrarse los tres «de servicio de caballada» — para lo cual, sin duda, Gamarra se las compuso de manera de poder combinar el turno a su gusto y conveniencia — y, como el ganado se sacaba temprano y se recogía al caer la tarde, tiempo habían tenido de sobra para poner una buena distancia entre sí y los probables perseguidores. Para colmo, esa noche no era posible ir a buscar el rastro al sitio de partida, de suerte que los hombres llevaban ya una ventaja de veinticuatro horas.

Todo esto no demostraba sino las buenas aptitudes del promotor y la inteligencia con que había planeado y ejecutado la deserción. Así, también, resultaba fácil al jefe del fortín señalar, «a ojos cerrados», la primera figura del grupo, no porque se tratara precisamente de un elemento díscolo, de un hombre perverso o siquiera de malas inclinaciones, sino porque donde una empresa descabellada necesitara de especiales aptitudes para tentarla con éxito, y energía de carácter para arrostrar sus consecuencias, había que buscar al hombre, acaso único entre toda la tropa, capaz de afrontar y de vencer las más grandes dificultades.

Y era, en verdad, sensible que tan excelentes prendas y condiciones eligieran el camino errado. Pero ello resultaba lógica consecuencia de la monótona vida del fortín, que impulsaba a los espíritus inquietos y aventureros a buscar emociones — ¡y qué clase de emociones! — para combatir el enervante ascendiente de una vida terriblemente uniforme.

Como si hubieran querido atenuar la gravedad del delito — deserción frente al enemigo, que en tal situación se consideraba a las tropas destacadas, entonces, en las fronteras chaqueñas, — los desertores tuvieron la precaución de dejar la caballada bastante próxima al fortín, lo indispensable para evitar un posible golpe de mano de los indios. Este pequeño detalle demuestra que los hombres sólo perseguían un fin de libertad, cumplían un deseo, satisfacían un afán de verse desligados a su manera, y en la forma más expeditiva del compromiso contraído; procurando, no obstante, perjudicar lo menos posible a su jefe y al servicio.

Gamarra era capaz de afrontar una huída a través del desierto, sin más baqueano que su intuición, sin más guía que sus sobresalientes condiciones para la vida de campaña, ni más ambición que la de verse libre de un sometimiento que tal vez le pesaba momentáneamente, pero que, a la larga, a fuer de soldado viejo, tenía fatalmente que echar de menos. Tal la psicología de nuestro antiguo milico de fronteras.

El hecho de haber abandonado Gamarra a su manceba y a su hijo, sobre todo a este último, a quien profesaba un cariño entrañable, y que se hallaba a la sazón un poco enfermo, daba ciertos contornos de misterio a la fuga. Nada logró sacar en limpio el teniente, a pesar del cúmulo de conjeturas que lo abordaban. Y cuando hubo de hacer constar su opinión en el sumario respectivo, se vió realmente en figurillas.

También los comentarios de la tropa hacían y deshacían hipótesis y la novedad vino a traer tema para muchas noches de guardia.

Al regreso de la comisión, que rastreó apenas un día, el baqueano declaró que los rastros se abrían, volviendo a juntarse a la distancia, y algunas veces se perdían para reaparecer en la boca de un monte, junto a una aguada, dos o tres kilómetros más lejos. Por lo general, dos rastros marchaban juntos. Al fin, en la orilla de un estero, ancho y sin despunte, los rastros se habían perdido definitivamente.

— Ni más ni menos que los indios, mi teniente. Ese Gamarra es una buena liendre...

Y, sin que el oficial se lo averiguara o le pidiera parecer, el baqueano entró en consideraciones acerca de la dificultad de emprender una persecución, poniendo raro interés en demostrar la imposibilidad de llevarla a cabo y un sospechoso empeño en evitarla a todo trance.

Esto no dejó de llamarle la atención, constándole que Gamarra y el baqueano no eran muy buenos amigos.

Este último, cuando se convenció de que la comisión no volvería a salir, se encaminó ostensiblemente al rancho de la Ermelinda, como dando a entender que él se hacía cargo de la plaza que, por un inexplicable renunciamiento, el soldado viejo había abandonado tan silenciosamente.

Mendoza, el asistente del jefe del fortín, vino a echar un poco de luz en el asunto. Tres días antes, Gamarra y su mujer habían tenido una seria desavenencia.

— Es una chirusa muy ladina, mi teniente — explicó el muchacho. — Yo creo que ha habido leña... — agregó, con intención. — Pero Gamarra no ha podido dar con el intruso. De no...

— ¡Ah, ja! Y de no, ¿qué?...

— De no, se los limpia a los dos... Ella sola no valía la pena de desgraciarse.

Era una manera curiosa de resolver el asunto, pero el oficial concluyó por convencerse de que solamente por respeto a él Gamarra no había querido cortar por lo sano y liquidar las cuentas de una puñalada.

— A menos que — terminó, hablando consigo mismo — no haya preferido aplazar el cobro de su deuda para el día en que pueda sorprenderlos mansitos... ¡Porque abandonar al *gurí* (1) en manos de la Ermelinda!... ¡Pobre viejo Gamarra!

III

LA ORACIÓN

Es cosa sabida que si varios hombres se reunen con cualquier objeto, aunque solamente se trate de dos, hay siempre uno que manda, que dirige, que inspira, que responde a todo: ése es el fuerte.

En este caso, el más fuerte era el peatón, Clotilde Gamarra. ¿Clotilde? Sí; un curioso contraste de los que suele ofrecer la manía de tierra adentro de aplicar el santoral a ojos cerrados. Clotilde Gamarra, a pesar de su nombre femenino, era hombre de una pieza.

Tenía su espíritu caudal suficiente de energías para afrontar cualquier empresa, y, una vez echada la suerte, era capaz de jugarse en la demanda. Pero, contra tales enterezas, suelen oponerse obstáculos que, precisamente por su escaso volumen o mezquina apariencia, no previenen el espíritu para la defensa y resultan luego de una tal magnitud que ellos solos bastan para desviar por completo toda una hermosa trayectoria de propósitos.

Hombre de pocas palabras, con un poco de calma y reflexión habría vencido en la vida, acaso se hubiera elevado a latitudes insospechadas, dentro de su medio. Pero carecía de la dosis de filosofía necesaria para aceptar ciertos golpes de la vida, y, gaucho al fin, habíase identificado de tal suerte con el concepto del honor, que no le era dado meditar ni le hubiera parecido decorosa una solución distinta de la que debía resolverse por la venganza amplia, rotunda.

Porque lo que todos — excepto Pucheta — ignoraban, era que Clotilde Gamarra conocía al hombre que lo había ofendido en lo más íntimo de su amor propio y de sus sentimientos. Pero — una prueba más de la entereza de su carácter — había tragado su pena y su despecho, había probado la amargura del engaño, habíase contenido, luchando con la indignación consiguiente, para no malograr la venganza que preparaba y poder huir con su hijito una vez satisfecha aquélla. ¿De qué le hubiera valido matar allí mismo, en el instante en que su despecho le exigía el desahogo de la sangre traidora, si perdía al propio tiempo a su *Mocito*, que así apodaba al niño, y con el que le hubiera sido imposible huir a través del desierto? Más tarde, cuando lo olvidaran — ¡se olvida tan fácil! — volvería a cobrarse su cuenta, allí o en cualquier lugar; pero sólo cuando su hijo estuviera a buen recaudo.

(1) Gurí; chicuelo. Usase en ambas orillas del río Uruguay.

Pucheta, su confidente, no quiso dejarlo partir solo. En cuanto a Robles, fué arrastrado por los acontecimientos, como esos raigones que la creciente lleva consigo y que se dejan conducir a la ventura, sin gobierno y sin voluntad.

En su fuero interno, el teniente debió alegrarse de que los hombres no fueran habidos. Profesaba a Gamarra cierto cariño, por la adhesión que siempre le había demostrado; y, por su abnegación muchas veces probada, lo admiraba sinceramente.

Así desertó Clotilde Gamarra, y por eso lo siguieron Pucheta y Robles. En el afán de anular, por su cuenta y riesgo, el contrato firmado.

✠ ✠

Gamarra era alto, corpulento, hecho a la lucha por la vida. Llevaba tres noches y casi tres días de marcha y su barba rasurada había vuelto a crecer; el uniforme, viejo y sucio, presentaba varios desgarrones, y las botas negras, resecas, se habían abierto, no tanto por el efecto de la caminata como a causa de los tajos que Gamarra les hiciera con el cuchillo para calmar una molestia que antiguas colonias de *piques* (1) le dejaran en un pie.

Había cedido su mula a Robles, porque éste, inexperto, ahogó la suya en un estero. Por eso Gamarra, el más gaucho, iba de a pie.

De entre las púas de su barba de ébano, que velaban un semblante moreno, surgía la mirada resuelta de sus ojos penetrantes y duros. Hablaba habitualmente con monosílabos y rara vez sonreía.

Pucheta era el más joven de los tres; un muchachón blanco, grueso, de aspecto sano y simpático. Apenas iniciado en la vida, tomó servicio en el ejército, más por curiosidad o ansia de aventuras que por verdadera vocación. Prueba al caso: acababa de despertar. Y no porque tuviera agravios que echar en cara ni rencores que lo impulsaran; simplemente porque lo sedujo el drama de Gamarra y quiso correr su suer-

(1) Niguas.

te, creyendo que la aventura había de terminar de la mejor manera. Era la antítesis de sus camaradas: decidor y alegre, tenía fe en la vida.

El menos indicado para una empresa como la en que se había embarcado era, sin duda, Eustaquio Robles. Enjuto de carnes, nervioso, de ojos tristes; el lacio cabello que comenzaba a treparle las orejas no disimulaba, sin embargo, lo escuálido de su apófisis mastoidea que estaba mostrando claramente la anemia que lo minaba. Temperamento débil, fácil de impresionar, se afectaba a la menor admonición. Su andar, un si es no es enclenque, lo diagnosticaba a la distancia. ¡Cuesta creer que alguien hubiera podido considerarlo, en serio, apto para la vida de campaña!

La ropa de ambos en nada desmerecía, ni su aspecto, de los de Gamarra; porque en cuanto al ánimo de éste, se mantenía a la altura de sus antecedentes y de la responsabilidad que se había impuesto. Se diría la personificación de la confianza.

⊠ ⊠

Pronto un humillo que se abría paso con dificultad por entre las hojas de los quebrachos yurundays vino a suavizar un tanto el aspecto agreste e inhospitalario del paraje, y la pava que descolgó Pucheta de los tientos de su apero fué llenada con agua y puesta a calentar.

— ¡Cuidado amigo! — advirtió Gamarra. — Asegúrela bien, que no hay más agua.

— No se aflija, compañero; si no ha de faltar algún *caraguatá*.

— ¡Ah, ja! ¡Juále risa, no más!...

— ¡No, che! ¡Con estas cosas no se juega! Si falta otra vez el agua... — murmuró Robles con expresión de espanto.

— ¡Nos morimos! — sentenció Gamarra.

— ¡Y di'hay!... — aceptó, riendo, Pucheta.

Robles no tornó a hablar. Un examen de conciencia, reiterado ya muchas veces desde su salida del fortín, cada vez con más arrepentimiento, lo llevó a la conclusión de que había cometido el disparate más grande de su vida al aceptar «el envite de Gamarra». «Al fin y al cabo, el sargento Quinteros no lo había ofendido con gritarle: «¡Traza de loco!», y él debió convenir que, en parte, tenía razón de increparle así su desaseo».

— ¡Qué macana! — terminó para sí. — ¡Y ahora no hay caso de volverse!

Pucheta cebó mate, y esos tres desgraciados experimentaron el infinito placer de añorar, allí en plena selva caldeada, las horas de amena charla junto a pretéritos fogones. La noche comenzaba a cubrir lentamente las raleras.

Clotilde Gamarra, sentado en la montura, la cabeza gacha, recapacitaba. Pero, luego, su pensamiento se iba a su hijito al que había dejado en el rancho próximo al fortín, donde él viviera con la Ermelinda, su madre. ¿Qué hacía el *gurí*? Acaso, lloraba por su tata. Y esa *tosecita* de las últimas noches, ¿persistiría? No, probablemente; era una tos pasajera. Verdad es que el niño tenía un poco de fiebre; que él llegó a prohibirle jugar como otros días con su redonda barriguita al aire, enseñando cuanto Dios le dió... ¡Pobre Mocito! Pero, sin duda, sus amigos, y el mismo teniente, que tanto lo quería, habrían de consolarlo, mimándolo... ¡Pero esa tos del diablo!... Lo que es la madre ya se habría acomodado con el otro.. ¿Ya? — le picó un poco la curiosidad. — ¡Bah!... — alzó los hombros con hastío.

— ¿En qué piensa, Gamarra? — interrogó Pucheta, alcanzándole un mate.

— En la gama que mataste ayer — salivó al costado.

— Lástima que se echó a perder. Con semejantes calores... — opinó Robles.

— Menos el *charque* — objetó Pucheta, que daba vuelta, en ese momento, al último resto que les quedaba y que se iba asando despacio.

El aire, ahora que el viento norte había calmado, parecía arrancar del suelo el calor almacenado durante la siesta, elevándolo hacia la copa de los árboles. La noche había llegado. Una puesta de sol rojiza, presagió otro día canicular. Los quebrachos, los jacarandáes, el palo borracho, los timbós, el urunday, alargaban, en la sombra creciente, sus brazos como en una fraternal acogida.

IV

EN LA NOCHE

El grillo inició su cordial bienvenida. Una de las mulas suspiró profundamente su cansancio: no comía.

El fuego, el fogoncito de Pucheta, luchaba trabajosamente con las sombras. La hora desconcertante, imponía en las almas y en las cosas la angustiosa sensación de una infinita soledad. Los desertores no soñaban siquiera en una posible persecución: una suerte de fatalismo aplastaba, con el peso abrumador de un enorme cansancio todo asomo de energía.

Pucheta dió un salto. Agitó la mano nerviosamente.

— ¡Ya me jo...! — exclamó a media voz. — ¡Chaque!... (1).

Gamarra y Robles se hicieron a un lado, vivamente. Los crótalos de la cascabel parecían doblar a muerto... Pucheta quedaba sentenciado.

Gamarra no vaciló. Alzó un tizón, y rápido, instintivo, hincó el extremo de la brasa en el antebrazo descubierto, que el muchacho mirábase atónito. La carne mordida chirrió; un raro olor a churrasco llenó el ambiente, mientras Pucheta, estoico, continuaba sujetándose el antebrazo. Una sonrisa amarga le contraía el semblante.

El viejo soldado alcanzó aún a aplastar la víbora que ya se alejaba de junto al fogón, y delataba su presencia con el nervioso agitar de su cola. Entretanto, Robles, pálido, ayudaba al enfermo a liarse el brazo con un tiento.

— ¡Pobre amigo Pucheta! — fué todo lo que pudo comentar.

— Es andar en la mala — murmuró Gamarra. Y se puso a preparar tabaco masticado para aplicarle en la herida. Era todo cuanto podía hacer por su camarada; y, en su fuero interno, esta primera contrariedad vino a provocar algo como un vago remordimiento.

— ¡Si, al menos — pensó, — supiera curar de palabra!...

Había cobrado mucho cariño a Pucheta y esta desgracia lo impresionó profundamente. El muchacho, deseoso de levantar el ánimo de sus camaradas de infortunio, púsose a comentar los acontecimientos, dando bromas a Robles, que era el más abatido; y hasta comió del *charque* asado que los otros le cortaban.

Lentamente, la reacción fué abatiendo los espíritus. El enfermo hacía largos silencios. Pensaba; acaso, en su malogrado ensueño de un hogar feliz; en la injusticia de la vida para con él que tanta fe le tenía y con tanto cariño la había afrontado. E íbase dando cuenta que, junto con la hinchazón del brazo,

(1) ¡Cuidado!

que ya comenzaba a hacerle doler seriamente, la muerte se acercaba con más rapidez de la que pudieran sospechar; ya que no había, en pleno desierto, conqué salirle al cruce... Y experimentó un escalofrío que, por primera vez le hizo tener miedo a la muerte. Sentía la piel abrasada por la fiebre y llena de vesículas, y la distensión de los tejidos le indicó que la tumefacción invadía rápidamente la región de los hombros y del cuello.

La noche había ya cubierto por completo el monte. El fogoncito no daba mucha luz, y los hombres, hartos de calor, se mantenían un tanto alejados de él.

—Menos mal — pensaba Gamarra; — en lo obscuro no podrá verse los moretones.

— Me siento mal — musitó Pucheta, como si respondiese al pensamiento del soldado viejo. Y sufrió un desvanecimiento.

Cuando Robles y Gamarra lo volvieron en sí, un inesperado vómito vino a complicar la situación y dejó muy pocas esperanzas en el ánimo de sus compañeros.

Sería cerca de media noche. A esta hora la selva se puebla de raras sugestiones. Las flores, y hasta las hierbas, libres ahora del sol abrasador, respiran y difunden su aroma, como si únicamente entonces les fuera dado prodigarse. El unísono murmullo de millones de insectos que se ocultan en esa alfombra milenaria que tapiza el pie de los árboles y el monte todo, provoca la sensación de como un resuello acompasado y enorme; pareciera que se percibe el latido de la selva, cuya manifestación externa es el *chistido* monócrono del grillo.

Un pájaro sueña en el nido y lanza su gorjeo armonioso en la noche tranquila, turbando el nervioso descanso de la naturaleza; el *aguará-guazú*, con su *¡juaaac!* lejano, da una idea aproximada de la extensión del desierto. El chajá trasnochador, en vuelo al remoto estero, convida a seguirlo. El bramido de *yaguareté*, bronco y profundo, hace estremecer las isletas, que repiten el eco, sobrecogidas... Es el desahogo incontenible de la selva; es un suspiro inmenso de amor, de pena, de esperanza, de fatiga, de congoja... Es el espasmo de un perenne connubio de las bestias, de los insectos, de las plantas, en el anónimo de las sombras chaqueñas...

Al amparo del yuyal y la maleza — los bajos fondos de la selva — la víbora, disfrazando de inocencia su silbido, trama asechanzas. Que la víbora es el ácrata del monte; como él cobarde, hiere a mansalva, sin tener agravios que vengar, y sólo porque el destino la condenó, como al otro, a arrastrarse eternamente.

La luna tamiza sus rayos suaves a través de las hojas, manchando de alegría la lobreguez de la maraña y suavizando los escozores que la naturaleza, inconsciente, provoca al acaso; y en los *peladales* su luz pasa lentamente, como una mano blanca sobre la tierra afiebrada.

Los tucos pueblan las raleras y las luciérnagas anuncian la lluvia anhelada, llenando el monte de inquietas lentejuelas y despiertan en el ánimo el deseo, siempre renovado, de penetrar la maraña, y la esperanza de hallazgos fantásticos que, en suma, sólo están en la imaginación del hombre. La vista, de tanto escudriñar, crea fantasmas que resulta imposible ubicar, y el oído en un micrófono ultrasensible y agucionero que llega hasta producir falsas alarmas.

Surca el firmamento una exhalación y deja en la retina, largo rato, su trazo esplendoroso; es el destino de un hombre que se ha marcado, inexorablemente, en el inmenso libro de la vida.

A esa hora y en tal escenario, el Hombre precisamente luchaba con la muerte.

Sentado Pucheta sobre su montura, que hacen muelle las matras, recuesta su torso adolorido en el tronco de un quebracho colorado. Sus compañeros caminan nerviosos, se sientan, sofocados de calor o intentan dormitar, sin preocuparse de que, hace pocas horas, el amigo que delira a su lado fuera mordido por una víbora ponzoñosa. Es que experimentan esa suerte de fatalismo que concluye por apoderarse de cuantos han vivido en el desierto chaqueño: la fuerza de la costumbre hace olvidar el peligro y desvanece el temor.

— ¿Cuándo es carnaval? — delira Pucheta, febriciente. — Tenemos que ir al *yeroqui* (1) de la picada, mi sargento...

Robles le alcanza un sorbo de agua que el enfermo traga con dificultad y que parece evaporarse al llegar a la garganta.

— Más agua... — murmura; — es carnaval, hay que mojarse... ¿No hay caña en el bolicho? — Y un temblor súbito lo hace callar.



(1) Baile.

Hay un largo silencio. Su respiración se hace cada vez más fatigosa; el cuerpo todo le duele y se sacude. La sed lo carga y el agua se termina. Sus compañeros no beben por guardársela. Pucheta inclina delicadamente la cabeza en el tronco del quebracho... Los otros hombres se han dormido, vencidos al fin por noventa y seis horas de insomnio y de fatigas sin tregua.

V

LA FIEBRE

En la madrugada, mientras los compañeros reposaban con el sueño pesado y la actitud grotesca, Pucheta experimetó un alivio: se murió suavemente, al pie del quebracho colorado, en tanto que la naturaleza despertaba jocunda y la vida parecía recuperar en ella todo su imperio...

Cuando, sin saber el tiempo que habían dormido, los otros se despertaron sobresaltados, halláronlo rígido, amoratado, tumefacto. Los ojos del muerto, vidriosos y entreabiertos, expresaban una profunda decepción, hasta algo de extraña sorpresa; como si la llegada de la muerte hubiera sido para él algo remoto en sus previsiones.

El golpe que experimentaron sus dos amigos se dejó traslucir en la profunda pena que no podían ni trataron tampoco de disimular. Un camarada quedaba allí para siempre, cuatro días después de su salida del fortín. Cuatro días, y las ilusiones que se habían forjado acababan de sufrir un rudo golpe. Ya no continuarían la marcha con la misma convicción ni ansiarían llegar con tanto entusiasmo.

Pucheta debía quedar en el camino como un jalón más de esa vasta triangulación de sacrificios; como un grano más de esa semilla humana depositada en el desierto — no importa en qué circunstancias — y de cuyo conjunto habrían de surgir más tarde los frutos de una civilización nueva y floreciente.

— ¡Y pensar — decía Gamarra, filósofo — que un criollo se arruina al ñudo, pa que vengan más tarde los gringos a alegar derechos! ¡Ni siquiera un rasguño les va' a costar!

El día amaneció con ganas de nublarse, pese a los esfuerzos del sol por hacerse dueño de la atmósfera. Con esa lucha, al fin y al cabo, quienes salían perdiendo eran el Hombre y las bestias. El calor se hacía menos soportable a causa de la humedad que saturaba el ambiente, y los mosquitos, hasta el día antes bastante razonables, cargaban ahora sin piedad a esos náufragos de la vida.

Careciendo de elementos con qué dar sepultura al muerto, tuvieron que hacerlo a la usanza indígena, y depositaron el cadáver sobre una pira de leña, cubriéndolo luego con ramas de todas clases. Allí quedó el pobre Pucheta.

Mientras ensillaban las enflaquecidas mulas para proseguir su marcha, arrastrados por la sed y el hambre que nada saben de condolencias, Gamarra, contra su costumbre, tornóse locuaz.

— Ahora, amigo — díjole a Robles, que se ocupaba en hacer un lío con los avíos del mate, único alimento que les restaba, — ahora, es necesario seguir adelante y no afligirse.

—...¿Seguir adelante? — repitió el soldado como un eco, y como si hubiera llegado el caso de desistir de la empresa.

— ¡Sí, compañero! Quedamos dos solamente, pero hemos de luchar hasta salir a la orilla. — Y tomándolo cariñosamente del hombro, prosiguió en tono casi paternal: — ¡Yo le he de dar una manita en todo lo que se ofrezca, amigo! Gamarra nunca supo dejar a naide en la estacada... Tenga confianza, oiga mis consejos y yo sabré hacerlo llegar adonde le prometí. — Y lo miró con lástima, porque, en verdad, casi le inspiraba tanta como Pucheta muerto. Robles era la antítesis de su apellido y, en esta lucha con la naturaleza, estaba vencido antes de empezar.

— Sigamos hasta donde usté guste, don Gamarra... — aceptó Robles, poniéndose tácitamente, con ese tratamiento que acababa de dar al amigo, bajo su entera tutela.

Toda el agua que lograron obtener — unos sorbos — fué la de un pequeño *caraguatá* que había pasado, hasta entonces, inadvertido, y de él bebieron ávidamente. Poco antes de emprender la marcha, Gamarra hizo pedazos contra un árbol la carabina de Pucheta y enterró el cerrojo; era una medida que ponía fuera del alcance de los indios un arma poderosa. Y se fueron cabizbajos.

El soldado viejo rumbeó hacia el naciente, con la esperanza de caer a La Sabana o, en último caso, a Florencia u otro obraje de la costa del Paraná. Había mucho que andar y era prudente no hacerlo a la ventura.

Ese día, casi tan caluroso como el anterior, lo pasaron sin beber. A mediodía comieron de unos cogollos de *caraguatá* asados, cuya harina es alimenticia y sirve a los indios *mariscadores* (1) en sus correrías. Gamarra había tenido la precaución de cortarlos y echarlos en su maleta la tarde anterior.

Durmieron. Esa noche hasta Gamarra sintió los terribles efectos de la sed, y sus ensueños fueron acompañados del delirio consecuente. Soñaba que su hijito le traía agua helada en grandes porrones, tan grandes que apenas podía con ellos; y, al llegar próximo a su padre, las vasijas se le caían de las manos sin fuerzas, derramándose invariablemente. ¡Pobre *Mocito*! Lloroso, volvía a intentar la empresa, y una vez más el agua se le iba de las manos. Lo veía en el esfuerzo desesperado, con su redonda barriguita y la corta camisa, la vasija rozándole el vientre y el esfuerzo pintado en el semblante... y ¡nuevamente el agua al suelo!

Temprano se recordaron. Los pañuelos que habían tendido la víspera en los pastos para recoger el rocío de la noche, estaban apenas húmedos. Los llevaron ávidamente a los labios resecos, pero resultóles un acicate más para la sed que los atormentaba. Las mulas trataban de alzarse, desesperadas. Una vez más se pusieron en marcha.

¡En cuántas ocasiones no pasarían próximos a alguna aguada cuya existencia ignoraban! ¡Cuántas isletas no ocultaban en su seno la ralera con el pozo cubierto de totora y verdeando de pasto fresco! Pero es necesario ser indio para dar con ella o conocer el monte palmo a palmo. Unicamente la casualidad podía ponerlos en la senda borrada que conduce a la laguna. ¡Y la casualidad no quiso!...

La fiebre de la sed los mortificaba; iban los hombres casi inconscientes, y las mulas no marchaban ya, se arrastraban penosamente, con ese balanceo característico del anca y los remos posteriores, que precede a un agotamiento completo. A las veces, sonaban en el eco del monte los *lazazos* que, de tarde en tarde, propinábanles los jinetes, reaccionando, entonces, momentáneamente.

Serían las diez de la mañana — tres horas de marcha — cuando, de improviso, las mulas enderezaron incontenibles, hacia un costado del monte. Un prolongado rebuzno, algo como un desesperado remedo de relincho, dió a los soldados la certeza de que habían encontrado la salvación. Dejaron hacer a las

(1) Cazadores.

bestias y llegaron así junto a un charco sucio, cuya agua, de un aspecto lechoso obscuro, estaba mezclada con la tierra gredosa del fondo: era uno de tantos charcos donde se bañan y abrevan los jabalíes.

—¡Cuidado, Robles! ¡No tome d'esa agua!... ¡Es charco de los chanchos del monte!

—¿Eh?

—¡Que no beba d'ese charco, que es agua sucia! ¡No sirve... le va a hacer daño!...

—¡Me muero de sed, Gamarra!

—¡No tome, amigo, le digo! —gritó el soldado, dejándose caer de su mula que ya sorbía a grandes tragos, junto con su compañera, el agua barrosa.

Robles, de bruces, bebía con avidez, incontenible, sin cuidarse de las consecuencias. Gamarra lo tomó del cuello y lo alzó; pero sus fuerzas debilitadas nada pudieron contra la desesperación del sediento, y lo dejaron caer nuevamente.

—¡No beba! —imploró el hombre fuerte.

Pero todo fué inútil. De bruces nuevamente, Robles entró la cara en el agua y siguió bebiendo con un refinamiento y una avidez tal que movía a conmiseración. Gamarra volvió la vista para no ceder, a su vez, a la tentación brutal que lo empujaba. Levantó por fin a su compañero y lo apartó del charco, aunque el mal, quizá, no tenía ya remedio.

—Si no le ataca la fiebre al intestino, es porque tiene Dios aparte —sentenció Gamarra, mirando tristemente a su camarada. Sin saber porqué, se acordó de su hijito y tuvo que esforzarse por desechar un vago presentimiento de que tendría que luchar solo contra todo.

Volvieron a emprender la marcha, no bien las mulas pastaron un poco. Gamarra, sediento siempre; Robles, saciado, pero con un raro malestar que comenzaba a embargarle todo el organismo.

Tres leguas anduvieron esa tarde, hasta que resolvieron hacer alto en un abra del monte. Diéronse cuenta de que les sería imposible continuar sin agua; las mulas necesitaban de reposo, y ellos, ¡de todo!



Cuando Robles se apeó, echóse en el suelo. Era ya la media tarde. Una gran jaqueca le tomaba toda la cabeza y un deseo loco de beber lo impulsaba a buscar agua. Gamarra sufría horriblemente; pero, más experimentado, se batía, cediendo el terreno palmo a palmo: no había perdido aún sus esperanzas.

Púsose a desensillar las mulas, de la mejor manera que le fué posible, porque, en cuanto a Robles, éste deliraba sentado en el suelo. Pasó cerca de una hora.

De pronto, el soldado viejo oyó una carcajada que le hizo poner los pelos de punta. Miró a su amigo. Desencajado, pálido, con los carrillos hundidos y la barba crecida; con profundas ojeras y la vista extraviada, parecía loco; debía estarlo, sin duda.

—¡Yo pego la vuelta, viejo! ¡Ja, ja, ja, ja! ¡Adiós, Gamarra! ¡Saludos a Pucheta, ja, ja, ja!...

Pero no se movía...

Cuando Gamarra quiso acercársele, dió un salto y pretendió tomar la carabina, sabe Dios con qué intenciones. Felizmente su amigo malició y lo contuvo. Entonces lucharon a brazo partido. Robles reía y al mismo tiempo insultaba a su compañero de infortunio, echándole en cara la deserción e invitándolo al regreso. El otro, a pesar de su debilidad, logró dominarlo al cabo, y, no viendo otra manera de contenerlo, dióle un golpe de puño en la mandíbula y lo tumbó desvanecido. Luego lo ató a un árbol y lo dejó que reaccionara, mientras él hacía su composición de lugar y meditaba acerca de su terrible situación. Gamarra tampoco tenía ya sus cinco sentidos en orden.

—Un amigo muerto. El otro, loco o a punto de volverse loco. Los dos muertos de sed... ¡Qué linda ocasión para pegarse un tiro!...

—¡Tatita! —parecióle que oía la voz de su hijo. —¡Tatita querido!... —Si hubiese pensado en el suicidio, la sola obsesión de su hijito lo hubiera hecho desistir.

— ¿Qué hago con ese bruto que no quiso obedecerme? ¡Oh, qué sed tengo! — La garganta lo mortificaba cruelmente. — Yo ya no tengo fuerzas... pero voy a buscar agua... ¡Si le sucede algo, maneado como está, tanto peor para él! De todas maneras, está embromado... La fiebre del intestino es tremenda. ¡Pucha, qué bárbaro, tomar esa agua!... La fiebre y la sed son gemelas. ¡Caray, qué sed tremenda!... ¡Robles! — gritó, riendo, — ¿querés agua?... Andá al *bolicho*... (1).

El otro, medio inconsciente aún, nada replicó. Gamarra, apoyado en su carabina, salió a campear agua, sin rumbo.

— ¡Qué sed bárbara, caray! — era, ahora, la obsesión.

De pronto, recordó:

— *Mocito*, ¿tenés agua? ¡Pobre m'hijito que no puede con el balde! ¡Agua!... ¡Ahora es cierto!... ¡Ah, no! ¡Le erré!... — continuaba con intermitencias el delirio.

Después de una hora... — ¿una? ¡Qué sabía él de horas! — regresó sin nada, pero con más sed. Una *charata* (2) cacareó en la espesura.

— ¡Callate, no hagas bulla, que Robles duerme! — le gritó.

Pero Robles ya no estaba en su sitio, ni su montado tampoco. En el suelo, el arma, el apero y algunas *pilchas*. Debía haber montado en pelo porque las cabezadas no parecían por ningún lado.

— ¡Qué bárbaro! — pensó Gamarra. — ¡Este loco se ha ido a pasear! ¡Che, Robles! ¡Vení, pug, ch'amigo!

Nadie respondió a su llamado, pero a lo lejos alcanzó a divisar una nubecita de polvo y un bulto que pronto se perdió tras de una isleta: era la última visión de su compañero.

— Andará campeando — díjose Gamarra. — ¡Lindo muchacho! Ahorita no más vuelve...

Cuánto tiempo dormitó y soñó el hombre, costaría establecerlo. Cuando, en su delirio, volvió varias veces en sí de la especie de letargo en que la fiebre lo sumía, llamó siempre a Pucheta y a Robles. Pero ninguno de los dos podía responderle.

Al amanecer, su inconsciencia se hacía cada vez más prolongada y los momentos de lucidez más breves. En uno de estos últimos se dió cuenta cabal de que su compañero, enloquecido por la fiebre intestinal, se había extraviado para siempre.

— ¡Pobre muchacho! — dijo. — Si hubiera podido darle un baño caliente, yo lo curo. ¡Palabra!... — terminó, convencido. — ¡Santo remedio! ¡Ah, y un poco de quinina!... No hay como la quinina...

Se incorporó penosamente. Su mula comía tranquila, sin preocuparse de su dueño. Recorrió inconscientemente casi, a duras penas, la orilla del monte. De improviso, se agachó, arrodillóse y quedó observando. Sí, esta vez no eran ilusiones; no se equivocaba: tenía en sus manos una enredadera. ¡Eran papas de agua! (3.)

Tuvo un grito de júbilo.

— ¡Robles, vení! ¡Tenemos agua! — llamó el desgraciado.

Con el cuchillo que extrajo de dentro de la caña de su bota, cavó el suelo febrilmente, y, al cabo de un rato, halló tres papas, cinco, once, veinte, treinta, cincuenta y dos papas de agua!

— ¡Cincuenta y dos papas de agua! ¡Caray! ¡Aquí, al lado nuestro! ¡Che, Robles, apurate, pug!...

Y sorbió, o mejor dicho, devoró con deleite infinito, doce o quince papas que limpiaba en la ropa y que le fueron mitigando, lentamente, la sed. ¡Oh, Providencia! ¡Oh, santa y buena providencia del desierto!

Recordó que no debía excederse y se entretuvo en sacar nuevas papas de las que estaba llena la orilla del monte. ¡Y su pobre compañero, pereciendo de sed y de fiebre quién sabe dónde! Hizo acopio como para una semana; hasta se dió el lujo, exprimiendo algunas en la pava, de tomar mate; un tanto insulso, pero mate al fin.

— Parece cosa de brujería — monologaba.

El día continuaba seminublado. A las pocas horas el soldado viejo, salvado por un milagro, recapacitaba. Decidió aguardar hasta la mañana siguiente la vuelta de Robles. Entretanto, su mula se repondría, lo cual era urgente. Hízola ingerir el zumo de muchas papas, ingeniándose para ello, y la aseguró con un largo torzal; así le sería posible soportar hasta el otro día.

Esa tarde cazó una *charata*. Un tiro. Era peligroso denunciar su presencia con un tiro — los indios o una posible comisión del fortín... — Pero él tenía que comer; le era imperiosamente necesario alimentarse.

Y esa noche durmió de un tirón. Tan bien durmió, que no se percató que le llovía encima, por entre el ramaje, desde la madrugada. Al despertar experimentó el inmenso júbilo del hombre que, por un milagro, retorna a la vida.

— ¡Ahora sí, Robles! — clamó con la alegría que provocaba en él la hermandad de sus desgracias; — ¡ahora tendrás agua por lujo! ¡Pobre amigo! ¡Pobres amigos míos!...

Y lloró, en silencio, largo rato, copiosamente, como no lloraba hacía muchos años.

VI

LA OBSESIÓN

El agua caía a conciencia. Aunque, debido a los grandes calores la tierra acaparaba sedienta los chaparrones y no alcanzaban a formarse aún charcos considerables, Gamarra no se afligió por eso. Ya encontraría, más adelante, dónde saciarse y abrevar; entre tanto, ambos podían contentarse con los pequeños embalses que forman los huecos de los troncos abatidos por las quemazones. Cuidaba, empero, a su mula, pues en tan duro trance su valor se acrecentaba y representaba la salvación de su vida y el logro de sus propósitos, por los que tanto luchara. El pobre animal lamía ansioso los pastos y las hojas llenas del agua de lluvia. Acertó a dar con las papas y pretendió hurtarle a su amo, pero, no habituado, fracasó en su intento.

— ¡Cha que sos sonsa! — reía Gamarra, tratando de enseñarle. Pequeñas compensaciones de la desgracia...

Ya era hora de ponerse en marcha. Estaba visto que Robles no volvería; esa había sido su preocupación de toda la mañana. Subióse a los árboles para divisar, aumentó el volumen del humo de su fogoncito con yuyos húmedos, a fin de procurarle algún indicio, por si se hallaba próximo y perdido, sin cuidarse del peligro que este acto entrañaba para él. ¿Rastrearlo?... Era perder tiempo inútilmente y cansar su montado. Si aun estaba en sus cabales, el perdido regresaría no bien mangrullara la señal.

Por fin se convenció de lo peligroso de su presencia allí, y, montando en su mula, rumbeó al naciente. Ahora iba solito, y, como para hacer menos triste su desam-

(1) El correntino no dice «boliche»; sino «bolicho»

(2) Gallina del monte.

(3) Especie de papa, muy acuosa que suelta un abundante jugo, fresco y agradable y que, mezclado con vino le da aspecto de asodado. Crece bajo tierra y a la orilla del monte, en cuyos peladales se descubre merced a su enredadera rastrera.

paro, recapacitaba, monologando, y acusábase de la pérdida de sus dos camaradas a quienes él, en un mal momento, había tentado a desertar.

Su propia suerte no le preocupaba, porque era hombre de aceptar los acontecimientos que él mismo había provocado, y si algún impulso lo llevó a vencer en la lucha entablada con la suerte eran el amor propio que lo caracterizaba y, más que todo, el cariño entrañable por su hijo, a quien no desesperaba de recuperar.

A medida que huía, el recuerdo del niño se le presentaba con más insistencia, como si su espíritu viniera a animarlo en la empresa ahora que iba solo, surcando el inmenso y monótono desierto.

Delgado estaba; desencajado por las privaciones y el insomnio anterior; la retinta barba crecida dábale un aspecto más demacrado al rostro cobrizo, y, en el fondo de ese semblante enérgico, brillaban pequeñitos, incisivos, los ojos, que parecían haber cobrado con las penurias más fuerza de sugestión, más imperio en la mirada.

Al marchado de su mula iba trasponiendo isletas, cruzando raleras y horadando montes, de donde salía hecho jirones a causa de los *garabatos* y ramazón que le cerraban el paso. Lloviznaba con intervalos, lo que hacía ver el amago de un temporal en el que la selva, limpias sus galas por la lluvia, verdea inútilmente bajo un cielo gris que malogra sus encantos y hace más desconsoladora la soledad de su extensión.

Perdido como una hormiga en el desierto, Gamarra avanzaba siempre. Cuando pasaba junto a un *cimbolar* cuyas enhiestas varillas dejaban deslizarse hasta el suelo brillantes gotitas de agua, sin saber porqué, se detuvo. Miró en derredor y parecióle que el sitio no le era del todo desconocido. Lo recorrió varias veces y, al detenerse ante un alto curupay, alzó la vista encontrando lo que presentía: cortes de hacha en el tronco, que podrían datar apenas de cuatro meses. Conoció el sitio y buscó los restos de un fogón que debían confirmarle en sus sospechas. Lo halló al cabo, algo borrado por las lluvias. Allí habían estado con el teniente, a la entrada de la primavera, de regreso de una persecución de indios ladrones. Ahora le resultaba facilísimo orientarse y llegar hasta donde se había propuesto.

— ¡Entonces, hemos pegao una vuelta bárbara! — díjose. — ¡Al divino botón! ¡También... como para no errarle! Con semejantes calores, sin dormir... casi tres días sin agua. ¡Pobre finadito! Para componerla, este otro se me alza... Pucha, qué poca suerte.

Sentóse, después de aliviar a su montado, y comió algo.

— De aquí a media legua — prosiguió, monologando — se abre el camino... bueno, el rumbo. Al sureste, La Sabana... Once leguas, casi. Al sur clavao, el fortín. ¡Agatitas ocho leguas! — afirmó con la cabeza. — Ah, también está la aguada de la totora, ande se pasmó el gringo Ruperto. ¿Qué se haría el gringo? Bueno, la aguada... ah, no... está más acá... no, p'aquel lao... Bueno, más pa el poniente se abren los rumbos... Lo mesmo da. ¡Las vueltas que da un cristiano!

Mientras la mula verdeaba con el freno colgando del pescuezo, Gamarra se echó en el suelo con el extremo del cabestro en una mano y dió rienda suelta a sus pensamientos. El *Mocito* vino nuevamente a acompañarlo; la imagen y el recuerdo de su hijo lo perseguían con tanta insistencia que resultaba ya una obsesión. Lo veía en su habitual indumentaria, en la que le era más familiar y querido, con la camisita *colí* (1), jugando en la tierra del patio, ingenuamente desnudo e indecente, con la cara sucia. Sin sospecharlo, fuése olvidando de dónde estaba, y como en un sueño, su imaginación lo transportó al fortín. Imaginó que el niño, en una de sus frecuentes travesuras, acababa de tomar un rebenque, y, al entretenerse en hurgar con él las brasas, lo había quemado. De su casa de junto al fortín, donde viviera con la Ermelinda, salía un hombre enfurecido — no era él, ¡qué esperanza! — y, tomando al niño de un brazo, lo castigaba en las asentaderas con el mismo rebenque, brutalmente.

— ¡Aijuna! — Se incorporó de un salto, volviendo en sí.

Tiempo le costó sobreponerse a tan desagradable pesadilla. La idea de que el niño pudiera ser objeto de un castigo lo sublevaba. Llegó hasta arrepentirse de todo lo que había hecho, y, a pesar de sus propósitos, sentía algo que lo llamaba hacia el fortín. Pero fué tan sólo un relámpago de flaqueza. Persistir en ella, hubiera sido borrar con un acto de debilidad todo un pasado de energía, y ya que había elegido su camino justo era que conservara la huella, a pesar de todos los impulsos que lo solicitaban.

Volvió a emprender la marcha, a fin de hacer un par de leguas más si le era posible. Cuando llegó al totoral, lo asaltó nuevamente la indecisión. Alzó agua en la caramañola y, después de titubear, rumbeó, como mejor pudo, hacia el sureste. Y ya confiado acerca del feliz término de su viaje, dió en cavilar nuevamente, entretanto la mulita proseguía lentamente su marchado rendidor.

No hablaba, ni a media voz siquiera, que el hablar solo en el desierto sobrecoge y amedrenta.

Al obscurecer hizo alto. Sin encender fuego, dejó a la mula que pastara y se durmió, confiando a la Providencia su reposo. Pero, a pesar del lógico cansancio, su sueño era nervioso, lleno de pesadillas, de las que despertaba sobresaltado. Tornó a soñar con el *Mocito*, que ahora lloraba sin causa aparente, juntando las manos en actitud de súplica. La carita arrebatada, y los ojos, pequeños y febricientes, miraban extraviados al padre, que nada podía hacer. De pronto la escena cambiaba. Era una desgarradora tos que obligaba al niño a juntar las manos en la boca como queriendo contener el alma para que no se le saliera a cada convulsión ni se cortara en cada angustiosa inspiración.

— ¡La tos convulsa!... — Despertó Gamarra, enloquecido por la pesadilla. — La fiebre... la... ¡Qué se yo lo que tiene el pobrecito *gurí*!

Era aun de noche. Logró conciliar el sueño nuevamente, y esta vez la fatiga y las penurias lo rindieron en un reposo absoluto. Cuando despertó era ya día claro, tanto como lo permitía la llovizna que dejaba en todas las cosas cierta viscosidad entorpecedora.

Ese día marchó bastante, casi seis leguas. La sabandija y, a veces, nubes de hormigas voladoras, lo molestaban. Atravesó un tacuruzal de casi dos leguas de extensión, anegado por la lluvia, y estuvo a punto de ceder a la tentación de «tirarle a un *guasuncho*», pero se contuvo, conformándose con los cogollos de *caraguatá* que asara esa mañana, en la esperanza de que pronto cesarían sus ayunos. ¡No era cosa de malograrlo todo al salir a la orilla!

Esa tarde el temporal persistía, y si bien le llamó la atención no encontrar todavía signos de la proximidad del poblado, no se afligió, porque debía estar al caer... Desmontó para hacer noche — la última — bajo de unos algarrobos, y mientras acomodaba su equipo creyó percibir el ladrido de un perro, a lo lejos. Prestó atención, y, como no se repitiera, trató de dormir.

(1) Corta.

VII

EL CACHORRO DEL TIGRE

Amaneció con una niebla que todo lo cubría, pero que el sol trataba de disipar, ora abriéndose paso, ora cediendo a la cerrazón.

Gamarra ensilló y emprendió la marcha en seguida a fin de alcanzar algún rancho en donde alimentarse, pues ya el hambre comenzaba a torturarlo.

Diez o doce cuadras andaría. De improviso, su mula se agitó convulsa en algo que quería ser relincho y no fué sino un entrecortado rebuzno. Tras de la isleta ladró un perro: estaba en el poblado. El fugitivo experimentó la inmensa alegría del náufrago que aborda a la orilla ansiada. Vió huellas y rastros, y, por fin, al despuntar la isleta se dió de pronto con dos ranchos a cosa de cien metros; hacia la derecha un corral de palo a pique.

Detuvo su mula y saltó a tierra. No acertaba a comprender, pero le resultaba familiar el caserío. Y, sin embargo, él no conocía la población de La Sabana... Maneó el montado y se adelantó, a cubierto de unos árboles. Quería salir de la duda... Más allá, otro ranchito concluyó por convencerlo: ¡acababa de llegar al fortín de donde saliera con sus camaradas diez días antes! ¡Por inexplicable casualidad, por obra del destino... Dios sabe por qué... lo cierto era que estaba ante el fortín!

La falta de sol, y la consiguiente dificultad para orientarse, unido a lo impreciso de sus recuerdos, le hicieron errar el rumbo, y la mula, librada a su voluntad e instinto a causa de la preocupación de su dueño, había buscado insensiblemente la querencia.

Junto a él pasó un jinete. Era Saracho, el dragoneante.

—¡En la boca del lobo! — murmuró Gamarra. Y sus ojos brillaron con raro fulgor. — No importa — díjose; — la suerte me ha traído a la juerza... Bueno... me le alzaré otra vez... ¡Ah, con el *gurí*!... De no... les dejo mi osamenta... ¡Pa lo que sirve!...

Y el hombre, sediento y languideciente, se aprestó para su última lucha. Era el tigre que vuelve a rescatar a su cachorro: ¡guay del que se le cruzara en el camino!

Rápidamente hizo su composición de lugar. Pensó que debía procurarse, ante todo, un montado; lo mejor que hubiera en el fortín. Pero la caballada estaba saliendo ya del corral y dos hombres la contenían a la espera del tercero, aquel que acababa de pasar a su lado. Y ése había desmontado, dejando su caballo, — el rosillo de Amaya, lo reconocía, junto a un quebracho.

Del caballo a las casas había apenas cuarenta metros. Algunos soldados estaban reunidos bajo la ramada próxima. El rancho aislado era el suyo; adentro, sin duda, estaba el *Mocito*...

Descubrirse era peligroso... Peor era perder la ocasión. No titubeó. Ocultaría el rosillo, y luego, ¡al *guricito* derecho!...

Corrió hacia el caballo; lo tomó resueltamente. ¡En la rapidez estaba todo el éxito! Se volvió para mirar hacia su rancho, y, al agacharse, vió un montículo de tierra al pie del quebracho detrás del cual se ocultara. Le llamó la atención una cruz de palo.

Instintivamente se quitó la gorra y, olvidando el peligro que corría, se detuvo a mirar. La tumba era nueva. En una tablita leyó:

MOCITO GAMARRA

DUERME AQUÍ

había escrito con tinta una mano piadosa...

Todas las energías que lo habían sostenido a través de sus pruebas y sufrimientos, le abandonaron. Todo se derrumbó: su entereza pasada, el baluarte inconmovible de su carácter, y lo azotó contra el suelo la garra brutal de su dolor.

—¡Ahora comprendo!... ¡No eran al ñudo esas pesadillas! ¡Mi *guricito* querido! — sollozó el soldado, vencido al fin por la rudeza de tantos golpes.

El dueño del rosillo, al verle, corrió a dar cuenta, más asustado que diligente, de la aparición de Gamarra, o de su alma en pena, según él, en su aturdimiento, colegía. Acudió el teniente con algunos hombres que fueron quedando rezagados a respetable distancia, impuesta por el temor supersticioso, al ver a su camarada pálido, desencajado, escuálido y rotoso, escarbando el suelo como enloquecido.

—¡Gamarra! — llamó el teniente con voz firme.

Cuando el desertor alzó la vista, se encontró con la mirada tranquila del oficial que lo contemplaba con cierta extrañeza. Entonces se incorporó vivamente, y, cuadrándose, hizo el saludo militar con la energía que su inolvidada disciplina le imponía.

—¡Estoy presente, mi teniente — respondió, entregándose, con ese acto de sumisión, a la justicia que debía pesar la magnitud de su delito.

—¿Y los otros?

—Quedaron en el camino, mi teniente...

—Y vos, ¿muerto de hambre y de sed?... ¡Oígale al duro!...

Gamarra hizo que no, con la cabeza.

—Y entonces, ¿quién te trajo aquí? ¡Sonso grande, caray! — gritó el oficial, decepcionado ante el fracaso de ese hombre en cuya entereza confiara tanto.

Gamarra sintió un nudo en la garganta. Dos lágrimas le quemaron los ojos febriles y terribles, que se resistían a llorar. Haciendo un gran esfuerzo, contestó, al tiempo que señalaba el pie del quebracho:

—¡Me trujo... el único capaz de trairme vivo!

Y enmudeció.

Entonces comprendió el teniente la razón de su presencia allí y la causa de lo que él creía el fracaso de ese carácter nunca doblado.

Y, abriéndole sus brazos y su corazón, cobijó en ellos la desgracia y el dolor de Clotilde Gamarra.



Iperbiotina

MALESCI

Devuelve al neurástico la potencia, la resistencia y la fuerza perdida.

Hace que los nervios recobren su fuerza, que el cuerpo y la mente se vigoricen.

Purifica la sangre y preserva la juventud.

Venta en Droguerías y Farmacias.

Preparación patentada del Establecimiento Químico Dr. Malesci, Firenze (Italia).

Inscripta en la Farmacopea Oficial del Reino de Italia.

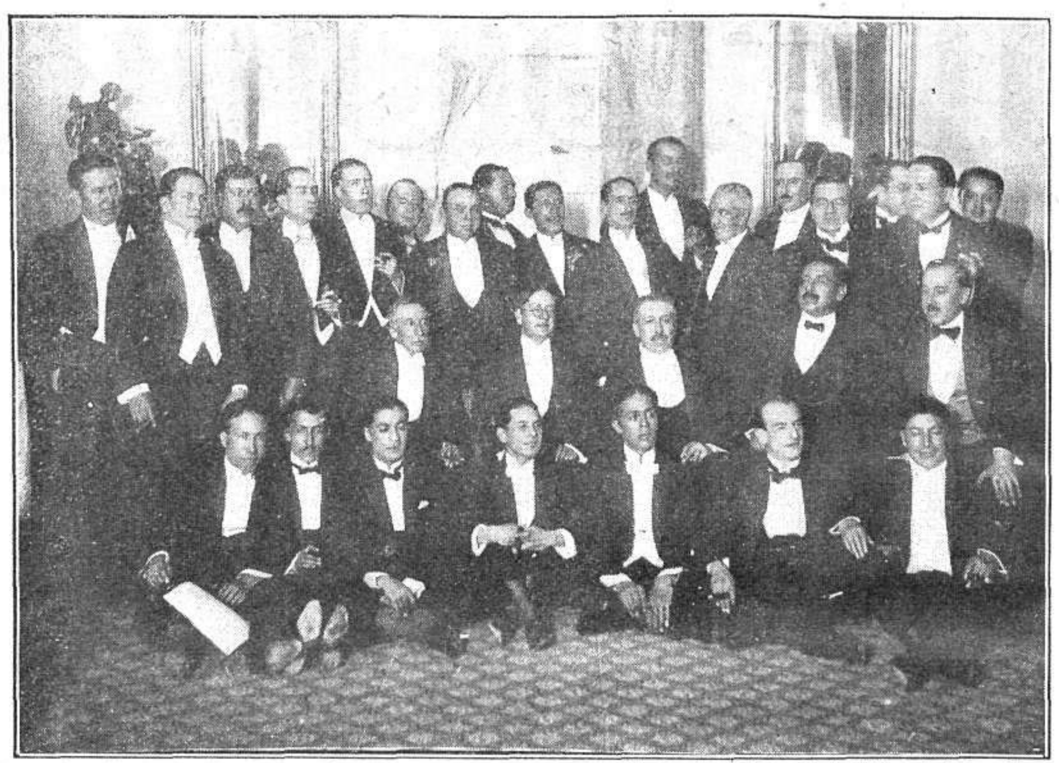
Unico Concesionario-Importador en la República Argentina:

M. C. de MONACO

Calle VIAMONTE, 871. - Buenos Aires.



De Bolivia



Grupo de médicos, odontólogos y farmacéuticos que asistieron a la demostración ofrecida al doctor M. A. Villarroel, distinguido profesional graduado en la Universidad de Buenos Aires.



10.000 personas en la República

USAN DESDE HACE AÑOS LA FAMOSA

Agua Salles

que devuelve al cabello canoso su primitivo color

y no se crea que todas son mujeres, no. Hay por lo menos tantos hombres como señoras, y esto se explica. En nuestra época, ser viejo es molesto, y por eso el hombre también trata de que la vejez venga lo más tarde posible.

En esta tierra de grandes actividades se requieren hombres fuertes y jóvenes. Un hombre canoso encuentra difícilmente una posición o una novia.

¿Qué mal hay, pues, en corregir los efectos del tiempo?

El Agua Salles

tiene un buen efecto sobre la barba y el cabello; no es peligrosa y no necesita usarse cada día.

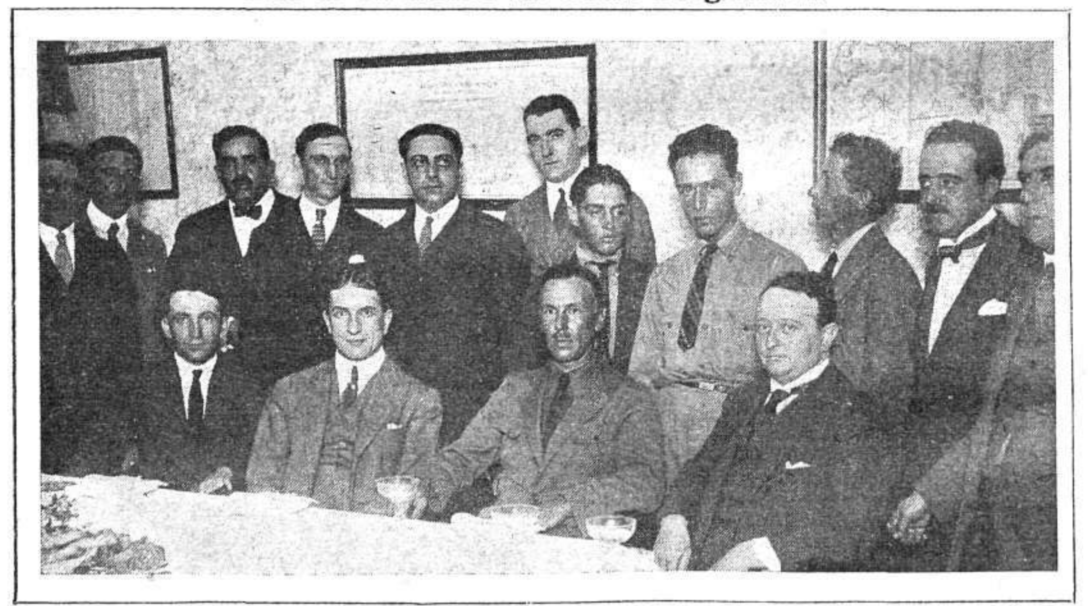
La hay en dos tipos: INSTANTANEA y PROGRESIVA

SE VENDE EN TIENDAS, PERFUMERIAS Y FARMACIAS

E. SALLES, perfumista-químico. — París.

A. LOURTAU y Cía. - PARANA, 182. BUENOS AIRES

En el Automóvil Club Argentino



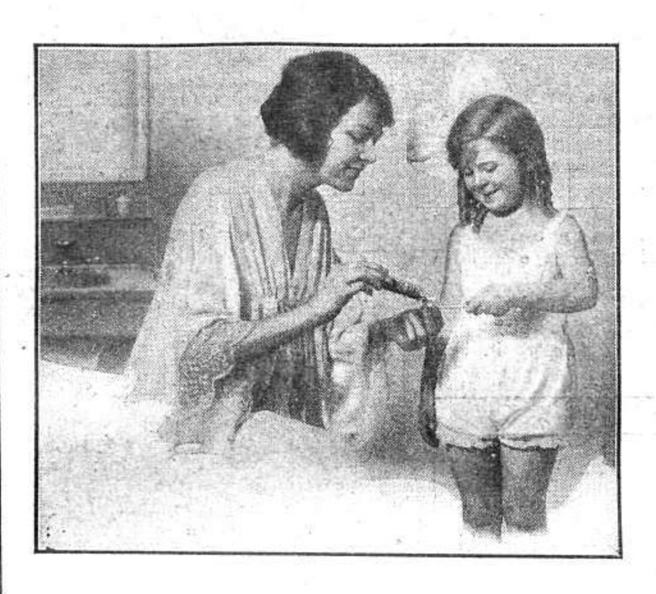
Mister Francis Dávinson, jefe del "raid" automovilista San Paulo - Buenos Aires, rodeado de sus compañeros y colegas deportistas, en la demostración que les fué ofrecida a los intrépidos viajeros por el feliz éxito de la arriesgada prueba en la que tuvieron que salvar toda clase de obstáculos atravesando pantanos, montañas, selvas y ríos, cubriendo en total una distancia de más de 5.000 kilómetros.

LA PRODUCCIÓN DE LOS ESTADOS UNIDOS

Se sabe que la actual producción de automóviles en los Estados Unidos ha llegado al alto nivel de 1200 por día de trabajo. Nada menos que un sesenta por ciento de las ventas se realizan sobre la base de los pagos diferidos en los que intervienen diversas corporaciones de créditos. Este año se hallan en actividad cerca de quinientas de esas corporaciones, y el monto de las ventas efectuadas por su intermedio se calcula alrededor de doscientos millones de dólares anuales.

— La ignorancia es siempre injusta con todo el mundo.

La tempestad no es más que la energía de los necios.



Desde la más temprana edad.

Enséñese a los niños cuán agradable y benéfico es el uso de Kolynos, a fin de habituarlos a su empleo desde muy jóvenes. Vigiladlos para que no dejen de usar la pasta dentífrica Kolynos al acepillar sus dientes por la mañana, por la noche y después de cada comida.

A la vuelta de algunos años, cuando ya crecidos, tendrán que agradecer a Ud. la posesión de dientes sanos y hermosos.

Se vende en todas las farmacias, perfumerías, tiendas, etc.

Véase cómo está atada la tapa; no puede extraviarse; siempre estará ahí para mantener la crema fresca.

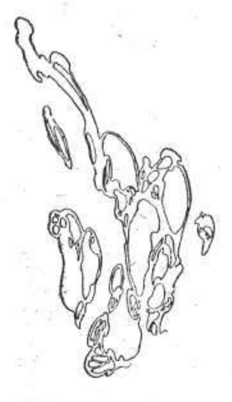
KOLYNOS

CREMA DENTAL

Mayon Ltda., agentes de The Kolynos Company.



LA OFRENDA



¡Quiero digas a tu Madre,
la que dió sangre a tus venas,
la que engendró esa ternura
que en tus ojos centellea,
que el amor de otra mujer,
puro y noble como el de ella,
te ha dado una nueva vida
transfundiéndote su esencia!

¡Mas, oh mi bien, a los necios
que indiferentes te cercan,
no les cuentes nuestro idilio
porque quizá no te entiendan...
¡No les digas que son una
nuestras vidas, nuestra esencia,
que el vulgo nunca comprende
la magnitud de una estrella!

Oculta el bello martirio
que nuestras vidas encierran;
sean un cofre nuestras almas
para guardar su leyenda...
Sólo darás a tu Madre
la preciosísima ofrenda,
de confesarle que te amo
con un amor como el de ella!

¡Con un amor grande y único,
que viene de otras esferas;
con ternura y fe tan hondas
que es imposible se tuerza!
Sí, mi bien, rinde a tu Madre
esta carísima ofrenda:
¡dile que hay otra mujer
que te ama tanto como ella!

¡Que a través del imposible,
y en la luz de las estrellas,
en el sol de la alborada
y en las sombras de la ausencia,
y en el duelo que la asiste
cuando llorando te sueña,
ella te besa muy hondo
con la luz de sus quimeras!

¡Quiero rindas a tu Madre,
de mi amor la pura ofrenda,
que si ella te dió la vida
yo te infundí luces nuevas!
Luces que siempre perduran
porque graban honda estela
en las almas que se funden
de la ausencia en la tiniebla...
....
Corre a llevarle a tu Madre
de nuestras almas la ofrenda:
¡Yo no quiero que ella ignore
que te amo tanto como ella!

Clarisa G. de Diego Arbó.

A la hora del te

Señora mía, del jardín sereno
Llega un canto de luz y primavera.
¿Será el trino de un pájaro cualquiera?
¿Será la flauta de un pastor heleno?

¿*La flauta de un pastor*? ¿*Pero hay pastores*?...
¿Y eran como los de hoy los cervatillos
De aquella edad? ¿Y aun se usan caramillos
Para entrar el ganado en los alcores?

No lo sabré decir, señora mía,
Acaso fué una sugestión incierta
Que penetró por la ventana abierta,
Pero, y ¿el te? Por poco más se enfría...

Ella el servicio familiar coloca,
Y en el borde pintado de la taza
Una guía de rosas amenaza
Con sus tiernas espinas nuestra boca.

Espinas que, con un temor sencillo,
No han de quitarnos, al beber, la calma,
Y que tal vez tú llevas en el alma
Con tanta gracia como en el pocillo.

El te, servido con amor devoto
Cae en la taza con murmullo blando.
Y la rodaja de limón, flotando
Aparece, como una flor de loto.

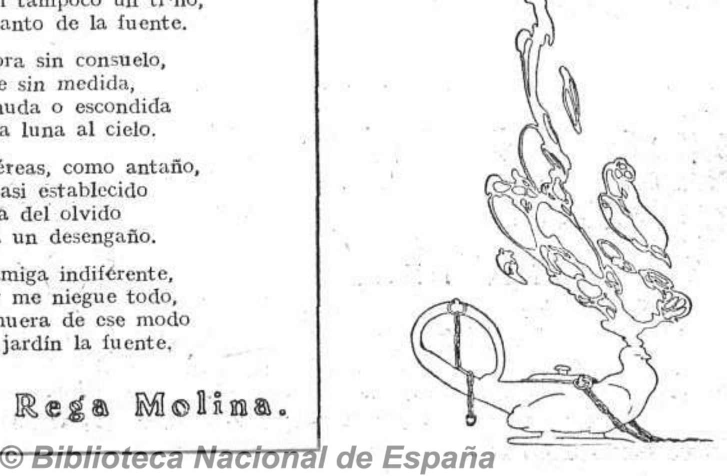
Mas, sigamos la plática inocente,
Pero, ¿escuchaste ese rumor latino?
No es una flauta, ni tampoco un trino;
Lo conozco: Es el canto de la fuente.

De la fuente que llora sin consuelo,
De la fuente que ríe sin medida,
Y que, ya esté desnuda o escondida
Es al jardín como la luna al cielo.

Ya no las hay, funéreas, como antaño,
Donde era de uso casi establecido
Arrojarse en procura del olvido
Cuando los laceraba un desengaño.

Pero no obstante, amiga indiferente,
El día que tu amor me niegue todo,
Si no quieres que muera de ese modo
Manda tapar de tu jardín la fuente.

Horacio A. Rega Molina.



"CASA PALMA"

GRANDES ESTABLECIMIENTOS SUDAMERICANOS DE CALZADOS

CORRIENTES, 838 — Buenos Aires — C. PELLEGRINI, 78

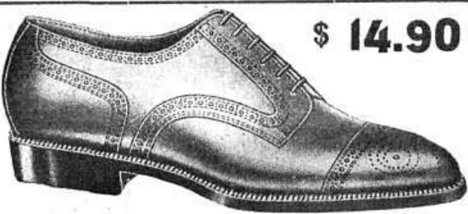
Dirigir correspondencia a CORRIENTES, 838 SOLICITEN CATALOGOS



MODELO N.° 192
En cabritilla charolada, gum metal negro o color, con cordones o botones caña de gabardina gris, beige claro, beige obscuro y becerro mate,
$ 14.90



MODELO N.° 199
Botín o zapato, en gum metal negro o color, doble suela, todo cosido alrededor, con puntera o bigotera,
$ 14.90



$ 14.90

MODELO N.° 58
En gum metal negro o color, doble suela, gran moda.



$ 14.90

MODELO N.° 59
Botín o zapato con puntera o bigotera. En anca de potro, negro, gum metal negro o color, todo cosido alrededor, doble suela.



MODELO N.° 213
En gamuza negra o marrón. En cabritilla charolada, negra, color sangre o marrón. Taco de 7 centímetros,
$ 14.90



MODELO N.° 158
En gamuza negra, gris o marrón. En cabritilla negra, color sangre marrón o charolada,
$ 14.90



MODELO N.° 216
En cabritilla negra, color sangre o marrón. En gamuza negra. En cabritilla charolada o color sangre,
$ 14.90



MODELO N.° 26 A
En cabritilla charolada, negra, color sangre. En cabritilla color marrón, sangre, gamuza negra, marrón o blanca, o piel de seda negra,
$ 14.90

Nuestra organización industrial y comercial y nuestros recursos nos permiten ofrecer por este precio lo mejor que puede fabricarse en calzado.

De Villa Luro



Vista parcial de la concurrencia que asistió al festival realizado en esta localidad bajo los auspicios de la Sociedad "El Pensamiento".

SETECIENTOS EDIFICIOS PARA UN LIBRO SAGRADO

Muchas y muy notables ediciones se han hecho de la Biblia, propiamente dicha, en diferentes países pero ninguna habrá tan notable en cuanto a ejecución como la de Kutho-Daw. Claro es que no se trata de la Biblia de los cristiansos, sino de la de los budistas, y en vez de estar impresa en libros está grabada en edificios

Cerca de Mandalay, en Birmania, existe un monumento budista compuesto de 700 templos, en cada uno de los cuales hay una losa de mármol con letreros. Reuniendo lo que dicen las 700 losas se completa el libro sagrado, compuesto de ocho millones de sílabas grabadas en letras del alfabeto birmano, representando palabras del *pali*, antiguo lenguaje indio derivado del sánscrito.

Este monumento fué erigido en 1857 por Mindon-Min, último, si no único, rey de Birmania.

Tan vasta colección de templos forma un cuadrado con un templo más alto que los demás en el centro.

Cada una de las lápidas donde está grabado el texto sagrado tiene encima una especie de dosel en forma de pagoda.

UNA PLANCHA

Un diputado de provincias tenía invitados a comer a varios electores.

Cuando todos los concurrentes estaban sentados a la mesa, el sirviente le hizo notar que todavía faltaban dos.

— No importa. Son dos electores de poca importancia.

A la hora de los postres el sirviente, abriendo la puerta, anunció con voz estentórea:

— Aquí están los dos electores de poca importancia que el señor dijo que faltaban.

* * *

Las niñas de la casa tocan a cuatro manos. La señora de la casa observa a un invitado que parece distraído o indiferente, y le dice:

— ¿Esta música no le hace pensar en nada, caballero?

— Sí, señora — contesta éste; — pienso en los pobres vecinos.

CONSIDERACION

— Papá, cómprame un tambor.

— No, hijo mío, porque me molestarías con el ruido.

— No lo creas, papá; no lo tocaré más que cuando estés dormido.

AL PIE DE LA LETRA

— ¿Por qué bebes el aperitivo con paja?

— Por prescripción médica. El doctor me recomendó que no llevase a los labios un vaso de bebida alcohólica.

De Wilde



Señoritas y jóvenes a cuyo cargo estuvo la organización del atrayente picnic realizado por las familias de los socios del Cuadro Filodramático "El Ombú".

HUELGA DE LOS SOMBREROS

Las modistas de Venecia parece que se hallaron el verano último bajo la pesadilla de una grave inquietud: las venecianas habían dado en salir a la calle sin sombrero, porque de ese modo se sentían más a gusto... y con más liras.

Y no fué lo peor el que las venecianas le declarasen la guerra al sombrero, sino que las damas extranjeras que estaban de paso en la hermosa ciudad de los dogos se creyeron obligadas a seguir al pie de la letra la costumbre adoptada por las descendientes de las suntuosas y elegantes dogaresas.

Sin embargo, no hay que alarmarse: la moda no vivió más allá de los grandes calores. Y no es fácil que prospere en ninguna parte.

EL VERDADERO ARTE

Recomendado a John W. Forney, el ilustre periodista filadelfino, llegó una vez un joven del Sur, aficionado al teatro. El muchacho aspiraba a desempeñar alguna vez un buen papel, y para que fuese formándose una idea de lo que es el arte dramático, Forney le llevó una noche al teatro de Walnut, en ocasión en que una lindísima actriz, miss Nillson, hacía el papel de Julieta en la tragedia de Shakespeare, «Romeo y Julieta».

— Observe usted a esa escultural mujer — le dijo acomodándose en una butaca delante — y no pierda usted de vista el menor de sus movimientos.

Así que terminó la función, volvió Mr. Forney a preguntarle:

— ¿Qué tal?...

— Perfectamente. No se me ha escapado ni un gesto.

— ¡Bravo! Pues mire usted: ¡todo lo contrario de lo que usted ha visto es el arte!



UNA CARTA DE AGARRAMENDI

POR FRANCISCO GRANDMONTAGNE

Don Prudencio Amarrete ha venido esta tarde a mi gabinete de trabajo.

— ¿Siempre garrapateando, amigo don Pancho?

— Siempre; no hay otro remedio.

— ¡Que le tiene afición a la pluma, compañero!...

—No lo crea.

— ¿Y cómo no, si está a todas horas metiéndole duro y parejo?...

— Porque no sé hacer otra cosa.

— Haga plata, amigo. Vea sus amigos, los vascos que han andado por allá. Todos están podridos en plata. Con los tambos han salido todos a flote.

— Pues yo me hundiría en ese mar lácteo.

— ¡No embrome! Usted, que tanto conoce nuestro páis, sería un gran tambero. Y se hartaría de ganar plata. Pero ustedes, los escritores y los poetas, tienen un tambo de fantasías en el mate. Y con esto les basta.

— Si el dinero no se emplea en fantasías, tampoco vale gran cosa.

— ¿Sabe, amigo, que yo también estoy cambiando un poco sobre este asunto? Antes no me cansaba de juntar plata. Pero, lo que voy viendo el mundo, me he dicho: ¿para qué te sirve la plata el día que parés las patas?...

—¡Claro, don Prudencio!... Ya he notado que ha resuelto usted divertirse un poco...

— Me malicio que se refiere usted a Pepita...

Ante mi sonrisa, agrega:

— ¡Qué quiere, mi amigo! Poco a poco se va uno enredando en las cuartas; ¡no hay que hacerle! La macabisa es linda y me tiene láy. ¡ A mis años, encamotado!... ¡Pero, amigo, si se ven cosas!...

Don Prudencio recorre con la mirada la estantería de mi biblioteca. Y añade

— Los que no hemos estudiado filosofía cometemos, al final, grandes macanazos.

— Los que la han estudiado — respondo — suelen cometerlos aun mayores. Porque la filosofía, en resumen, no es sino la manera de macanear de cada uno frente al obscuro fondo de la vida. ¿Conque... se lleva usted a Pepita a Buenos Aires?

— Me la llevo no más. Se lo he prometido, y yo soy hombre de palabra. Vea, don Pancho... usted es mi amigo...

— No puede usted dudarlo...

— Pues como a un amigo viejo le voy a hablar. Estoy muy preocupado. Usted sabe que en Buenos Aires me conoce todo el mundo. ¡Quién no conoce al viejo Amarrete!... Calcule, amigo, el campanazo que voy a dar llegando allá con la macabisa. Para que no me chichoneen los amigos que salgan a la dársena, he pensado que Pepita desembarque en Montevideo, y tome al día siguiente el vapor de la carrera. ¿Qué le parece este plan maquiavélico?

— Sin duda alguna, Maquiavelo aprobaría un plan tan sagaz...

— Amigo don Pancho: la situación más embromada del hombre es cuando se mete en trotes que no corresponden a su edad. Y no es que yo no sea ya capaz de galopiar. Pero usted sabe, compañero, el concepto que hay de mí en Buenos Aires; se me tiene por hombre serio, ordenado, precavido, ahorrativo, no tanto como dice la gente, los locos lindos, en cuanto ven que uno sabe guardar la platita. Así que lo que me vean con la macabisa me van a armar un titeo que no le digo niente. Y yo, ¡qué quiere, mi amigo! me siento medio molesto cuando me toman para el patronato.

— No hay que dar excesiva importancia al juicio de los demás. Por otra parte usted es célibe, solo, libre...

— Cierto; no tengo ni perrito que me ladre, y puedo hacer lo que se me antoje. Pero soy hombre de negocios; tengo cuenta en to-



dos los bancos, y por mucho que yo me recate, los gerentes todo lo saben. Hay que cuidar el detalle. Buenos Aires, amigo, es una gran aldea, como decía el finao Cambaceres; y una persona algo conocida, como yo, no da un paso sin que todo el mundo se entere. He pensado venirme a vivir a Uropa; pero amigo, no me hallo aquí; me tira el pago. Una temporadita, está bien; pero, luego, la querencia es la querencia; no hay que hacerle. ¡Es tan linda la patria!... Las otras noches fuí al tiatro. Un artista cri llo, rezagao de la compañía Muiño y Alippi, cantó una milonga y unas vidalitas. ¡Compañero!... ¡Me brotaron unos lagrimones!... Pepita creiba que me había dao algo. «Sosegáte, mi hijita, le dije; ¡es que se me han revuelto todos los chinchulines del alma!» Así que ya ve, don Pancho, no puedo quedarme en Uropa. Tengo que largarme para allá no más. Y es un compromiso llevar a la rastra a la macabisa. Dejarla, tampoco es programa...

— ¿Tan metido está usted en harina, amigo don Prudencio?...

— ¡Pero un camote loco, compañero! Yo no sé cómo me lo he pescado. Amigo, cuando no se hacen las macanas de joven, se hacen luego de machucho. Alguna vez hay que hacerlas; ¡no hay que hacerle!

— Pero supongo — insinúo — que la cosa no será espiritual, profunda...

— ¡Pues ahí está, mi amigo, el barro, en que es espiritual también, un camote pleno, metido, compañero, hasta el eje! La macabisa es como un pajarito que me revolotea en la cabeza, en el alma, en todas partes. Alguna zona del mate permanece fría y me dice: «Hacés mal, Amarrete; vos, tan serio, tan respetable, tan...» Pero esa parte del mate, que es un restito de formalidad, se eclipsa, compañero, huye, y sólo queda el camote, dueño completo del campo...

— ¡Ay, ay, ay, amigo Amarrete! — exclamo riéndome al ver su lucha entre la pasión y sus preocupaciones por el juicio de los demás.

— Vea, don Pancho: lo que más me preocupa es la opinión de mi compadre Agarramendi. No lo va a creer. Lo verá y no podrá convencerse. De seguro, a la fija, que se lleva las manos al mate exclamando: «¡Este no es mi compadre Amarrete! ¡Lo han cambiado en Uropa!» Ayer no más recibí carta suya. Me habla de política, de las vacas, de los campos, de los negocios. Vea lo que dice; y fíjese qué lejos está de maliciar lo que me pasa. ¡Claro, cómo va a suponer!... Si yo mismo me veo y me digo: «vos no sos Prudencio Amarrete!».

Recojo la carta y leo:

«Estancia «Zorrino Chico», 1.º Dbre. 1923.

AMIGAZO: no sabés cuánto te recordamos aquí, en la soledad de la estancia. Lo que terminamos la tarea del día, luego, por la noche, en el comedor, no se habla más que de vos. «¿Qué hará ahora Amarrete?» — digo yo; y la patrona, tu comadre, sabe responder: «¿qué querés que haga?; estudiar lo de la carne; indagar, fijarse en todo, porque no llevaba otra cosa en la cabeza. Con su carácter tan serio y lo económico que es, no se divertirá mucho...»

Al llegar a este punto me sonrío.



— ¿Lo ve, amigo? — me dice don Prudencio; — no lo pueden creer; ¡qué esperanza!...

Prosigo la lectura en silencio:

«Tené presente, amigo Amarrete, que la vida es corta, y que si no disfrutamos un poco, ella resulta, al final, un calote. Vos habés trabajado durante muchos años como un negro, riuniendo una fortuna lo más saniada, porque nunca abusaste del crédito, ni te obligaron a formar los bancos cuando la crisis empezaba a voltiar a la gente. Justo es que ahora tarriés un poco. Pero, ¡qué esperanza!, vos no habés nacido para la farra, y de juro que yevarás una vida de fraile.»

Vuelvo a sonreírme.

— ¡Cómo se va a figurar mi compadre!... ¡Le digo, compañero, que voy a dar el gran campanazo lo que llegue a Buenos Aires! — exclama Amarrete entre angustiado y orgulloso de su aventura.

Continúo leyendo:

«En la estancia le hemos metido duro al maiz. Tomé pionada; traje máquinas aradoras de lo de Agar Gros, al fiao, hasta la cosecha, y sembré mil cuadras; el maizal está lindo, porque ha llovido a tiempo. Ya que me fué como la mona con las vacas, voy a ver si salgo a flote con la agricultura y puedo salvar el campo, que es lo único que me queda, pues ya sabés que mandé a la quemazón los ladrillos de Buenos Aires, rematando en lo de Lobato las dos casas de la calle Alsina y la de la plaza Lavalle, donde vivíamos lo más bien. Con el importe de las tres casas, que se vendieron regular no más, pude levantar la prenda agraria y tapar la boca a los Bancos, cuyos gerentes, ¡hijos de un gran flauta! querían mandarme al tacho, obligándome a formar cuando los novillos no valían un zorro, debido a la patota que han formado los frigoríficos. Te garanto, compadre, que en la vida vuelvo a hacer uso del crédito. A Agarramendi no lo joroban otra vez los Directorios de los Bancos, formados por comerciantes de la capital, por puebleros, que no entienden un ca... rancho de lo que es la producción del páis, queriendo que uno levante los pagarés antes de que las vacas paran. Quieren, compadre, que uno saque con fórceps los novillos de las vedijas de la madre. Y esto no puede ser; hay que dar tiempo al tiempo. Pero los Bancos quieren que uno invente la plata. Muchos ofrecimientos cuando las cosas marchan como sobre rieles; pero, en cuanto se tuercen un poco no más, les entra un pánico de ovejas ante el puma y exigen que todo el mundo les lleve, en un minuto, la plata que antes nos metieron por los ojos, para que la hagamos producir la gente del campo, porque ellos, amigo, no producen un zorro, ni hacen otra cosa que rascarse las narices tras de los grandes mostradores. Les he tomado una fila, compadre, a los Bancos, que ni amarrado vuelvo a pisar uno. No quiero saber nada con ellos. ¡Qué apuros, gran flauta! Y siempre con el chambergo en la mano, ante los cajetillas de las gerencias, yo, que, como decía el viejo Alem, se rompe, pero no se duebla...»

«Hoy, según van las cosas, creo que salvaré el campo. Y no saldremos de la estancia hasta que no se pase la tormenta. Al principio

las muchachas andaban medio tristonas. La venta de la casa de la Plaza Lavalle las afectó mucho, porque allí daban sus riuniones y estaban ya un poco metidas en la vida social. En Buenos Aires, amigo, todo el mundo quiere darse corte; se pueda o no se pueda. Pero yo me planté y dije: «Hijitas, no hay más remedio; si nos quedamos aquí, vamos a parar al hotel de inmigración». Y nos apretamos todos el gorro para la estancia. Aquí tocan el piamo y cantan romanzas de un tal Tosti, que es lo más dulzón, mientras yo ando por el maizal detrás de la pionada. Si el maiz mantiene el precio, podremos salvarnos. Los tambos van regular, y los chanchos — pues también me he metido a chanchero — prometen dar resultado. A las muchachas les sabe medio mal que tengamos chanchería. Pero yo les sé decir: «Fíjense no más, mis hijitas, en Chicago; allí las señoras más copetudas son chancheras».

«La política... un batuque; nadie se entiende. Yo malicio que el Peludo está medio arrepentido de haberlo tráido a Alvear. Y en el Senado le está llenando de piedras el camino, a ver si trompieza y se rompe el mate, o se manda mudar a París.

Don Marcelo quiere estar bien con todos; pero no es posible. En política, compadre, nunca se dice ni se escribe lo que en verdad pasa. Lo que se expresa en los discursos no tiene ninguna relación con lo que ocurre. Sucede como en las riuniones de sociedad; que estamos pensando una cosa y diciendo otra. Bueno; pues lo que pasa es que el partido radical, lo que llegó al poder, se hizo muy grande y no hay bastantes puestos para todos los candidatos. Y las disidencias vienen de ahí no más, de que no hay bastante asao para tanto comensal. Claro que esto no se puede decir en los discursos, y entonces viene el macaneo doctrinario, y resulta, amigo, lo que dice Martín Fierro del teruteru: «que en un lao pega los gritos y en otro tiene los güevos».

— Tiene razón Agarramendi — digo al llegar a este punto.

— Cierto, don Pancho — me replica Amarrete; — pero, ¿quién trajo el asao? ¡El Peludo, pues, compañero! Entonces, a él le toca hacer el reparto, según los servicios de cada cual para voltiar el régimen.

— Entendida así la política — le digo — no hay nada que objetar.

— Objete no más, compañero. El Peludo viejo voltió el régimen. ¿Por qué quieren ahura hacerle a un lao? ¡Pero eso no puede ser, gran flauta!...

Termino la lectura:

«Yo, radical de siempre, permanezco neutral, desensillando hasta que aclare, como decía el finao don Lucas Córdoba en una situación parecida. Tengo necesidad de estar bien con todos, porque no sé de qué lao van a caer las cosas. Y voy a necesitar una manita, porque aquí, el Comisario y el Intendente quieren que el nuevo camino vaya junto a mi alambrado, y eso no me conviene, porque tendría que redoblar la vigilancia contra los matreros. Dispongo de unos cien votos, y se los daré a quien me prometa desviar el camino por otro campo. La política es así, compadre, y todo lo demás puro macaneo.

«Muchos saludos de toda mi gente, y ya sabe, amigazo, donde tiene unos cuantos corazones siempre abiertos...

Silvestre Agarramendi.»

Don Prudencio Amarrete se despide hasta la noche, que nos veremos en el Casino.

— Supongo — me dice — que acudirá a la riunión don Sinforoso.

— Supongo.

— Ya somos como chanchos. No parece que está muy de acuerdo con el Directorio.

— Se explica; ha perdido la diputación, y quizá no la recobre.

— Don Primo lo ha dejado desmontado, y no es extraño, amigo, que ande medio fulo. Hay que ponerse en su caso...



G U I G N O L

El sueño más querido de los días lejanos
De mi infancia, fué ser titiritero: al sol
Alegre de las plazas, con mi voz y mis manos
Dar vida a los fantoches grotescos del guignol.

Hombre, realizo el sueño de infancia bello y loco:
Solo que, con el tiempo, se ha transformado un poco,
Es mi alma quien sube, como ninguna triste,
Al antiguo tinglado de la literatura,
Y olvidando un instante su vital amargura
Te habla, lector, de todo lo bello que no existe



A M O R F E L I Z

Corazón maestro, dirige la orquesta
Que dancen los sueños su danza mejor.
Dios mío, que dure mil años la fiesta,
¡Que nunca se vaya de casa el amor!

¡Amor!... ¡Si parece que hay miel en la boca
Que dijo, cantando, palabra tan clara!
El alma, la niña, se me ha vuelto loca,
Ramos de sonrisas desata en mi cara.

C O N R A D O
N A X L É
R O X L O



Hermoso grupo de mascaritas pertenecientes al comité infantil "Amor a nuestros semejantes", que obtuvieron premios en las últimas fiestas de Carnaval.

LOS ÁRBOLES FRUTALES Y LAS CARRETERAS

El proyecto de plantar árboles frutales en los bordes de los caminos y carreteras, que ya se ha puesto en práctica en Francia, da muy buenos resultados. En una de las provincias se han plantado, en una extensión de trescientos cincuenta kilómetros, más de sesenta mil árboles.

Hace tres años se plantaron 189.000 en los caminos de Hannover, a costa del gobierno provincial, y han dado un producto líquido de 285.000 pesetas, no obstante ser todavía jóvenes los arbolitos.

Un inventor húngaro ha descubierto el medio de suprimir el jabón en el lavado de la ropa. En lugar de este producto, emplea una corriente eléctrica que hace pasar por el agua, y la cual, según se dice, quita todas las manchas y suciedades con gran rapidez. Una sola máquina de las fabricadas por el húngaro, lava trescientas prendas en menos de un cuarto de hora.



PERFUMA CUANTO
LE RODEA

AL sacar la ropa del armario, sorprende un gratísimo aroma. Alguien ha depositado allí una pastilla de jabón

Heno de Pravia

que comunica al contenido del cajón su perfume intenso y delicioso.

Perfumería Gal

De venta en los principales establecimientos de América.

De Carlos Casares



Caracterizados miembros de la colectividad Israelita que integran la comisión local Pro Socorro de las víctimas israelitas de los "progroms" y de protección a los inmigrantes.

EL "TRUST" DE LAS PROPINAS

Es, seguramente, el único que le faltaba conocer al país de los *trusts*, o sea a América del Norte. Pero ahora ya lo tiene. Leemos, en efecto, que ha quedado constituída en Nueva York una sociedad poderosa cuyo objeto es explotar las propinas recibidas por los mozos de guardarropa en los *restaurants* elegantes (*first rate* que dicen los yanquis). El servicio estará asegurado por dependientes de dicha sociedad, los cuales, a más de ser accionistas de la misma, disfrutarán un sueldo fijo. Cuantas propinas reciban en el ejercicio de sus funciones, serán entregadas religiosamente a los inspectores de la compañía.

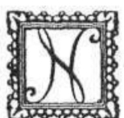
De lo generoso que suele mostrarse el público de los grandes hoteles y restaurants neoyorkinos con los mozos de guardarropa, puede tenerse idea sabiendo que cada uno de ellos recauda como término medio, y a título de propinas, unos 8 o 10 dólares diarios. De suerte que si no quiebra el juego, dentro de pocos años va a tener el *trust* de las propinas más millones que el del petróleo.


Señora: La Casa Izquierdo,
Carlos Pellegrini, 490, ofrece
a Vd. en su departamento de MODAS,
el surtido más grande y novedoso en
sombreros de alta calidad y distinguida
elegancia.
Modelo 14. — En terciopelo de seda broché, con gran adorno de cinta y fina fantasía, en negro y colores,
$ 13.50
Modelo 16. — Chambergo de fino castor, adornado con gran moño de cinta de seda, todos colores,
$ 7.25
Modelo 15. — En fino fieltro adornado con lindas hebillas y cintas. Gran variedad de colores y estilos,
$ 10.50
Modelo 17. — Gorrito de gran actualidad, en terciopelo y crepé georgette,
$ 13.50
Mod. 18. — En terciopelo de seda broché, con finos adornos de cintas y hebillas,
$ 11.50
Mod. 19. — En terciopelo de seda negro y colores, con elegante moño de seda al costado,
$ 15.50
Los pedidos del interior los depachamos en el día, debiendo agregarse $ 1.— para embalaje y franqueo.
Casa Izquierdo
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA
C. Pellegrini, 490 - Bs. As.
U. T. Mayo, 0313.
Mod. 15
Mod. 19
Mod. 14
Mod. 16
Mod. 18
Mod. 17

CASAMIENTO EN MI PUEBLO



LA NOVIA



Ni linda ni fea: rica.

Fuera de eso, ni más ni menos que las otras, con sus mismos defectos e iguales méritos. Solamente que cree ser la primera mujer que se casa...

EL NOVIO

Ni feo ni buen mozo. Si fuera chacarero con «plata», no se le daría tanta importancia: abundan en el pueblo.

Pero es «porteño de Buenos Aires» y dicen que «leído», sobre todo.... Por lo menos va al tren todos los días a comprar el diario.

LOS PADRES DE ELLA

En verdad son los únicos que hacen ruido en las bodas de pueblo. El novio no es más que la cosa donde la novia va apoyada al salir de la iglesia.

La madre, todavía joven, con pretensiones de... aristocracia.

Cuando ha visto a su hija arrodillada al pie del altar ha palidecido: no recuerda, por más esfuerzos que hace, cómo se pronuncia la palabra que designa el grupo de señoritas que forman la corte de la novia; sabe que es algo de «bridas», pero no cae en cómo es... A lo mejor tiene que nombrarlo... Es un contratiempo realmente grande...(La gente atribuye la palidez de la buena señora a la natural emoción del casamiento de su única hija...)

El padre — que no ha intervenido en esto, sino para los gastos — piensa en la inutilidad de tanta luz, alfombras, flores, perfumes...

Cuando él se casó en la capilla de su aldea, no pusieron tantas cosas.

LOS ESPECTADORES

Ha acudido todo el pueblo a la parroquia para ver el más lujoso casamiento del lugar. Satisfecha la curiosidad, al regresar a sus casas, comentan. Las «chicas» de edad llevan una angustia en el corazón; otras siguen soñando. Los hombres jóvenes cambian entre ellos miradas maliciosas; los «viejos» del pueblo llevan en los labios una extraña mueca de ironía.

Los periodistas—siete, ocho, diez, (hay más periódicos que ideas en este lugar)— miran y toman notas desde distintos puntos, para luego decir todos exactamente lo mismo alrededor «de la novia que realzaba su juvenil belleza», «del distinguido caballero», «del todo un acontecimiento social»...

Las viejas murmuran y los chicos corren tras el coche del padrino...

Solamente el Cristo que, desde su cruz presenció la boda, parece más sombrío que siempre.

Es que ha comprendido que, por sobre el rinconcito de ternura que pudieran tener en el corazón esos novios, flota tal atmósfera de vanidad que todo lo ensombrece. Una vanidad fría que haría llorar a Cristo, si Cristo no estuviera tan acostumbrado a ver esta misma vanidad en todas partes...

HERMINIA BRUMANA



LOS NUEVOS "SABIOS"

— Es un científico.
— Un sabio, querrás decir.
— No... ¡Un boxeador!



Olga (que se ha cortado un dedo). — Mamá: si me muriera ¿mis muñecas se vestirían de luto?



Núcleo de familias que asistió a la fiesta realizada en los salones de la Sociedad Nacional Italiana, celebrando la inauguración del "Centro Recreativo Juventud Rauchense".

LA MUERTE DEL AMOR

Si ella estaba triste más lo estaba yo, pensando que habíamos sepultado para siempre nuestro amor, sin esperanzas de verlo surgir un día; pensando que nuestros labios no se unirían jamás. Y arrastrado por la ceguera de mi egoísmo, parecíame que debía agradecer aquella tristeza mía, que debía consolarse al advertirla, pues era como un reflejo del amor ya lejano.

Hubo un tiempo en que los dos soñábamos, no ya el amor sino la pasión hasta la muerte, usque ad mortem. Ambos creíamos en nuestro sueño, y más de una vez embriagados, proferimos las dos grandes palabras ilusionarias: ¡Siempre! ¡Nunca! Habíamos creído en la inteligencia de nuestra carne, en aquella afinidad rarísima y misteriosa que liga a las criaturas humanas con el tremendo lazo de un deseo insaciable: lo creíamos porque la agudeza de nuestras sensaciones no disminuyó ni cuando el obscuro genio de la especie hubo realizado por nosotros dos su único intento.

La ilusión había desaparecido, la llama estaba extinguida. Mi alma, le juró, lloró sinceramente sobre las ruinas. Pero ¿cómo oponerse a un fenómeno necesario? ¿Cómo evitar lo inevitable?

En medio de todo era una gran ventura que muerto el amor por la necesidad fatal por parte nuestra, pudiéramos todavía vivir en una misma casa, ligados por un mismo sentimiento, quizá menos profundo que el antiguo pero ciertamente más elevado y más noble. Gran dicha era que una nueva ilusión pudiera suceder a la antigua y establecer en nuestras almas un cambio de afectos puros, de conmociones delicadas, de exquisitas tristezas. — GABRIEL D'ANNUNZIO.

HISTORIA Y ORIGEN DEL AMBAR

Esta bella substancia ha constituído siempre un importante elemento de la moda. Su: infinitas modalidades que descomponen la luz en irisaciones de una brillantez y colorido fantástico, han sido siempre el encanto de las damas.

La categoría del ámbar sobre los minerales preciosos tiene su origen en fecha muy antigua; 1800 años antes de J. C ya se empleaba en la construcción de objetos de arte y de adorno, y desde esa fecha su reinado no ha decaído un momento, y ha conquistado siempre la moda en todo tiempo, en todos los países del mundo.

Su categoría está fijada entre los metales y piedras preciosas: el oro, la plata, los brillantes y hasta las perlas, son algunas veces humildes vasallos que forman corte de honor — en el ornato de alguna joya — con la brillantez de sus luces y matices alrededor de una talla de este precioso mineral puro, transparente y fantástico, como un cristal encantado.

En el museo de Koenigsberg existen varios trabajos de ámbar construídos en el año 800 después de J. C.; trozos de ornamentación de una iglesia y objetos del culto.

Entre los lugares que poseen el privilegio de esta substancia, pueden señalarse: las costas de Curlandia y Livonia, Jutlandia, el golfo Niso y, especialmente, las costas de Samland en la Prusia Occidental. El ámbar amarillo es una resina o bálsamo endurecido, exudado, según se cree, por algunos árboles antidiluvianos. Se conocen tres clases de ámbar distintas: el ámbar amarillo que es el más importante y característico de todos; su color es amarillo claro y tiene la transparencia del vidrio; suele cambiar hasta el rojo si la acción del aire y la luz obran sobre él por espacio de mucho tiempo. Este fenómeno está comprobado por los objetos artísticos de esta substancia que, entre otras joyas, se han encontrado en los dólmenes, túmulos y demás sepulturas, en los que, como es sabido, tenían costumbre de depositar al efectuar los enterramientos. El ámbar amarillo se encuentra y extrae en yacimientos como otro mineral cualquiera.

El ámbar gris se supone que es una substancia producida por secreción en los intestinos del cachalote, y que éste expele en determinadas épocas. Dicha substancia suele hallarse concrecionada sobre la superficie de los mares y en las costas de los países cálidos.

Los pescadores dedicados a esta industria, armados de pequeñas redes cónicas, sujetas a una pértiga, avanzan entre las olas, extrayendo la resaca que el mar arroja, entre la cual se hallan fragmentos de ámbar.

Y por último, el extraído del "Himenea courbarli", árbol de la América meridional, que produce esta resina blanca y olorosa que, por la acción del aire se solidifica, llegando a la consistencia del vidrio. Este ámbar blanco y llamado gris, ha sido en la antigüedad muy usado en la construcción de collares, pulseras, anillos y otras joyas.

Notas varias

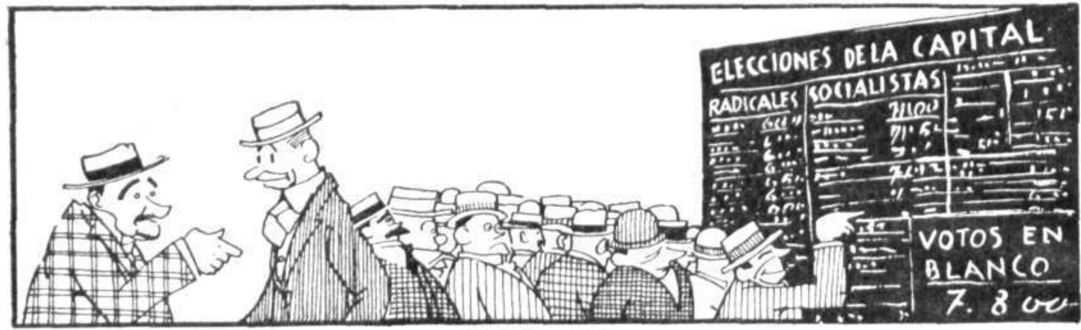


El Sr. Julio E. Avila, nombrado recientemente cónsul argentino en Puerto Montt (Chile).



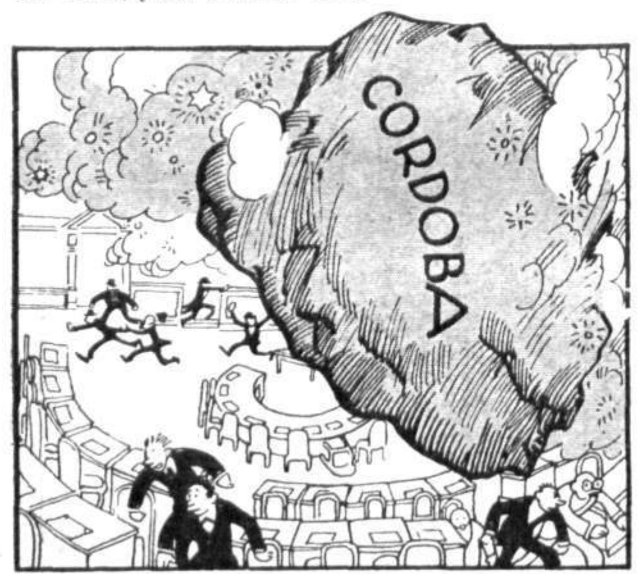
Con motivo de cumplir las bodas de plata profesionales le fué ofrecida al Dr. Ergasto Marenco una demostración por los empleados del ferrocarril Oeste, que puso de manifiesto las grandes simpatías que ha sabido captarse en el desempeño de su profesión.

DICHO Y HECHO, POR MACAYA



UN CALCULISTA

— Puestos en línea recta, uno detrás de otro, los votos en blanco llegarían desde la Casa de Gobierno a la calle Brasil, y aun sobrarían votos.



EL BOLIDO CORDOBES

Cae en la Cámara con gran estruendo.



UNA RESPUESTA DIFICIL

Un curioso. — Usted que es profeta, ¿puede decirme lo que va a pasar en Córdoba?

Martín Gil. — Me es imposible contestar. Nadie es profeta en su tierra.



¿QUE LE PASA A CROVETTO?

— Quedó «groggy» hasta el 31 de diciembre.



NADIE SABE LO QUE TIENE DENTRO

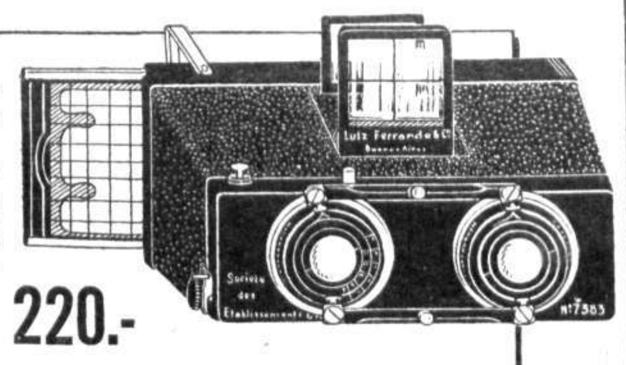
— Yo sé lo que tiene. Loza.

APARATOS FOTOGRAFICOS

Nuevo Stereo Spido

G A U M O N T

6 x 13 con objetivos anastigmáticos Trylor Roussell f: 6, 3, 12 chassis a cortina y elegante valija de cuero. Un equipo creado para el aficionado que desea poseer un aparato de alta precisión sin invertir una suma excesiva..... m$n. **220.-**



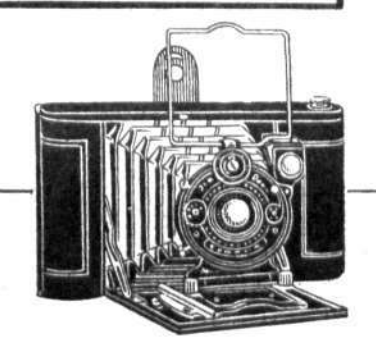
N O V E D A D

ROLL TENGOR GOERZ 6x9 cms.

con objetivo Axiar f: 7, 7. Una cámara segura para películas en rollos, pequeña y bonita y de precio económico.



m$n. 65.—



ICARETTE No. 495

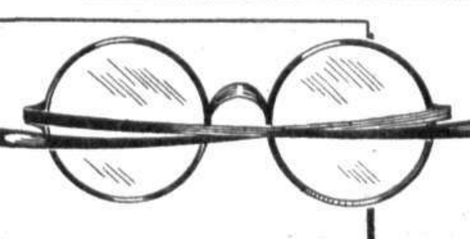
para películas en rollos de 6x6 cms., objetivo Tessar Zeiss I: 6, 3, obturador Compur.

Cámara de bolsillo ideal, de peso y dimensiones reducidos, cubierta finamente de piel, enfoque para corta distancia, visual brillante e iconométrico.

m$n. 175.—

ANTEOJOS Y LENTES PARA CUALQUIER DEFECTO DE LA VISTA

EXACTAMENTE LOS QUE SU MEDICO RECETA



Primer Instituto Optico Oculístico

LUTZ, FERRANDO Y CIA.

F L O R I D A 240 — B U E N O S A I R E S

Cabildo 1916, Belgrano - Almirante Brown 1067, Boca - Rivadavia 6879, Flores.
Rosario - Córdoba - Tucumán - Santa Fe - La Plata - Mar del Plata.

Necrología





Señora Regina Correa de Fricero. — Capital.

Señora Petrona A B. de Abraguín. — Capital.

Señorita Silvia Concá. — Rosario.







Señora Filomena Tarantino de Melandra — Salto.

Señor Francisco Lojo. — Rosario.

Señor Victorio Trucco.—Salliqueló.







Señor Luis Felisia. — Saldungaray.

Señor Cándido Berti. — Capital.

Isidoro M. Suárez. — San Isidro.

CAMILO FLAMMARION

Se afirma que los hombres entregados a la ciencia rara vez ejercen fascinación sobre las mujeres. Pero hay excepciones, y una de ellas la constituye Camilo Flammarión, quien, aunque consagrado a la más pura y tranquila de las ciencias, la Astronomía, ha levantado tempestades en los corazones femeninos. Si la segunda esposa del sabio, es una astrónoma, compañera afectuosa y apasionada colaboradora, la primera mujer fué solamente una adoradora de su marido. Se cuenta que su veneración llegaba hasta el punto de recoger como reliquias los cabellos que el peluquero cortaba al célebre astrónomo. Estos cabellos servían después para rellenar unos cojines del «apartamento» de la señora. El más bello de tales cojines era de terciopelo azul, en el que había bordada, con letra de oro, esta inscripción latina, con un gracioso juego de palabras: *Coma Camilli. Flamma Orionis.* (Cabellos de Camilo: Llama de Orión). Cuando esta amante esposa murió, pidió que se la enterrase en Juvisy, a la sombra del Observatorio, para seguir siempre cerca del adorado, aun habiendo descendido ya bajo tierra. Y su última voluntad fué oída. Sobre la fascinación de Flammarión cuenta la «La Epoca» historias maravillosas. Se dice que Flammarión tuvo unos amores con una condesa rusa, de cuyos hombros maravillosos era admirador. «Puesto que le agradaban tanto mis hombros, dijo una vez la condesa, yo se los prometo para cuando haga mi testamento». Flammarión se echó a reir, pero poco más de un año después, le llegó, acompañada de una carta del médico de dicha condesa, una caja que contenía un rollo de piel apergaminada. Era la piel de los hombros de la condesa, que había sido desprendida del cadáver y preparada de modo que pudiese servir a Flammarión para hacer con ella la cubierta de uno de sus libros. Un ejemplar del libro «Stella», forrado con dicha piel, figura en el estudio del ilustre anciano...



¿Dónde vive el Sabio Merlín?

De tan original modo inicia su testimonio el genial compositor, don Amadeo Vives, hoy nuestro huésped, al referirse a otra celebridad que se llama "DICCIONARIO ENCICLOPÉDICO HISPANO - AMERICANO".

Continúa el Maestro:

«Cuando yo era chico, solía preguntar a mi padre y a mi madre:

— Decidme ¿dónde vive el sabio Merlín?

— ¿Para qué lo quieres saber?

— Para preguntarle cosas todo el día. Me gustaría ser príncipe Florisel, para ir a buscar a Merlín donde esté, y, como si fuera mi perrito, llevarle siempre conmigo atado con una cuerda al cuello, y que me tuviera que responder a la fuerza a todas mis preguntas: ¿Qué es una estrella? ¿Cómo se llama esta hierba? ¿Qué hay debajo de la tierra cuando la tierra se acaba? ¿Por qué crece este árbol? ¿Por qué no puede hablar un caballo?...

Andando los años, Merlín se me presentó en forma de Diccionario Enciclopédico Hispano-Americano. Desde entonces, ni yo he cesado de hacerle preguntas, ni él se ha cansado de contestarme, pues aunque mi curiosidad es insaciable, él es un sinvergüenza que tiene todas las respuestas preparadas.

Alguna que otra vez tartamudea un poco o charla por los codos; pero con frecuencia dice más, mucho más de lo que le pregunto. Entonces me lo comería a besos.

Hemos charlado tanto los dos, nos hemos hecho tan amigos, que ya no sabría vivir sin él».

REGALAMOS:

Como obsequio del momento, a todo comprador del D. E. H. A., un hermoso ejemplar del "GRAN ATLAS JACKSON" o la colección completa de la "HISTORIA de la GUERRA del MUNDO", por Simonds. PIDA, HOY MISMO, DETALLES COMPLETOS.

Mándenos, hoy mismo, este Cupón.

W. M. JACKSON - Inc. - Editores.
CASILLA DE CORREO 1542 - BUENOS AIRES.

Sírvase enviarme detalles completos del Diccionario Enciclopédico Hispano - Americano y de los regalos.

C. C. 1

Nombre ....

Profesión ....

Calle .... N.º ....

Localidad .... F. C. ....

Exposición y Venta: BARTOLOME MITRE, 1092 — Buenos Aires.

Del Tigre

Segunda reunión de las regatas de Otoño

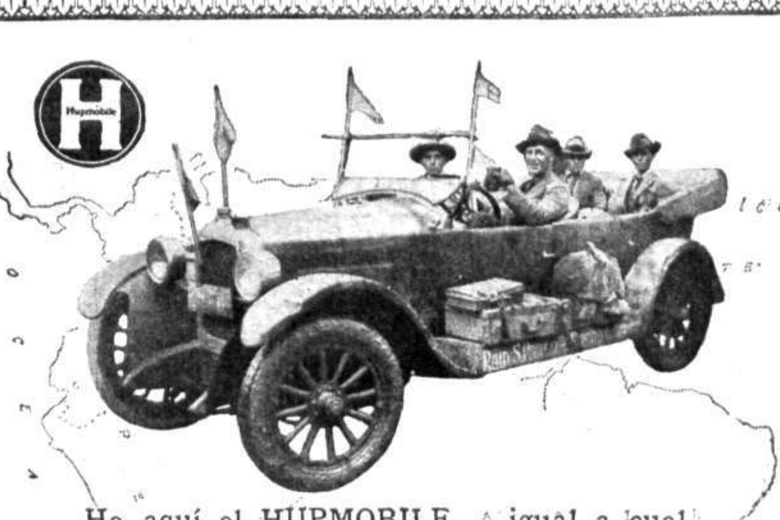




A pesar del tiempo poco propicio, realizóse esta gran fiesta deportiva y social, a la que dió el realce, la asistencia del presidente doctor Alvear y señora, y de un numeroso y selecto núcleo de familias, que alentaron con sus aplausos a los diversos competidores.

Equipo del Club de Regatas Hispano-América, ganador de la cuarta carrera.

Odd Poulsen de C. R. Escandinavos, ganador de la octava carrera de 2.000 metros.


Hupmobile
H



EL NUEVO DIPUTADO

Antes de que renuncie
y se sienta amargado de la vida,
le voy a regalar mi callicida
para que él en la Cámara lo anuncie.
El inventor del infalible remedio.

Es de la oposición.
Debo aumentarle el precio del carbón.
El carbonero consecuente.

Si me quiere ayudar y me remolca,
le dedico una polka.
Mas, si es olvidadizo y es guarango,
no le dedico ni siquiera un tango.
El compositor desinteresado.

Recuerdo que, cuando eran chiquilines,
su hermano y él decían con acento
desgarrador: «¡Yo quiero chinchulines!»
Son mozos de talento.
La antigua cocinera.

Fácilmente ha triunfado.
Pero ¡vean qué lástima! es casado.
La señorita X.

Hoy, dentro de una caja,
le mandaré a su antiguo domicilio
un sombrero de paja
que fué de Cicerón o de Virgilio.
Yo soy amigo, y quiero
que le inspire la paja del sombrero.
El compañero de otra época.

Cuarenta pesos me prestó, ¡es prestar!
en unas circunstancias
que ha debido olvidar.
Hoy no puede pensar
en insignificancias.
El deudor desmemoriado.

Un poema escribió, toca el serrucho.
Debe de valer mucho.
El admirador incondicional.

Tiene que darme un puesto.
Me lo tiene que dar de cualquier modo,
elevado o modesto.
La familia ante todo.
El pariente lejano.

En sus años gloriosos
bebía la ginebra marca «Cebra».
Temo que hoy no le guste la ginebra.
¡Los hombres suelen ser tan orgullosos!
El asiduo concurrente a la confitería.

Dicen que es orador.
Creo que es simplemente un hablador.
El cariñoso correligionario.

De chico, ¡con qué rara habilidad
ladraba como un perro de verdad!
Que vivan sus rivales prevenidos.
¡Ojo con sus ladridos!
El amigo que no pide nada.

Cada vez que le veo
me pregunto: ¿Por qué será tan feo?
El competidor vencido.

Voté por él. Es hombre que promete,
y llegué a entusiasmarme;
y acabo de enterarme
de que se afeita solo. ¡Qué amarrete!
¿Cómo quieren que aplauda
al que de esa manera me defrauda?
El peluquero decepcionado.

Consigue que edifiquen el «Asilo
de sochantres afónicos»
o, sino, le aniquilo
publicando sus ripios polifónicos.
El autor del proyecto.

Cuentan que es muy gentil y aristocrático
y que entiende de modas. ¡Qué simpático!
La sociable dactilógrafa.

Al verle receloso, espantadizo
inquieto e irritable
no le hagáis la existencia insoportable.
Tenedle compasión. Es primerizo.
El parlamentario benévolo.



LUIS GARCIA

DIBUJOS DE MACAYA



El INSTRUMENTO INCOMPARABLE que proporciona con el mínimo de gasto una cantidad sin límites de deleite, instrucción y educación.

APROVECHE NUESTRAS OPORTUNAS OFERTAS

para dotar a su hogar de un instrumento tan necesario para la próxima

TEMPORADA DE INVIERNO

N.º 4 bis. — **CONCERTOLA DE MESA**, hermoso mueble en madera de roble o caoba, finamente terminado, motor Suizo de dos cuerdas y membrana Maestoso para tocar discos «con y sin púa». — Con 6 piezas, 200 púas y embalaje gratis................ $ **150.-**

o bien **$ 25.— al contado y 10 mensualidades de $ 14.—** cada una.

N.º 5. — **CONCERTOLA DE PIE**, con armario guarda-discos, rico mueble en madera de roble o caoba, motor Suizo de dos cuerdas y membrana Maestoso para tocar discos «con y sin púa». — Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis..................... $ **250.-**

o bien **$ 25. — al contado y 10 mensualidades de $ 25.—** cada una.

N.º 5 bis. — **CONCERTOLA DE PIE**, con armario guarda-discos, regio mueble en roble o caoba, con finos adornos de marquetería. Gran motor Suizo de dos cuerdas, y membrana Maestoso para tocar discos «con y sin púa». Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis. $ **330.-**

o bien **$ 33.— al contado y 10 mensualidades de $ 33.—** cada una.

N.º 9. — **GRAN CONCERTOLA DE LUXE**, mueble fino estilo Luis XV, en rica madera de roble o caoba. Motor Suizo de dos cuerdas, brazo, membrana y demás accesorios dorados a fuego. — Con 12 piezas, 600 púas y embalaje gratis..................... $ **380.-**

o bien **$ 38.— al contado y 10 mensualidades de $ 38.—** cada una.

Otros modelos de **CONCERTOLAS** de mesa a $ 125, 99.50. 75.— y .... $ **55.-**

CONCERTOLAS VALIJA PARA VIAJE, a $ 190. 99.50 y.............................. $ **85.-**

SOLICITE GRAN CATALOGO ILUSTRADO N.º 21, ENVIANDO PESOS 0.20 EN ESTAMPILLAS.

DISCOS. - Todos los mejores de todas las marcas del mundo. SOLICITE CATALOGO N.º 22.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Avenida de Mayo, 979.
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

CARNAVAL.— Parte de la selecta concurrencia que asistió al hermoso baile de disfraz organizado con el más brillante éxito por el "Club Social Mitre" de esta localidad.

Palco ocupado por las señoritas de Cortinas, Fabri, Santana y Torres y Noya, que obtuvo el 2.° premio.

Señoritas de Planes, Romero, Ferrándiz, que se destacaron por su gracia y por la originalidad de sus disfraces.



CARIES DENTARIAS • TOS • DEBILIDAD

LACTANCIA Y CRECENCIA DE LOS NIÑOS

TRICALCINE





EL TRATAMIENTO DE
BRONQUITIS BAJO VARIAS FORMAS - ANEMIA
ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO
NEURASTENIA
RAQUITISMO — ESCROFULA
LACTANCIA Y CRECENCIA DE LOS NIÑOS
DEBILIDAD - **TUBERCULOSIS**

TRICALCINE

A BASE DE SALES CÁLCICAS CONVERTIDAS EN ASIMILABLES
DU DOCTEUR E. PERRAUDIN
EX-CHIMISTE EXPERT DE LA VILLE DE PARIS
EX-ELEVE DE L'INSTITUT PASTEUR

DE VENTA EN TODAS LAS DROGUERIAS Y FARMACIAS DEL PAIS
LABORATOIRE DES PRODUITS "SCIENTIA", 10, RUE FROMENTIN, PARIS

• ESCROFULA RAQUITISMO •

En toda la República

Puerta para cocina Nº 21

de cedro

hállanse diseminadas nuestras sólidas PUERTAS Y VENTANAS de CEDRO, en razón directa de que por su calidad y óptima fabricación dan resultados espléndidos y son más económicas que las de madera inferior.

Tenemos existencia permanente de los siguientes números de nuestro catálogo: **1-2-3-4-13-14-15-16-17-18-19-20-21-22-23-24-25-26-27-35-36-47-48-51-52.**

Puerta para cocina N.° 21
De 2.40 × 0.70 cada una $ **54.—**
De 2.20 × 0.70 cada una $ **52.—**

Acordamos 5 % de descuento.

Ventana N.° 15
De 1.40 × 0.75 cada una $ **40.—**
De 1.20 × 0.75 cada una $ **38.—**
De 1.00 × 0.75 cada una $ **36.—**

Estos precios comprenden las aberturas con marco y herrajes colocados.

Ventana Nº 15



Solicite Catálogo

TARTASA Hnos

Escritorio: Charcas 2941 — · — Buenos Aires

La unión de las Iglesias



El papa Pío XI, cabeza visible de la iglesia católicorromana.

La prensa en general y las revistas de índole religiosa en particular, han hablado recientemente de un proyecto que hace ya cierto tiempo preocupa profundamente al mundo cristiano.

Nadie ignora que el Cristianismo se halla dividido en tres grandes familias: la católicorromana, la císmica y la protestante.

Esta separación, consecuencia de cismas originados en pasados tiempos, no puede menos de apenar a las almas cristianas, que desearían reunir en un solo y único hogar espiritual a todos aquellos que se reclaman hijos de Cristo.

Ni que decir tiene que el actual soberano pontífice de la iglesia católicorromana desearía que ese ideal de unión se realizase. Prueba de ello es la participación del cardenal Mercier, arzobispo de Malinas, en la conferencia que, con el indicado fin, tuvo lugar en aquella ciudad belga hace ya dos años, en unión de los representantes de la iglesia anglicana.

Nuevamente tuvo lugar en marzo del pasado año una conferencia idéntica y una tercera aun recientemente, en la que tomaron parte, por la iglesia católicorromana, monseñor Battifol y el doctor Hemmer, y por la iglesia anglicana, el doctor Carlos Gore, obispo de Oxford, y el doctor Kidd.

A título de información damos, además de la más típica fotografía del romano Pontífice, la del arzobispo de Canterbury, el reverendo Randall Tomás Dávidson, es uno de los más fervientes promotores de la restauración de la unidad de la iglesia de Cristo.

Es evidente que para llegar a un positivo y transcendental resultado, lo primero que hay que hacer por parte del propio protestantismo es llegar a una unidad dentro de las varias sectas y confesiones en que el mismo se halla dividido. Entendiéndolo así, en Inglaterra se trabaja activamente en este sentido, y los periódicos nos informan de las reuniones que a este efecto tienen lugar entre las varias iglesias de la Gran Bretaña.



El arzobispo de Canterbury, la más alta autoridad de la iglesia anglicana.


HESPERIDINA
BAGLEY
"A base de
HESPERIDINA"
Se prepara el más
delicioso "cocktail"
Pruébelo
usted.



A la hora del aperitivo siga Vd. el ejemplo de sus amigos que beben

XEREZ-QUINA RUIZ

XEREZ-QUINA RUIZ

lo cautivará por su sabroso y atrayente gusto haciendo de Vd. uno de sus sinceros propagandistas.



FIGURAS DE ACTUALIDAD

M. JUAN LOISELEUR DES LONGCHAMPS

MINISTRO PLENIPOTENCIARIO INTERINO DE FRANCIA ANTE EL GOBIERNO ARGENTINO

POR ALONSO

La destacada actuación diplomática del culto representante francés ante el gobierno chileno, ha de verse coronada brillantemente durante su interinato en nuestro país, dada la simpatía con que ha sido acogida su designación por el Gobierno y la sociedad argentina.

Últimas Novedades de la Moda



Modelo de tapado verde de crêpe Georgette, muy elegante.

Vestido de tricot de varios colores, una de las últimas creaciones.

Amplio y precioso sombrero de encaje con plumas de garza.

FOTOS DE CLAIRE PATEK, DE VIENA.



Un Sueño Extraordinario

por

A. ZARIN

CUANDO yo cuento este caso — empezó mi huésped encendiendo un cigarro — nadie quiere creerme. Y, sin embargo, es cierto.

En aquel entonces yo vivía en una gran ciudad de provincia. Tenía un criado, chico de catorce años de edad, huérfano de padre y madre, llamado Mitia.

Una mañana del domingo, al servirme el te, Mitia dijo:

— ¡Qué sueño tan extraño he visto anoche!

— Cuéntamelo.

— Parecía como si yo fuera otra persona, un presidiario, Egor Polenov, con una barba y cabello rubio. Estaba encerrado en la prisión, junto con un amigo mío, apellidado Petlin. Estábamos descansando, después del almuerzo, y Petlin me dijo en voz baja: «¿Quieres evadirte?» «Ya lo creo», contesté muy emocionado, pero igualmente en voz baja. «Ya he arreglado todo», prosiguió Petlin. «Nos mandarán a limpiar el patio. No te apartes de mi lado. A la hora del crepúsculo nos acercaremos a un rincón, donde puse una escalera, subiremos a la tapia y bajaremos del otro lado. «¿Y cómo nos arreglaremos con los trajes?», le pregunté. «¡Qué pavote eres! Ya nos los procurará Vijriasty» (era un presidiario recién salido de la prisión). «Convenido», dije.

— Siempre lees libros tontos: Pinkerton y otros por el estilo. Por eso estás soñando con toda clase de pavadas — dije descontento.

— Pero, permítame, señor — replicó Mitia. — Oiga lo que sigue...

— Continúa, pues.

— Resonó el chirrido de las llaves prosiguió el muchacho — se abrió la puerta y entró el celador, gritando: «Stepanov, Korriguin y Stukolkin: a encerar el piso en el corredor, Polenov, Petlin y Silantiev: a limpiar el patio». Tomamos las escobas y las palas y salimos al patio. Trabajando, siempre me mantenía al lado de Petlin. Al anochecer me hizo una seña imperceptible para los centinelas, y corrió hacia un rincón apartado, donde vi una escalera. Yo lo seguía, más muerto

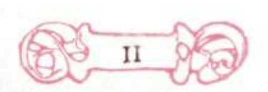


que vivo. Subimos a la tapia y saltamos al suelo, fuera de la prisión... En eso me desperté...

— No leas más cuentos policiales y no tendrás sueños tan disparatados.

El muchacho salió sin contestar.

Fuí a ver un amigo mío, con el que pasé todo el día. Ya muy entrada la noche volví a mi casa y me acosté en seguida.



II

A la mañana siguiente, al tomar el te, noté que Mitia tenía la cara muy pálida.

— ¿Qué te pasa? — le pregunté.

— El sueño — contestó con un tono desesperado.

— ¿Qué sueño?

— ¡El mismo! Como si yo hubiera vivido una doble vida: la mía y la de Egor Polenov.

— Te has vuelto loco, chico, — dije con un tono severo. Al mismo tiempo, dominado por la curiosidad, le pedí que me contara.

Mitia contó lo siguiente:

— Me caí al suelo y me levanté en el acto. Petlin hizo otro tanto. Me agarró de la mano y nos pusimos a correr. De repente apareció un hombre de estatura gigantesca. «¿Eres tú, Vijriasty?» «¿Y quién ha de ser? Ahí tienen ustedes.» Al pronunciar estas palabras nos tendió dos gabanes y dos gorras. «Allí no se darán cuenta antes de una media hora», dijo Petlin. «Apúrense», replicó Vijriasty. «¿Adónde vamos?» «A lo de la tía Antisa». Fuimos a paso acelerado por los suburbios y llegamos a una casita. Vijriasty llamó a la puerta; salió una mujer gorda y alta, que dijo: «Sean bien venidos». «¿Hay alguien?» «El lobo y Mijey». «No les digas nada». Vijriasty entró en el zaguán y penetró en un cuartucho por una pequeña puerta. Nosotros lo seguimos. «Quédense aca», nos dijo, «y tengan presente que hay otra salida que conduce a la orilla del río, por donde pueden escaparse en caso de necesidad». Nos dió

de comer y de beber cerveza y *vozka*. «Duerman ahora y mañana hablaremos del asunto.» Cuando él salió y nos hubimos acostado, pregunté a Petlin: «¿Qué asunto?» «De gran provecho; todos seremos ricos.» Nos quedamos dormidos...

— ¿Es todo el sueño? — pregunté.

— ¡Qué esperanza! — exclamó Mitia. Y prosiguió: — A la mañana siguiente vino Vijriasty y nos contó que nos estaban buscando por toda la ciudad, y, por consiguiente, teníamos que escondernos durante dos o tres días; luego arreglaríamos nuestro asunto y nos escaparíamos de la ciudad.

El muchacho se calló.

— ¿Es todo? — pregunté.

— Sí señor... Tengo mucho miedo al acostarme.

Me reí de buena gana.

No pienses más en estas pavadas y ocúpate de tus trabajos.



III

Fuí al escritorio, donde me entregué a mi tarea cotidiana.

De pronto uno de mis compañeros me preguntó:

— ¿Sabe la nueva?

— ¿De qué se trata?

— El sábado a la noche se han evadido de la prisión dos presidiarios.

Me sobresalté, exclamando:

— ¿No sabe en qué circunstancias?

— Han preparado de antemano una escalera por la que subieron y saltaron por encima de la tapia.

Me quedé estupefacto.

Cuando volví a casa, al ver la cara pálida y descompuesta de Mitia, me di cuenta de que estaba enterado de la evasión de los presidiarios.

— ¿Ha oído usted, señor? — me preguntó con la voz temblorosa.

— Sí.

— ¿Qué es esto, pues? ¿Será alguna brujería?

— ¿No lo has contado a nadie?

Mitia se estremeció y murmuró, lleno de espanto:

— ¡Qué esperanza! Podrían llevarme preso...

— Bueno, pues cállate. Yo tampoco hablaré al respecto.

A la noche fuí al club. El único tema de las conversaciones ha sido la evasión de los delincuentes.

Volví a casa muy tarde, pero mi pequeño criado no dormía aún.

— Señor — me dijo con el tono suplicante, — permítame acostarme en el suelo, junto a su puerta. Tengo miedo de dormir en la cocina.

— Acuéstate donde quieras — le contesté, — y no pienses más en tus sueños.

El chico exhaló un profundo suspiro, trajo su colchón y se acostó en mi gabinete, junto a la puerta de mi dormitorio.



IV



A la mañana siguiente, antes de levantarme de la cama, llamé a Mitia.

El pobre muchacho tenía un aspecto lamentable.

— ¿Otra vez el mismo sueño?

Un profundo suspiro era su única respuesta.

— Cuéntamelo.

— Tengo miedo, señor — cuchicheó el pibe.

Yo estaba presa de una viva curiosidad y, al mismo tiempo, de un miedo supersticioso.

Mitia empezó su relato, penetrado de una verdad tan real que sentí mis pelos ponérseme de punta.

— Hemos pasado el día en la casa de la tía Anfisa. A la noche vino Vijriasty con Mijey (un carrero) y tuvimos una consulta acerca del *asunto*. Nuestra futura víctima será un hombre rico, que vive en su quinta, en un suburbio. Mijey se enteró de todas las costumbres de la casa: A las diez de la noche el portero cierra el portón y se va; a su lugar viene un sereno, muy amigo del *vodka;* Mijey entró en amistad con él. El portero vive en una cabaña apartada. En la casa vive el mismo señor y un criado con su mujer, que trabaja allí de cocinera; ambos duermen en la cocina, que está situada en la planta baja, mientras el dormitorio del señor está arriba. En el patio hay un perro. Mañana a la noche Mijey ira primero y hará emborrachar al sereno; luego dará un veneno al perro. Después Petlin subirá por encima de la tapia y nos abrirá el portón con la llave que le dió Mijey. Yo y Vijriasty entraremos en la casa cerraremos la puerta que conduce a la cocina y luego subiremos al dormitorio del señor. Petlin y Mijey estarán de centinelas...

— ¿Quién es aquel señor?

— Surov.

Me sobresalté en mi cama, presa de una viva emoción: conocía muy bien al señor Surov y le profesaba una gran estimación. Era un viejo arqueólogo que llevaba una vida muy solitaria.

— ¡No se puede admitir esto, Mitia! — exclamé. — Hay que prevenir a la policía.

Me levanté y me vestí apresurado. Después de haber tomado el te, no fuí a mi oficina, sino a la del jefe de la policía, a quien conocía personalmente.

Me atendió muy amablemente y empecé sin preámbulos:

— Esta noche los prófugos de la prisión quieren matar al señor Surov, y usted tiene que impedírselo.

El jefe de la policía me miró con gran asombro.

— ¿Cómo lo sabe usted? — preguntó al cabo de una breve pausa.

— Lo sé de una fuente muy extraña... Tal vez le parecerá inverosímil...

Le conté los sueños maravillosos de Mitia.

Cuando hube terminado, mi interlocutor soltó una sonora carcajada.

— ¡Qué rico tipo es usted! — exclamó por fin.

Me sentí muy confuso; empero intenté recuperar mi terreno.

— ¿Por qué no quiere tomar alguna precaución? Podría prevenir al señor Surov...

— ¡Pero, hombre! ¿Cómo quiere que yo, el jefe de la policía, vaya a casa de un anciano venerable y le diga: «Unos bribones quieren matarl ; lo sé porque un ibe ha *visto* un sueño»? ¡Estaría ridículo!

— Bueno, adiós.

Me fuí desilusionado. Yendo a mi oficina me calmé un tanto, y trabajaba todo el día como de costumbre. Pero al volver a mi casa la emoción volvió a apoderarse de mí.

Mitia me esperaba impaciente.

— ¿Qué tal, señor? — me preguntó con la voz temblorosa.

— El jefe de policía se ha burlado de mí; pero me he decidido a obrar por mi propia cuenta.

En aquel momento estaba convencido de la fuerza profética de los sueños de Mitia.

La cara del muchacho radiaba de alegría.

Me sirvió la cena. Después de haber comido fuí a casa del señor Surov, no obstante no haberla frecuentado antes.

Cuando fuí introducido en el gabinete del arqueólogo, el anciano me saludó, preguntando:

— ¿Qué se le ofrece, señor?

— He venido con un asunto muy extraño... Tal vez le pareceré anormal, pero considero mi deber prevenirlo... que lo quieren matar.

Le conté los sueños de Mitia.

Surov permaneció pensativo un rato y luego pronunció:

— Le agradezco mucho por haberme prevenido... ¿Qué tengo que hacer?

En aquel entonces yo era joven y sediento de aventuras.

— Los vamos a llevar presos, si usted me permite obrar con plena libertad.

Una débil sonrisa se dibujó en sus labios.

— Con mucho gusto.

Ya tenía mi plan, trazado mentalmente.

— Permítame traer acá un amigo mío, ordene a sus sirvientes que me obedezcan y... y sacrifique su perro.

— ¿Cómo?

— Esos tunantes quieren envenenarlo. Déjelos obrar.

El rostro de Surov se obscureció.

— Ha sido mi fiel servidor durante diez años.

— De otro modo ellos tendrán sospechas.

— Bueno — replicó el anciano, suspirando.

— Ahora me iré y volveré a la noche — dije poniéndome de pie.

El arqueólogo me acompañó hasta el vestíbulo, donde dijo a su criado:

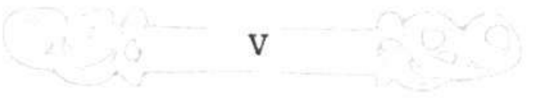
— Mateo, esta noche tienes que cumplir todas las órdenes de este señor.

— Sí, señor.

Me apresuré a agregar:

— Hágame el favor, Mateo, de no comunicar a nadie esta orden de su patrón, ni siquiera a su mujer.

— Sí, señor — contestó el lacayo, asombradísimo.



V



Al salir de la casa de Surov, me dirigí a la de mi amigo Kluchkin, maestro de la escuela. Era un hombre joven y valiente, y yo contaba con su ayuda.

Cuando le hube contado toda la historia, Kluchkin se animó y dijo, poniéndose su sombrero y su gabán:

— Estoy a sus órdenes.

Al llegar a la casa de Surov, pregunté a Mateo:

— ¿A qué hora suele el portero cerrar el portón?

— A las diez.

— Hágame el favor de decirle que no cuente nada al sereno acerca de nuestra presencia aquí y que, antes de retirarse a su cabaña, suba al vestíbulo.

— Sí, señor — contestó el fiel criado, introduciéndonos en el gabinete de su amo.

Surov nos invitó al comedor y nos convidó con el te y la comida. Dentro de un rato entró Mateo, avisando:

— El portero está esperando sus órdenes.

Me puse de pie, diciendo al dueño de la casa:

— Con su permiso.

— Está usted en su casa — fué su respuesta.

Me apresuré a salir al vestíbulo, donde vi al portero.

— ¿Cómo te llamas? — pregunté.

— Efrem.

— Bueno, pues, Efrem, y usted Mateo, tengo que decirles que esta noche unos ladrones quieren matar y robar a su amo.

Los dos se estremecieron, y Mateo se persignó, exclamando:

— ¡Jesús y Virgen Santísima!

— Sí — proseguí; — y nosotros tenemos que impedírselo. Ustedes dos acuéstense acá para dormir.

Usted, Mateo, cierre la puerta que conduce a

la cocina y no diga nada a su mujer. Preparen las cuerdas y duerman hasta que yo les despierte.

— Bueno, señor.

Volví al comedor, donde pregunté a Surov:

— ¿A qué hora suele usted acostarse y apagar las luces?

— A las once.

— Hágame el favor de no cambiar nada en sus costumbres esta noche. ¿Se ve el patio desde su gabinete?

— Las ventanas dan al patio.

— Entonces, con su permiso, nos quedaremos allí. ¿Quiere darnos velas y fósforos?

— Con mucho gusto.

Surov se despidió de nosotros y se alejó a su dormitorio. Nosotros fuimos a su gabinete, llevándonos las velas, pero sin encenderlas. Por la ventana se veía el patio completamente desierto, alumbrado por la luna.

Pasó un largo rato sin ningún incidente. El reloj de la catedral dió las doce. Las dudas empezaron a apoderarse de mi mente.

— Las aventuras no existen más que en las novelas — pronunció de repente Kluchkin. — Pasaremos acá toda la noche, como tontos, e iremos a dormir. ¡Qué papelón!

No le contesté nada, pues reconocía que tenía razón.

De repente se oyó un ladrido... Agucé el oído y la vista... Vi caer en medio del patio una cosa tirada por encima de la tapia; el perro se le acercó, olfateándola.

— El veneno — dijo Kluchkin. — ¡Fíjate!

Noté una cabeza que se asomaba por encima de la tapia.

— Quédate acá — cuchicheé, bajando apresurado al vestíbulo, donde dormían el portero y el lacayo. Los desperté, diciendo muy emocionado:

— ¡Ya vienen! Ahora, mucho ojo. Pónganse de los dos lados de la puerta, nosotros estaremos en la escalera. Ellos abrirán la puerta con su llave. Apenas entren, tú, Efrem, cierra la puerta y ataca a uno de ellos, y usted, Mateo, al otro. Nosotros acudiremos en su ayuda.

— Bueno, señor.

Volví al lado de Kluchkin, al que encontré junto a la ventana. Mirando a mi vez al patio, vi al perro, que yacía en el suelo, muerto.

En este momento se abrió el portón, por el que entró en el patio un hombre.

— Vamos — dije en voz baja, encendiendo la vela y tapando su luz con la mano.

Bajé la escalera seguido por Kluchkin. Al llegar hasta el último peldaño apagué la vela y dije a mi amigo:

— Esperemos aquí.

Jamás me olvidaré de la impresión angustiosa que me producía el silencio y la obscuridad que nos rodeaba.

No sé decir si pasaron unos cuantos minutos u horas; de repente oímos el chirrido de la llave en la cerradura.

Kluchkin estrechó mi mano. Yo oía los latidos de mi corazón.

En el vestíbulo resonó el ruido de la puerta que se abría. Luego se oyeron ligeros pasos. De pronto se cerró la puerta con estrépito y resonaron gritos y ruidos de la lucha.

— ¡Adelante! — grité, y corrimos con Kluchkin al vestíbulo.

Con las manos temblorosas encendí la vela, cuya luz alumbró un montón de cuerpos humanos en el suelo, en una lucha encarnizada.

Fuí corriendo para ayudar a mis compañeros.

Al cabo de un rato vencíamos, y los dos ladrones yacían en el suelo atados con las cuerdas.

Surov bajó la escalera con la vela encendida. Nos estrechó las manos, agradeciéndonos, presa de una viva emoción.

— Mande a Efrem a la policía — le dije — para avisar al jefe y hacerlo avergonzar.

— Sí, lo haré sin falta — contestó.

El portero salió para cumplir la orden de su amo.

Los dos ladrones resultaron ser los prófugos de la prisión.

Los pesquisantes, guiados por las indicaciones de Mitia, encontraron la casa de la tía Anfisa, donde arrestaron a la misma mujer, a Vijriasty y a Mijey, como a los cómplices del delito.

Lo más asombroso del caso es el sueño profético de Mitia. Hasta ahora no sé la explicación de este fenómeno y ninguno de los psiquiatras consultados pudo aclararme satisfactoriamente la verídica y misteriosa profecía del pibe Mitia, mi criado.



DIBUJOS DE MACAYA



El ROMANCE *del* VERANEO

Para que el viento me curta
y para que el sol me tueste,
me voy a bañar a Quilmes.
(Con el permiso de ustedes).

El tranvía veintidós
es el que me lleva siempre.
Viaje grato al poeta:
cielo azul y campo verde.

La nariz, glotona, va
ebria de aroma campestre.
Y los oídos recogen
hasta los ruidos más tenues.

En Quilmes suben familias
de alemanes y de ingleses;
que, en dos pinceladas, son
pelo rubio, ojos celestes.

Y, para gloria de Dios,
han subido unas quilmenses
de negros y puros ojos,
rojos labios, blancos dientes,
y rostros en donde canta
la vida sana y alegre.

Yo, al verlas, me regocijo.
Y canto jocundamente:
«¡Qué hermoso y sano ha de ser
el amor de estas mujeres!»

MAÑANA *en* FLORES

Para interpretar esta
mañana de diciembre,
es necesario usar
la flauta y los pinceles.

Cantemos las magnolias
que miran hacia oriente
y están entre la fronda
como estrellas de nieve.

La brisa pura sopla
intermitentemente;
y el oro vegetal
de las acacias, muévese.

Los gorriones, en celo,
persíguense en el césped.
Las colegialas pasan
parlanchinas, alegres:
tienen los ojos lindos
y el amor impaciente.

Por las calles, las vacas,
los vascos y la leche,
hacen vivir la vida
bucólica y agreste.

Aquí, en la plaza, cantan
los chorros de la fuente.
Y ahí no más, la torre
de San José, se yergue.

Y—milagro de luz—
el bello sol enciende
pedacitos de espejo
sobre las hojas verdes.



MI SEÑOR CORONEL

ERA muy amigo mío.

Todas las tardes, mientras estuvimos en los baños de San Hilario de Sacalm, célebre balneario colocado a manera de nido de águila en uno de los más abruptos y pintorescos montes de la provincia de Gerona, salía conmigo a pasear, ora a la Font bella, ora a la famosa roca de N'Pla, ora también por los sombríos castañales camino de la fuente.

Este personaje, hasta ahora incógnito para ti, era el marqués de... N, y era Grande... de España de primera clase, y más noble aún por su hidalguía, por su grandeza de alma y por las otras muchas dotes que le adornaban.

En medio de aquella ingenuidad de niño con que me trataba, noté siempre en él esa gallarda austeridad, ese porte marcial y severo, ese *no sé qué* de arrogante y caballeresco que distingue a nuestros oficiales de alta graduación, todo lo cual hizo que instintivamente y sin darme cuenta de ello le llamase yo siempre *mi Coronel*.

Con estos antecedentes no te será difícil el sorprendernos una mañanita fresca y hermosa, en que mi coronel y yo atravesábamos el sombrío bosque de castaños, dejábamos a la derecha el almenado castillo de... X, y llevando en la mano nuestros finísimos vasos con la clásica inscripción *Recuerdo de San Hilario de Sacalm*, nos encaminábamos a la fuente de San José, una de las más abundantes y ricas del rico y abundante balneario. Apenas habíamos hablado unas palabra desde que salimos del pueblo.

Las auras puras y frescas de la mañana, impregnadas en el aroma de las campánulas y rosas silvestres, penetrando, más que por los pulmones del cuerpo, por los huecos y resquicios todos del alma, producían en nosotros esa mística nostalgia del cielo, ese misterioso silencio en que el espíritu se baña de placer espiritual y como que se asoma por las ventanas de los sentidos para gozar del panorama dulce y tranquilo que se despliega en su presencia.

— ¡Qué fresca está la mañana, mi coronel! — le dije, por fin, respirando una bocanada de aire impregnado en el olor del tomillo que unas cuantas cabras pacían en la ladera del monte.

— Fresca de veras — contestó el marqués, despidiendo una bocanada de humo, que producía un exquisito cigarrillo. — ¿Ve usted ese camino que por las faldas del monte conduce a Santa Coloma? Pues yo le aseguro que los que vayan por él, a pesar de estar en pleno verano, llevarán un frío bastante regular.

— ¿Conoce usted bien esos caminos?

— Como la palma de mi mano. ¿No ve ese otro camino de la derecha? Mis huesos no están ahí hace ya muchos años por un favor especial de la Moreneta de Cataluña.

— ¿Se vió usted en peligro de caer en manos de fieras?

— Y de fieras muy dañinas, las peores que plagan el mundo.

— A ver, a ver, explíquese mejor — le dije, picado de la curiosidad y viendo sobre todo que la gana de contar el suceso le reventaba a mi Coronel por todos los poros de su cuerpo.

Entonces él dió la última embestida a su cigarro, lanzó al aire una columna blanca y olorosa, y arrojando la colilla en una de las cunetas del camino, comenzó con pausado acento a contarme la siguiente historia, que si tú, amado lector, no crees en el milagro, bien puedes cuando menos atribuírlo a una de las más exquisitas filigranas de la divina Providencia.

II

Hacía pocos años que nuestro marqués, que se llamaba Héctor, recién salido de la Academia Militar, había contraído matrimonio con una de las más bellas y virtuosas jóvenes de Santa Coloma de Farnés, llamada Marina.

Fruto de aquellos amores, castos y honestos, era un niño, que a la sazón tenía unos cuantos meses, y que tenía un pelito rubio y ensortijado que daba envidia a los trigos de las eras, y que cuando miraba con aquellos ojuelos grandes y azules, no parece sino que un ángel del cielo se asomaba por el diáfano y transparente azul del firmamento. Héctor, al estallar la guerra civil entre carlistas y liberales, estaba de guarnición en Sevilla, y fué trasladado inmediatamente a uno de los focos principales de la guerra, a la provincia de Gerona.

Marina no permitió que su esposo marchase solo, y así fué con él a Barcelona, y después hasta Vich, donde moraba una tía suya y desde cuya casa le era más fácil adquirir noticias de su esposo.

Héctor no vivía tranquilo. Hijo de una antigua familia cristiana de abolengo, aunque jamás decidida por causa política alguna, veía en el ejército del Gobierno muchas *menudencias* que sublevaban su espíritu cristiano y caballeresco, incapaz de rendir culto a la intriga y al deshonor.

Mucho tiempo meditó la resolución que, según su conciencia, era preciso tomar, hasta que al fin decidió consultarla con su fiel confidente, con su buena Marina, y a Marina, al oir la resolución de su esposo de pasarse al ejército carlista, le dió un salto de gozo el corazón. Mucho tiempo había ella soñado con aquello mismo, pero jamás se había atrevido a comunicárselo a su esposo.

La resolución quedó, pues, tomada por unanimidad de votos. El plan para llevarla a cabo era el siguiente:

Marina debía esconderse en la masía del tío Roque, antiguo servidor de la casa de la joven y carlista hasta los tuétanos, oculto, sin embargo, *propter metum judoeorum*.

Héctor debía defeccionar en uno de los ataques al pueblo de N..., llegar a Santa Coloma, hablar a la familia de su esposa y llevársela después a aquel nido de palomas donde se viese al abrigo de los halcones.

La defección de Héctor ni fué difícil, ni fué la única que se vió durante la guerra.

Se le mandó conducir a Gerona a tres oficiales carlistas que habían quedado prisioneros, y al pasar por un bosque, Héctor les dió cuenta de su resolución, y después de un fuerte apretón de manos, fué a engrosar con sus soldados las filas del ejército carlista que operaba en aquellos alrededores.

Quedaba ahora la parte más seria y aventurada.

cual era la de traer a Marina y al niño hasta el pueblo, pasando por medio del campamento enemigo.

III

Conocida la fuga del bravo capitán, que al pasar al campo carlista había sido agraciado con el grado de comandante, se puso un cuidado especial en apresarle para que recibiese el castigo correspondiente.

Visto lo inútil de las pesquisas, buscaron a la esposa y al hijo de Héctor, para obligar al desertor, por medio de los lazos irresistibles del cariño, a que se presentara al general.

Todo inútil: la paloma se había fugado también. Sin embargo, la situación de Marina no podía ser más difícil; tarde o temprano habría de caer en las garras del halcón, y era necesario ponerla en seguro cuanto antes.

La operación era en extremo peligrosa. Debía Héctor llegar disfrazado, tomar de la huerta de Roque a su esposa con su hijo y atravesar el monte que a la sazón estaba en poder de los del gobierno.

Sin embargo, su astucia fué tal, que en pocos días, violando la rigurosa vigilancia del enemigo, llegó a la huerta del tío Roque, y una noche obscura y lluviosa emprendió la caminata y comenzó a atravesar la cadena de montes que le separaban de Santa Coloma de Farnés.

Era una de esas noches en que el cielo, entoldado con obscuros y densos nubarrones, niega a la tierra el resplandor de las estrellas, que se ocultan medrosas por entre festones y gasas de luto.

Un viento frío y penetrante azotaba los copudos castañales, que se quejaban con un silbido penetrante y agonioso, espantando a las fieras y alimañas del bosque ocultas en sus hondas y obscuras madrigueras.

Sólo la flaca y hambrienta loba del monte hacía sentir sus alaridos, que, mezclados con la salvaje sinfonía del viento, formaban un concierto infernal y aterrador.

Héctor y Marina, con el niño en los brazos, se lanzaron por medio de aquella sinfonía, miedosos, temblando, pegado el uno al otro, como si sus conciencias, puras siempre y tranquilas, se hubiesen visto de pronto asaltadas por los remordimientos de un crimen.

El niño de cuando en cuando lanzaba un gemido suave, que su madre procuraba apagar con el calor de sus besos o con el abrigo de su pecho, como las aves que en aquellos momentos cubrían a sus polluelos con el calor de sus alitas.

El camino era bastante seguro, porque una senda estrecha guiaba hasta la huerta donde debían ampararse, y donde ya comenzaban las primeras avanzadas del ejército de D. Carlos. Sólo un mal paso asustaba a Marina.

Aunque cristiana y de buen sentido común, aún no había olvidado las consejas que su abuelita le contaba cuando niña sobre *la sima del diablo.*

En efecto: por uno de los montes más lóbregos que habían de atravesar, y muy cerca del camino, existe una sima cuyo fondo nadie ha podido sondear.

El caminante que se aventura a pasar de noche por esos caminos solitarios, y escapa de la voracidad del lobo, tan temible en aquellos parajes, tiene que contar con otro enemigo, en la boca negra e informe, que parece le espera a que se separe del camino para hundirlo en las fauces de aquel abismo sin fondo.

Unido el temor del peligro a los cuentos de endriagos y brujas que corren de boca en boca sobre *la sima del diablo,* y que las abuelas se complacen en contar a los nietecitos al amor de la lumbre las noches de invierno, todo puede hacer presumir el pánico que se apoderaría de Marina cuando, a pie, con su niño en los brazos y aferrada al de su esposo como se aferra la pasionaria al fuerte tronco de un tilo, iba subiendo la ladera del monte donde se hallaba la siniestra sima.

Ya habían subido la mayor parte del monte sin que les molestase más ruido que el del cierzo, cada vez más fuerte, y el estridente chirrido de las aves nocturnas.

Marina comprendió que se acercaba a *la sima del diablo,* y se acercó más y más a su esposo, y entre los dos corazones palpitantes puso al hijito de sus entrañas, como si quisiese defenderlo de los espíritus malignos que poblaban aquellas espesuras.

De pronto un silbido agudo y penetrante llegó hasta sus oídos.

Héctor se dió cuenta de su situación: los buscaban; estaban perdidos.

— ¿Qué es eso, Héctor? — preguntó Marina con voz apagada y temblorosa.

— Nada, Marina, no temas; sigamos adelante, que Dios protege las empresas justas.

— ¿Pero no serán los soldados que te estarán buscando?

— No lo creo; de todos modos sigamos adelante, que no podemos retroceder.

— Héctor, recemos a la Virgen de Monserrat — dijo la joven, lleno de fe el corazón. Y comenzaron a rezar.

— Estamos perdidos — dijo de pronto Héctor, apretando con mano convulsiva el brazo de su esposa.

En efecto: por delante de ellos, cortándoles el camino, aparecieron varios farolillos encendidos.

— Atrás, echemos atrás — clamó angustiada Marina. — ¡Virgen de Montserrat, amparadnos!

Volvieron atrás los ojos, y una serie de faroles, y después una multitud de gritos, les hicieron convencerse de que era segura su perdición.

No les quedaba más recurso que echar por la derecha y emprender la fuga por las alturas del monte. Era el sitio fatal: por allí estaba *la sima del diablo.*

— Aún no nos deben haber visto — murmuró Héctor en voz baja. — Sígueme Marina, que aún no está todo perdido.

— Por Dios — le replicó Marina muerta de miedo; — que por ahí está la sima maldita.

— Marina, calla y sígueme, que nos perdemos.

Los soldados realistas se iban acercando con precaución, sin duda por conocer el peligro.

Lo que había pasado era muy natural. Enterado el coronel realista de que Héctor había sacado de la ciudad a su esposa y a su hijo con intención de trasladarlos a Santa Coloma, había apostado espías por las alturas del monte por donde necesariamente debían de pasar.

— Le aseguro, mi teniente Ramos — gritó un soldado, — que por aquí no han pasado todavía. En cuanto lleguen les daremos caza de seguro.

Héctor se estremeció al oir el nombre de Ramos, enemistado con él por cuestiones de cargos en la milicia.

— Busquen, muchachos, — dijo Ramos, — busquen bien, que por aquí deben estar las perdices.

Sonó un silbido, y luego otro, y otro, y el niño, que hasta entonces había estado dormidito en el seno de su madre, abrió los ojos y comenzó a llorar sin consuelo.



En vano la madre lo llevó a su seno y lo apretó convulsivamente; ya era tarde.

— ¿Lo veis, animales? — rugió el teniente. — Aquí estaban. A copar el sitio, y que no escapen por ningún lado.

— Sígueme, Marina, sígueme — dijo Héctor con voz desesperante.

— Aquí, aquí está la sima...

Héctor no oyó a su esposa. Subió hacia arriba y comenzó a rezar a su Moreneta. Marina le seguía de cerca con el niño, que lloraba cada vez con más angustia.

Los soldados se lanzaron en su persecución, guiados por el llanto.

Pasaron unos instantes, unos tres minutos de angustia mortal. La tragedia tocaba a su fin.

De repente se oyó un grito de agonía; era de Héctor.

— ¡Virgen de Monserrat, socorro!

Otro grito horrible, salvaje, dado por Marina, siguió al de Héctor.

— ¡La sima! ¡La sima!

La fiel esposa creyó que su Héctor se había precipitado en la hondura, y siguió impávida a precipitarse también; pero cuál no sería su asombro, al oir la voz de su esposo, que le decía con tono casi imperceptible:

— Aquí, Marina, aquí; dame el niño y déjate caer sin miedo.

En efecto: a sus pies se abría una hondura, y saliendo de ella, a pesar de la obscuridad de la noche, pudo ver los brazos de su esposo que asomaban pidiéndole al niño.

Ella colocó en aquellos brazos a su hijito, y se lanzó por la boca de la hondura.

El niño, abrigado con el calor de su padre, calló, y los soldados siguieron buscando.

— Cuidado — gritó un sargento; — por aquí está *la sima del diablo.*

— Sí — replicó el teniente, — y yo creo que por ella se han despeñado los fugitivos. ¿No oyeron los dos gritos?

— Yo lo creo así, mi teniente; el grito salió de debajo de la tierra.

— ¡Ya me las han pagado, tunantes!

— ¡Y qué poco les ha valido el llamar a la virgen de su tierra!

— Sigamos buscando, que no me gustaría el que me la pegasen... Eh, tú, animal, trae ese farol, que el mío se ha apagado con el aire.

Un soldado se acercó, cayéndose y levantándose, para darle su farol al teniente Ramos mientras éste siguió subiendo a obscuras.

Ya se acercaba el soldado, cuando otro chillido agudo y penetrante vino a resonar en el espacio. Era el teniente Ramos que se había despeñado por la sima.

IV

Al día siguiente, y cuando la luz de la aurora comenzó a disipar las tinieblas de aquella angustiosa noche, los dos esposos se comenzaron a dar cuenta de lo ocurrido, que les pareció al principio un sueño, y después un verdadero milagro de la Virgen. Casi al borde de *la sima del diablo*, y con el objeto de hacer carbón, los leñadores habían formado una fosa bastante profunda.

Héctor, al subir huyendo de los soldados, acertó a caer en ella, y esto fué la causa de su salvación y de la de su esposa.

A pocos pasos, y abriendo sus negras fauces, estaba *la sima del diablo*, donde el cadáver del teniente Ramos había encontrado sepultura.

Los dos esposos cayeron de rodillas, y, con los ojos bañados en lágrimas, dieron gracias al Señor y a su bendita Madre, que los había salvado de una muerte segura. Después siguieron su camino hasta ponerse en salvo sin que nadie les hostilizara, y llegaron al nidito de Santa Coloma, donde Marina, al lado de sus padres, recibía de continuo nuevas de los triunfos de su esposo, que llegó a obtener al fin de la guerra el grado de coronel.

Después de la paz, Héctor renunció al grado que el gobierno le ofrecía, y quedó al cuidado de sus inmensas y ricas posesiones.

— ¡Vamos! — exclamé yo al oir el relato. — Ya me doy cuenta de porqué le llamaba siempre a mi compañero *el señor Coronel*.

A. RISCO

DIBUJOS DE REQUENA ESCALADA



Página Infantil



Nina



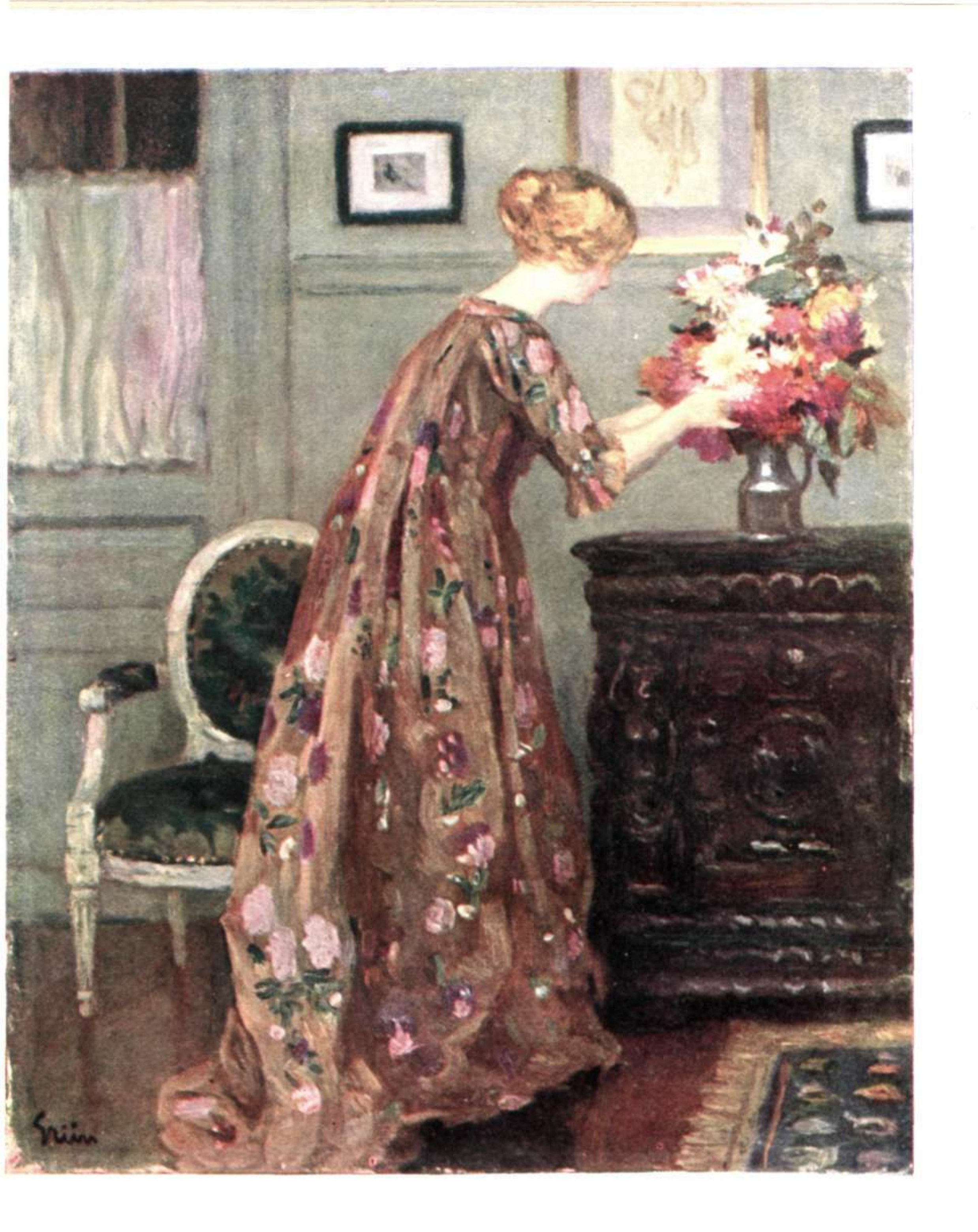
Culotta



Jorge D. López Bazgaliño



José Luis Fara



ARREGLANDO LAS FLORES

ÓLEO DE JULES GRÜN

SALÓN WITCOMB

¿Quién será capaz de sustraerse al encanto de una gentil cajera?



Vender flores, atinar en el simbolismo de ellas, ¡esa es la vida! Como pétalos que caen abatidos.

La mujer en la vida moderna

Si queréis conocer de cerca todo el valor de las grandes resoluciones brotadas del alma de la mujer, buscadla en los instantes de actividad. Ellos encarnan la forma concluyente de una voluntad. Lo mismo en aquello que comporta los deleites de un arte, o las promesas de una gloria, como en la modesta misión de ponerse a zurcir trapos, si de este zurcido ha de venir un migollo del pan de cada día.

La gracia y la hermosura quedan desprovistas de su gran predicamento, si un corazón femenino ha de rendir a la vida el arrogante tributo del trabajo; éste, como un don superlativo eleva el concepto y al mismo tiempo las coloca a ellas muy cerquita de la realidad. Y estar así puestas a la vera de las corrientes por donde todo pasa, zumba, se renueva, y deja enseñanzas con su continente de dulzores y acritudes.





No es del todo penosa la conquista del pan, para la que sabe el rítmico lenguaje de la música.

representa lo que la dialéctica del día llama «la nueva reforma».

Buenos Aires, grande y turbulento como una visión babilónica; incitante y magnífica en sus conquistas de progreso; engolfa multitudes de mujeres en el diario trajín de la producción, páginas que van surgiendo vertiginosamente según el colosal índice se sucede, con sus tremendos dramas y sus graciosas ironías. Pero no siempre — y es muy contado el caso — esas ironías dejan el contagio de una gracia pura.

Los recientes inspiradores de la literatura popular lo atribuyen a dudosa selección de lecturas. El gabinete psiquiátrico nos habla de la triste y doliente herencia psíquica. Por boca del sociólogo, vemos ante nuestros amaneceres el



En las prosaicas columnas del libro "Borrador", suele hallarse la solución del porvenir...

Acidos, precipitados, concentrados, y... todo el secreto de la alquimia en manos de hada.

Ganarse el pan con el rudo trabajo, no exime de sentir un poquito de amor al culto de tareas prolijas y hermosas.

problema orgánico de la vida. Y dale que dale sin tregua, cada cual a su tema. Entretanto, el genio de la mujer, eso que anima y chisporrotea en derredor de nuestras «cosas» para llenarlas de alegría y derramar en ellas el resplandor de la juventud, vive semiobscurecido entre tanto aditamento filosófico. Ocurrele lo que a esos días espléndidos de color sol purísimo, sobre los cuales aparece repentinamente un tende-

Una risueña vendedora de lo más rico y substancioso que ofrece el proceloso mar.

¡Las últimas noticias!... y entre labios, inarticulado aún, el enigma de una vida.



A la manera normanda, la ordeñadora de nuestro primer tambo municipal

¡Transcurrida media existencia, manejando el secreto ajeno desde un despacho postal!

dero de nubarrones como galopando en seguimiento de esa luz, y comienzan a ponerse plomizos, echándonos melancolía sobre todos los retoños espirituales. Necesitamos que nuestras mujeres alimenten de alegría sus esfuerzos. Lo mismo aquella que mendruguea tras la máquina del obrador, como la que arranca los trinos al jilguero y nos los brinda a chorros desde un proscenio. Es parte espiritual de nuestra misión humana, dignificarlas. Pero ellas, por nada de este mundo pueden olvidar su gran papel de amor y de belleza, que cuando el excesivo desgaste de la prosa las aleje de su rol, ya no podrán sentirse cómodas como mujeres, porque habían masculinizado mucho sus tendencias, y tampoco podrán competirnos desde que la vida tiene leyes irreductibles.

Francia y Norteamérica se preocupan ahora de lo que ha significado el desarrollo de la

La política, las letras, el teatro, la enervante actualidad: nada más interesante que lo referente a cómo llevan el cabello las estrellas de la escena.

Los dolores de la carne, quizás parezcan más mitigados por una doctora...

Odontología femenina, en un consultorio destinado exclusivamente a ese ramo.



Dúctil, el mecanismo, va dando forma al pensamiento que la dactilógrafa corporiza en vértigo de agilidades.

¿Chopin o Litz? Según: las exigencias actuales no suelen incomodar a los magos. Impera el tango, el foxtrot, el shimy...

raza, las extraordinarias actividades de sus mujeres, y se perfila netamente una tendencia por legislar. No tenemos este pavor ante nuestra vista. Nuestro género femenino activo, no tiende a desvirtuar su dulce substancia. En todas partes, quiere sostener sus fueros. Y en todas partes uno experimenta el orgullo de su gracia, de su estética porteña, a la cual, insisto, debemos agregar todo lo que requiere la dicha: mucha, muy pura y muy hermosa alegría. Vencerá ella sobre los fantasmas del pesimismo, habrá en cada mujer un carácter, y en toda la raza, un código de

SANTIAGO FUSTER

dignidad, un silabario de la entereza que sabe triunfar.

¿Que la evolución doctrinaria dispone las cosas de distinta manera? ¡Cuánto mejor para el acrisolamiento del ideal! Son esas, las pruebas de fuego que convierten pastoras en heroínas, y profesas en cañoneadoras de baluartes a cuyo pie ha caído en holocausto maldito la hombría de un pueblo dejando engarzados en el pabellón todos los arrestos de la raza. Vendrán con otros tiempos, las rotaciones que en el giro de la vida vuelven al comienzo. Y tras ellas nuestra mujer, a la manera del lirio remozará sin abrojos.

CASTRESOY



¿Qué sería de nuestra vida inquieta, sino contásemos con este bendito teléfono, confidente y embajador de tantas zozobras y alegrías?



Mujer ante todo, amar la forma es interpretar a su manera el destino de la vida...

No desdeñaría Apeles una discípula con este palmito para sus buenas horas de taller.



¡Si pudiera el alma del anónimo fumador sospechar el encanto de estos ojos!

¿De corte y confección, como Dios manda? ... ¡Y con un donaire, señor cronista!

La mujer salvacionista, el clásico "tipo" que hace el bien sin reclamar aplausos ni esperar el pago.

ENLACES

SEÑORITA JUANA A. CARRÉ CON EL DOCTOR ENRIQUE M. CAMBRE, EN LA IGLESIA DE SAN MIGUEL.

SEÑORITA MARÍA ELENA PRETILE CON EL SEÑOR WILLIAM CAIRNIE, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.



SEÑORITA NELY TEICH CON EL SEÑOR WALTER HAHN, EN LA RESIDENCIA DE LA NOVIA.

EL MAESTRO VIVES Y SU COMPAÑÍA



FRANCISCO PALOS,
DIRECTOR DE ORQUESTA.



ANGEL DE LEON,
PRIMER ACTOR Y DIRECTOR DE ESCENA.



AMADEO VIVES, CUYA PRESENTACIÓN CON LA COMPAÑÍA HA CONSTITUÍDO UN BRILLANTE ÉXITO.



MATILDE MARTÍN,
TIPLE LÍRICA.



CARMEN CAUSSADE,
TIPLE DRAMÁTICA.



FORTUNIO BONANOVA,
BARÍTONO.



JUAN DE CASEVANE,
PRIMER TENOR LÍRICO.

«Caras y Caretas» es un bonito título, pero es quizás una redundancia. Toda careta es una cara y toda cara una careta. Posiblemente, en tal concepto no hay excepción ninguna, pues algunas veces, hasta los santos se vieron obligados a poner sobre su cara, la careta del disimulo.

Pero donde hay dos cosas, hay siempre tres: dos ruedas y un eje, dos objetos y el lugar donde se hallan. El eje de caras y caretas son las lágrimas y la risa, en una oscilación al infinito. Y a veces la oscilación es tan rápida que lágrimas y risa se hacen caricatura, se convierten en guiño, y caras y caretas se confunden.





MARY ISAURA,
TIPLE LIGERA.



FLORA PEREIRA,
TIPLE CÓMICA.



BEATRIZ CERRILLOS,
PRIMERA CARACTERÍSTICA.



MANOLO HERNANDEZ,
TENOR CÓMICO.



JUAN FRONTERA,
BARÍTONO.



JORGE PONCE,
TENOR LÍRICO.



MANUEL MONTANY,
CARICATO.



EL EX PRESIDENTE URUGUAYO BALTASAR BRUM EN BUENOS AIRES

Acompañado por el doctor Alfredo L. Palacios, decano de la Facultad de Derecho de La Plata, realizó una visita a la Universidad de dicha ciudad, el ex presidente de la República Oriental del Uruguay, doctor Baltasar Brum.

Fué acogido cordialmente por el cuerpo de profesores y alumnos del establecimiento quienes, tras la presentación que hizo el doctor Palacios del ex mandatario uruguayo, escucharon de este una interesantísima conferencia sobre algunos aspectos poco conocidos de la república hermana.

El doctor Brum es una de las personalidades más destacadas de su país. Elevado a la más alta magistratura por el voto de sus conciudadanos, supo desarrollar desde ella una fecunda labor de gobernante. Hombre joven, poseedor de una vasta cultura, anima al doctor Brum un profundo y firme anhelo de renovación social y política. Las ideas del ex presidente uruguayo son, al respecto, sólidas y concluyentes. Cree que el Estado tiene un fin principalísimo y que no es posible olvidar dentro del cúmulo de tareas administrativas: la felicidad y bienestar de los gobernados. A tal propósito el Estado debe recoger en sus manos todos aquellos servicios públicos cuya realización interese directamente al pueblo. El prejuicio de que el Estado es un mal administrador, dice el doctor Brum, debe desecharse por inexacto. Puede perfectamente ser un excelente administrador el Estado si se le pone al alcance una buena legislación. Los experimentos realizados por el ex presidente uruguayo en este sentido, han dado óptimos resultados, y el triunfo en la práctica de estas novísimas ideas políticas nos prueba acabadamente su solidez y robustez.

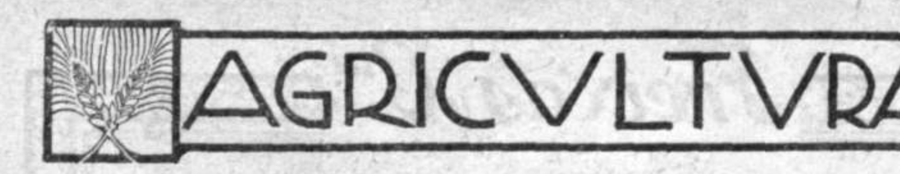
El doctor Brum es, también, un apasionado de la confraternidad suramericana y este aspecto de su intelecto da a su personalidad un vigoroso relieve propio. Cree firmemente que solo estrechando de verdad los vínculos internacionales, se llegará a una era definitiva de paz y bienestar entre los pueblos de América del Sur.

El pueblo uruguayo, en su inmensa mayoría, está convencido de que en el futuro, las relaciones internacionales se regularán por los principios de derecho y de justicia. Firme en su convicción repudia, con toda energía, la tentativa de implantar la instrucción militar obligatoria, por considerar que, además de ofrecer graves inconvenientes democráticos, contribuiría a aumentar los recelos internacionales y a que se dudara de la sinceridad de su pacifismo.

B. Brum



El doctor Baltasar Brum, el doctor Asdrúbal Delgado, el doctor Cerdán, secretario de la Legación del Uruguay, y el doctor Alfredo L. Palacios quien los recibió en la Universidad de La Plata.



LA GRAN COSECHA BLANCA

Por primera vez en el país la cosecha del algodón va a adquirir una relativa gran importancia, por la extensión de su área cultivada y por los buenos rendimientos que se esperan, al menos en su zona más característica, el Chaco.

El año pasado la extensión cultivada no pasó de 23.000 hectáreas, ubicadas casi totalmente en el territorio mencionado; pero en el año actual, gracias a la distribución gratuita de semilla y de la amplia propaganda efectuada por el Ministerio de Agricultura por medio de sus técnicos, esa extensión se ha triplicado, y aunque el foco principal del cultivo lo es el Chaco, se ha extendido a Corrientes, Santiago del Estero, Formosa, Tucumán, Salta, Santa Fe, Catamarca, Jujuy y Misiones.



Cosechando algodón.

En todas partes se espera, pues, más o menos, buenos resultados de este producto que encuentra óptimas condiciones para su desenvolvimiento y que, dadas las condiciones adecuadas y favorables de su ambiente natural, puede constituir una grandiosa fuente de importantes recursos para la economía nacional y para las zonas donde se inicia o se extiende.

La dificultad mayor, para no malograr los beneficios que de esta cosecha pueden derivar, consiste principalmente en encontrar mano de obra suficiente para levantarla a su tiempo y en forma; y en segundo término, en que los agricultores no se precipiten en liquidarla a cualquier precio, para colocarla, en cambio, en buenas condiciones y obtener así la mayor utilidad posible de su trabajo.

La cápsula, que de color verdoso se vuelve morado, denuncia ya la proximidad de su madurez, la que termina con abrirla para dejar salir el níveo y filamentoso capullo; pero la producción del fruto en la planta de algodón es gradual, sucesiva y continuada y por ende igualmente lo es su madurez, que dura hasta las primeras heladas invernales; esta misma condición hace que la cosecha deba efectuarse dentro de un período más o menos largo y cómodo.

Su ejecución tiene detalles y cuidados que son conocidos por la generalidad de los agricultores y se refieren principalmente a la recolección de los capullos en su perfecto estado de madurez; a la clasificación de los mismos, para no mezclar los de inmaculada blancura con los manchados o sucios; a la desecación complementaria del algodón recogido, sobre telares de estera o chapas de cinc o lonas y al envase prolijo y atento a fin de conservar el producto en sus mejores condiciones hasta su venta.

Pero la cosecha del algodón ofrece al agricultor una circunstancia, una oportunidad, que no debe pasar inadvertida y sobre la cual justamente queremos llamarle la atención; nos referimos a la selección de la semilla para mejorarla y destinarla a la primera siembra.

Ninguna planta como el algodón degenera tan fácilmente por la proximidad de los cultivos de diferentes variedades; debemos, pues, durante la cosecha, elegir aquellas plantas que demuestren tener cualidades que aseguren los más altos rendimientos y la mejor calidad del producto, y de ella, de sus capullos, separar las semillas para la próxima siembra.

Entre las plantas, elegiremos las que tengan ramas más bajas, próximas al suelo y de nudos cortos; con ramas fructíferas próximas al tallo, numerosos y cargados de frutos; las de producción temprana, precoz; y las que tengan cápsulas de gran desarrollo, que den el más alto tanto por ciento de fibra y de filamentos largos, resistentes y suaves.

Para evidenciar la importancia de estas cualidades, no se necesitan grandes y comentadas explicaciones, pues se comprende fácilmente que una planta en las condiciones enunciadas, concentra e intensifica toda su abundante producción en poco espacio, poco volumen y de fácil y rápido alcance para la mano del cosechador; la precocidad de la fructificación alarga el período de producción y aumenta ésta misma en cantidad apreciable; el tamaño mayor de las cápsulas eleva el rendimiento por planta y disminuye el gasto de su cosecha, pues si se necesitan 150 cápsulas pequeñas para formar 1 kg. de algodón, podremos juntar el mismo peso con 75 cápsulas de doble tamaño, con la mitad del tamaño para su recolección; el rendimiento en fibra de nuestras variedades comunes es del 30 por ciento, pero si pudiéramos obtener cápsulas que rindieran un 35, tendríamos que por cada tonelada de algodón con semilla, sacaríamos 50 kg. más de fibra neta, los que representan de 90 a 100 pesos más, y hay variedades que pueden dar hasta 38 por ciento; y en fin, el largo, resistencia y suavidad de la fibra, son cualidades que cotiza el comercio con el más elevado precio del producto.



Planta mejorada por selección; fructifica temprano, rápida y abundantemente.

Eligiendo, pues, durante la cosecha, plantas que tengan todas, o las más de las características mencionadas y separando de sus capullos las semillas, desmotándolos a parte, tendremos, por su siembra, con toda seguridad, plantas fuertes y vigorosas, cuya producción elevará a su máximo posible el rendimiento y marcará el record de su calidad, todo lo cual sumado, bien puede representar un beneficio neto duplicado, sin mayor gasto en la explotación del cultivo.

HUGO MIATELLO

INGENIERO AGRÓNOMO



NOTA COMICA DEL

GLAUDA VERMOUTH ARGENTINO

—¿Tiene usted cordones para botines?
—Ahí, en el anexo.



Parte de la concurrencia que asistió al baile de disfraz realizado con el más brillante éxito, en los salones de la Intendencia Municipal.

LOS BOTINES SUCIOS

Recientemente publicó «Les Annales» la siguiente anécdota, una de las muchas que, como fiel reflejo de ciertas costumbres de Estados Unidos, M. Maurice Dekobra, fué recogiendo en su viaje por aquel país.

Un francés recién desembarcado en Nueva York y, por consiguiente, poco enterado de los derechos y los deberes de las criadas norteamericanas, se hospedaba en casa de una familia yanqui.

El día siguiente al de su llegada llamó a la criada y le mostró sus zapatos llenos de barro. El francés se figuraba que aquello bastaría para que reparase su olvido la sirvienta. Pero ésta, con las manos cruzadas sobre el delantal, miró los zapatos, movió la cabeza desdeñosamente y exclamó burlona: «Como sucios, ¡sí que están sucios»!

El francés, que había comprendido el inglés familiar de la criada, señaló nuevamente a los zapatos, hizo el ademán de cepillar una bota imaginaria y hasta pronunció, lo mejor que pudo, la palabra «shoeshine».

La doméstica, que al fin creyó adivinar el deseo del huésped, se acercó a él, le agarró cordialmente por el brazo, le llevó a la ventana, e indicándole una tienda de la calle, dijo:

«¿Shoeshine?» ¡Ah, sí!... Mire usted. Allá, a la izquierda. El negro le hará a usted «shoeshine» por 10 centavos.

Y la criada salió del cuarto con la dignidad de una archiduquesa. Así aprendió el francés que en Estados Unidos sale uno de su casa con los zapatos sucios, porque los criados no están obligados a limpiarlos. Tan cierto es que, en el país del trabajo, «en series», todo el mundo se «especializa»; incluso muchas criadas, que no consienten en «salirse de sus obligaciones».



Usted acertará, señora,
si en el deseo de embellecer su cara, adopta el uso cotidiano del POLVO GRASEOSO
LEICHNER
La sólida reputación de este antiguo y delicioso producto y su notable y comprobada eficacia para aclarar, suavizar y hermosear el cutis, conservándolo fresco, delicado y sedoso, constituye para la toilette femenina la mejor garantía de embellecimiento facial.
Precio de venta al público en la capital federal $ 1.70 la caja.
MENDEL y Cía.
En BUENOS AIRES: calle GUARDIA VIEJA, 4439
En MONTEVIDEO: calle CERRITO, 678
En ASUNCION (Paraguay): calle ALBERDI, 217
DÖRFEL

Del Viso, F. C. C. C.



DESCARRILAMIENTO DE UN TREN DE PASAJEROS. — Estado en que quedó el tren de pasajeros del Ferrocarril Central Córdoba, después del descarrilamiento, en el que peligró la vida de numerosas personas. Es digno de hacerse notar que es ésta la quinta vez que en corto lapso de tiempo se repite tal accidente en este mismo lugar.

EL NUEVO ABRAHAM

Los fieles de la «iglesia de los extranjeros», de Londres, han tenido muy recientemente la sorpresa de *ver aparecer en el púlpito a Abraham* en persona. Al decir Abraham no nos referimos, naturalmente, a un Abraham contemporáneo, sino al verdadero patriarca bíblico, el padre de Isaac.

He aquí cómo Abraham hizo su aparición delante de los feligreses de la «iglesia de los extranjeros».

El reverendo Thorn, ministro de dicha iglesia, encontraba que faltaba a su predicación un poco de importancia, por lo cual decidió tomar el recurso de una gran barba y de vestirse a la manera de los patriarcas del Antiguo Testamento, con toda la fidelidad que permite el conocimiento actual de aquellas modas remotas. A su lado marchaba un joven con una barba negra, que era, al parecer, su hijo. Entre padre e hijo empezó entonces un diálogo muy interesante.

Abraham explicó que había perdido a su mujer a la edad de ciento veintisiete años.

Cuando era necesario, su hijo le respondió.

Parece ser que el auditorio salió encantado de este modo de predicar, y que el ministro se propone proceder próximamente a una nueva aparición de Abraham.

¿Sabe usted que la avariosis mal curada y el alcoholismo son las que llenan de hombres jóvenes los manicomios?



Me río de lo que dices:
¿Que yo cambio diariamente,
de perfume? Francamente,
andas mal de las narices.

No solo no hay cambio tal,
sino que no me perfumo.
Y conste que no presumo
de perfume natural,

como el que tienen las flores.
Yo no puedo perfumarme,
porque suelen marearme
casi todos los olores.

Uso el REUTER solamente
y es tan rico ese jabón,
que te da la sensación
de un perfume diferente.



BEDULLITO

¿Quiere usted saber, amigo don Policarpo, por qué me quedé cesante? Pues escuche esta parte triste de mi historia.

Yo estaba empleado en el Ministerio de Hacienda por aquellos tiempos en que los ministros hacían de sus subordinados lo que les venía en gana, sin que rey ni Roque les fuese a la mano; y así, cuando daba en el suelo una situación política y venían *moderados* a heredar a *progresistas*, o viceversa, los que nos apacentábamos del presupuesto sufríamos angustias de muerte en espera de inmediata suplantación con aditamentos de ayuno. Que yo hice cuanto pude por echar raíces en aquel sillón de vaqueta donde encajaba mis posaderas durante seis horas mortales resolviendo expedientes, se cae de su peso, y hasta llegué a imaginar — ¡mire usted si soy inocente! — que el Ministerio de Hacienda, y con él toda la mecánica crematística, vendríase a tierra el día que yo abandonase *abiriato*, como decía cierto señor a quien tuve por jefe, el supradicho sillón, porque un malhumorado personaje me quitase la prebenda para dársela al primer zascandil que hubiese sabido mover la lengua en su pro.

Digo prebenda, porque tal consideraba los veintiséis mil reales con que el Estado pagaba mis servicios, a cuya remuneración llegué al cabo de treinta años, y ellos, los veintiséis mil, servíanme para la *mantenencia* de mi doña Luisa y de mis siete vástagos. No comíamos ostras lucrinas, ni lechuga de Pafos, ni langosta de Bayas, y en punto a indumentaria, andábamos a quita de aquí y pon más allá; pero íbamos tirando y nos considerábamos felices, y yo más que mi gente, juzgándome incrustado en la Administración española a machamartillo, merced al concienzudo rigor y extremada justicia que ponía en la aplicación distributiva de las infinitas y sabias leyes que rigen nuestras finanzas. Esta regla de conducta que seguí siempre al estampar mi firma, legible y clara, en los expedientes que caían bajo mi jurisdicción, para que los iluminase con mis luces administrativas, dábame la seguridad del deber cumplido; pero la satisfacción de mi propia excelencia pedíame un paso más en el escalafón, un merecido ascenso, dado que mis pimpollos femeninos, cuatro clavelitos primaverales, al par que crecían en tamaño crecían también en aspiraciones lujosas que les permitiesen exhibir su mérito, porque sin el *buen ver* no hay *buen casar*.

Padrino, no lo tenía; amistades políticas de esas a todo embutir, menos; de manera que me devanaba los sesos para hallar el procedimiento que me condujese a la realización de mi legítimo deseo, cuando la casualidad, madre de la suerte y servidora de la audacia, vino en mi ayuda.

Y fué que el ministro, mi ilustre jefe, un buen señor a carta cabal, poseía un perrito, en el cual se miraba como si fuese de su propia familia, y del que no gustaba separarse, hasta el punto de llevarlo al Ministerio y tenerlo en su despacho, donde el animalito campaba por su respeto. ¿Que si era bonito? Era encantador, y siento ser un zote en esto de la pintura, porque, en caso contrario, dibujaría aquí siquiera un boceto de aquel curioso ejemplar de la raza canina. Yo soy poco aficionado a gastar mis jugos afectivos en la cría y reproducción de los animales domésticos, sin exceptuar a los gatos, no obstante su competencia en el negociado de ratones, y, sin embargo, reconozco y declaro, que *Bedullito* hacía vacilar mis opiniones en este particular del amor a los animales, pues poseía cualidades de inteligencia que ya hubiera querido alguno de mis compañeros para los días que repicasen gordo.

¿He dicho que se llamaba *Bedullito*? Así lo nombraba su dueño, y no le faltaba más que hablar si éste, entre firma y firma, le dirigía alguna palabra cariñosa o le recomendaba moderación en sus naturales expansiones. ¡Qué menear entonces la cola! ¡Qué ponerse en dos patas y dar saltitos sin caer en cuadrúpedo durante largo rato! ¡Qué lucir, en fin, otros primores que, para no cansar, omito! Al director de Rentas se le caía la baba viendo tales gracias, según me contó el portero mayor del Ministerio, y el asesor general buscaba pretextos para entrar en el despacho del jefe y arrobarse ante las monerías de *Bedullito*.

Por causa de enfermedad de mi inmediato superior jerárquico, me vi obligado a despachar con Su Excelencia; y una mañana, cuando me tocó el turno, penetré en el santuario donde se fraguan las sapientísimas leyes económicas, y me holgué con la ocasión que me deparaba ver por mis propios ojos lo que me decían del perrillo. Quedéme parado en el fondo de la habitación, mientras un director general recogía los papelotes donde el ministro acababa de poner cuatro garambainas, que querían decir su nombre y apellido, y como viese en un sillón cercano a mi persona al perro de que toda la casa se maravillaba, me tomé la licencia de acariciarle, y él entonces, juguetón y amable, se incorporó, lamió muy delicadamente mi mano y luego mordió el balduque de legajo que yo llevaba al ministro, lo cual quiso, sin duda, significar su protesta contra el insufrible expedienteo.

Agradecióme Su Excelencia mi halago a su favorito, a juzgar por la sonrisa que me dirigió al darle detallada cuenta del mamotreto, en que iba como plasmada mi ciencia administrativa, y ya animado con tal muestra de su benevolencia y columbrando que quizá por la peana de *Bedullito* lle-



— Y ten presente que los solos clientes que cuentan son los que no cuentan...



— ¿Por qué no me das un peso hoy, papá?
— ¡Porque no quiero!
— Bueno; dámelo hoy y cuando quieras no me darás nada...

garia al santo y así a obtener el apetecido ascenso, continué las caricias siempre que me llegaba la vez del despacho, y logré que el animal se despedazase de puro contento, no bien pisaba yo la alfombra ministerial.

¿Quién me inspiró la desdichada idea de llevar a *Bedullito* un terrón de azúcar de los sobrantes de mi café? ¿Qué diablo enemigo de mi ventura me aconsejó hacer a *Bedullito* semejante dulce obsequio?...

Tan tranquilo me hallaba un martes frente a mi mesa mascullando el discursete que me proponía dirigir a Su Excelencia el día que me tocase verle, porque justamente hablábase en el Ministerio de una vastísima combinación de personal encaminada a poner en la calle a los desafectos al Gobierno, y el momento parecíame que ni pintado para formular mi vehemente deseo, dado que yo no era sospechoso, y además me apoyaba en la influencia de *Bedullito*, el cual, sin duda alguna, habría hecho al modo perruno alguna manifestación por donde su amo conociese cómo era yo su más cariñoso amigo; tan lleno de ilusiones me encontraba pensando en la alegría de mi gente al entrar con la grata noticia de mi ascenso, cuando he aquí que circula por el Ministerio el rumor que llega a mis oídos por conducto del chico listo (así llamo a un joven meritorio que es un gerifalte para descubrir en el caos de la legislación española la más olvidada pragmática, llega a mis oídos, digo, que el ministro está que trina porque *Bedullito* se halla gravemente enfermo con síntomas de envenenamiento. Dícese también — añade el gerifalte — que el jefe ha ordenado se interrogue a todos los funcionarios que entraron en su despacho, pues cree recordar que alguno de ellos dió a *Bedullito* un comestible donde iba el veneno.

Oir la tremenda noticia y ponérseme los cabellos de punta fué todo uno. ¡Claro! De la ordenada pesquisa (encuesta decía el gerifalte) yo voy a resultar el culpable, y aquel inocente terrón de azúcar un tósigo tan truculento como el agua *toffana* o el veneno de los Borgia.

¿Qué hacer en trance tal? ¿Y cómo corrió por todo el Ministerio que yo era el envenenador de *Bedullito*? Pues sí, señor don Policarpo. Corrió la noticia cual reguero de pólvora y corrido quedé, porque mis compañeros tomaron a chacota el caso, y con lo del veneno me daban cantaleta hasta sacarme de mis pacíficas casillas.

Y ahora figúrese usted, amigo don Policarpo, mi espanto cuando el repiqueteo del timbre que tengo sobre mi cabeza y que me recuerda cada vez que tintinea cómo soy su esclavo, me llamaba a inmediata comparecencia ante el ministro... Tentado estuve de dar la callada por respuesta y ponerme tan guapamente en la calle; pero el concepto que tengo de la disciplina hízome sacar fuerzas de flaqueza y presentarme al jefe.

El cual me recibió adusto, y a quemarropa me preguntó si era yo el que había dado a *Bedullito* una golosina.

— Yo, señor ministro, el último día que tuve el honor de despachar con vuecencia, di, en efecto, al perrito un modesto terrón de azúcar, cuyos hermanos endulzaron mi café sin que yo notara en mi organismo, después de ingeridos, los síntomas premonitorios del envenenamiento, de lo cual deduzco que en el mencionado terrón no iba ningún ingrediente falaz y dañino.

— ¿Y usted qué sabe — me interrumpió — de los microbios que encerraría el malhadado terrón, ni quién le mandó hacer obsequios a mi perro? ...

— Yo, señor ministro creí.... pensé que un tan inocente terrón...

— ¿Inocente y el pobre casi está ya en las postrimerías?

— Pues por la hora de las mías le juro a vuecencia que...

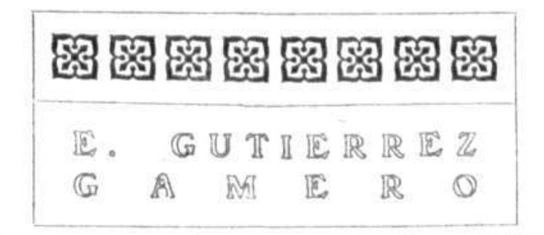
— Basta — atajó airado. — Puede usted retirarse.

Vaya si me retiré, y no paré hasta verme en mi domicilio, dando por fenecido mi ascenso y maldiciendo la hora en que se me ocurrió ser amable con *Bedullito*.

¿Ascenso dije? Sí, sí... Al día siguiente de mi entrevista con el ministro, cuando volví a la oficina hallé sobre la mesa un pliego, dentro del cual estaba el decreto dejándome cesante, y en él un papelito que, sin duda, deslizó algún chusco de la secretaría particular del jefe, mi verdugo, que decía en letras gordas: «Cesante por perricida».

¡Perricidio! Tal delito me achacaron, amigo don Policarpo, pues, según supe por «Gerifalte», el perrito empezó por irse de cámaras y acabó por irse al otro barrio, y yo por irme a mi casa y dar fin a mi vida burocrática, pues aunque pronto volvieron los progresistas, hacia cuyo partido se dejaban caer mis calladas aficiones políticas, no hallé entre ellos aldaba que llamase con fuerza a la puerta del Ministerio hasta conseguir mi justísima reposición.

Cuando más tarde supe que el buen señor que me limpió el comedero era presidente de la *Sociedad protectora de animales*, me alegré de que no me hubiese protegido.





— Veo para usted... una pérdida de dinero...
— ¡Claro! ¡Como que le he pagado a usted al entrar!



La señora Ibáñez: — He estado leyendo de nuevo "El Ultimo Abencerraje" y me ha encantado aún. ¿Y tú, lo has leído?
La señora Chiappora: — No... No he leído sino el primero...

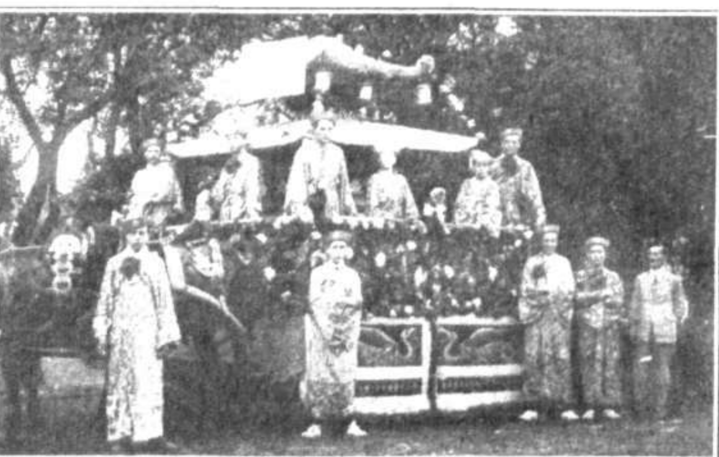


— ¡Pero no has estado bien en la escuela este mes, Juanito!
— No, porque el chico que me hacía las lecciones está peleado conmigo ahora.





ECOS DEL CARNAVAL
"Las Serpentinas" cuadro de fantasía integrado por las señoritas de Marino, Smith, Rossiffon, López y García.



El "Celeste Imperio", carro adornado artísticamente que obtuvo el primer premio en el concurso organizado por la Comisión de fiestas.

IGUALDAD

La igualdad no significa toda la vegetación a nivel; una sociedad de matas grandes y de encinas pequeñas; un conjunto de envidiosos hostilizándose. Civilmente la igualdad significa el camino abierto a todas las aptitudes; políticamente, lo mismo, pero para todos los votos; religiosamente, el mismo derecho para todas las conciencias. La igualdad tiene su órgano y este órgano es la instrucción gratuita y obligatoria.

El derecho al alfabeto. Por ahí se debe empezar. La escuela primaria impuesta a todos. Tal es la ley. De la escuela idéntica sale la escuela igual. ¡Sí! ¡Enseñad! Que de la luz emana todo y todo vuelve.

VÍCTOR HUGO.

La moral que castiga educando, esto es, haciendo imposible el castigo, es una verdadera moral.

---

14 Km. 400 mts.

recorre Vd. con un litro de nafta en un

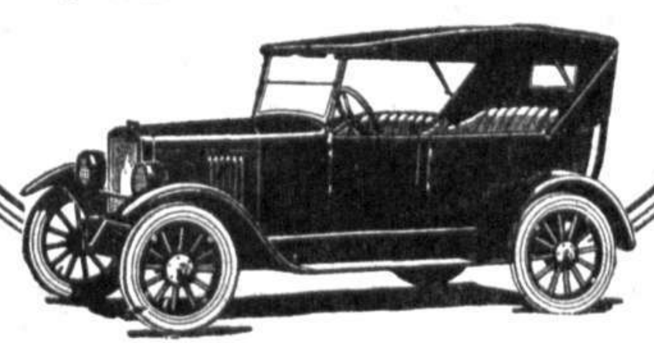
AUTOMOVIL



Reune las comodidades y posee la calidad de un coche de precio elevado.

Liviano, sólido, elegante, ricamente terminado, hace que sea el **COCHE IDEAL** para paseos y trabajo.

Motor cuatro cilindros (suave y silencioso), tres velocidades, arranque eléctrico, velocímetro, luz en el tablero. Comodidad para **CINCO PASAJEROS**, carrocería de sólida construcción — elegante y cómoda — cuatro puertas.



Con distribuidor ...	$ 2.795.—
Con Magneto Bosch	» 2.950.—

S/W. B. A.

DISTRIBUIDORES ESCLUSIVOS **OBIGLIO & HIJOS** B.me MITRE 1215 Bs. As.

Tenemos algunas plazas disponibles para Agentes activos.

De Trenque Lauquen



Banquete ofrecido por los miembros de la colectividad italiana a los doctores Pedro y Ricardo Orellana, agradeciendo los valiosos servicios que los obsequiados prestaran durante largos años a la Sociedad Italiana de Socorros Mutuos.

Doctor Ricardo Orellana. Doctor Pedro Orellana.

La suprema elegancia

de los modelos de **Corsés** o **Fajas** de la

Casa Izquierdo
Carlos Pellegrini, 490

dará a usted la seguridad de que su cuerpo adquirirá el donaire y elegancia que requiere la moda, proporcionándole líneas encantadoras, llenas de gracia y distinción.

CANOL La mejor tintura vegetal instantánea para el cabello y la barba.

Devuelve al cabello su color natural, adquiriendo un hermoso brillo y la suavidad de la seda.

Garantizamos nuestra tintura **CANOL** y devolvemos el importe si no da el resultado indicado.

Todos los tonos, en rubio, castaño y negro.

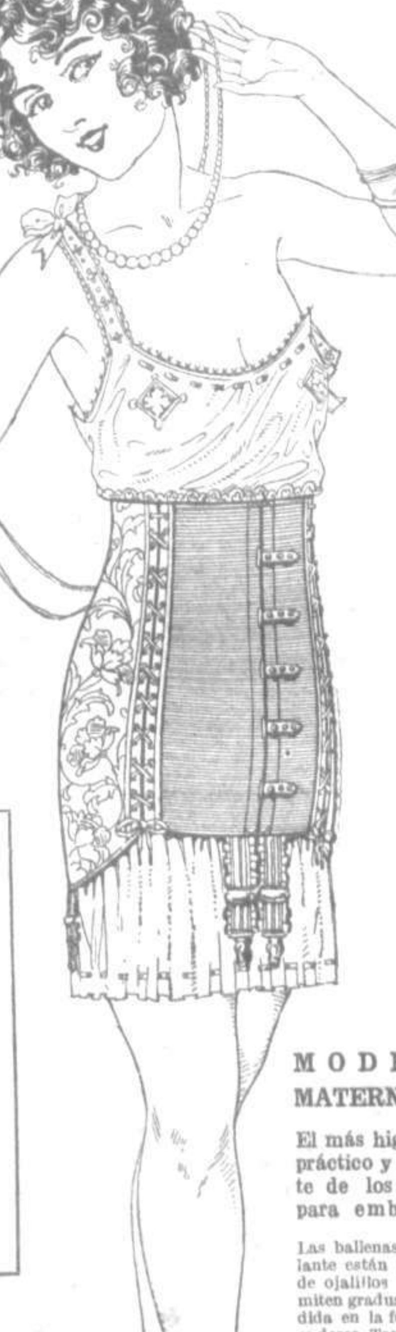
Precio de la caja con encomienda paga a cualquier punto de la República.... **$ 8.—**

Unico Concesionario para la América del Sud:
CASA IZQUIERDO
Carlos Pellegrini, 490. — Buenos Aires.

Solicite nuestro nuevo Catálogo.

Casa Izquierdo
LA MAS IMPORTANTE DE SUD AMERICA

Carlos Pellegrini, 490. — Bs. Aires
UNION TELEFONICA, MAYO 0313.



MODELO MATERNIDAD

El más higiénico, práctico y elegante de los corsés para embarazo.

Las ballenas de adelante están provistas de ojalillos que permiten graduar la medida en la forma que se desee. También tiene cordones en los costados, para regularizar las medidas a la perfección.

Confeccionado sobre medida en coutil de hilo floreado y elástico tricot con 4 ligas de seda.

$ 35.-

EL ABRIGO

POR

LUZ Y SOMBRA

«Las riquezas se adquieren, pero la elegancia se posee» — dijo Balzac.

En los abrigos de este invierno vemos la verdad que encierra esta expresión, pues hoy — en que las características de las diferentes clases sociales parecen desaparecer y la naturaleza humana acercarse cada vez más a la teoría de Darwin,—la mujer elegante se destaca de la otra no por la forma de vestir, sino que por el modo de llevar el vestido.

Si miramos los figurines invernales, vemos el tapado derecho, ajustado al cuerpo, y con el godet en una u otra forma. Si miramos a la calle, vemos pasar en carne y hueso las mismas siluetas de los figurines, algunas mal envueltas en sus tapados de velour y pieles, otras ligeras, esbeltas, bien modelado el cuerpo bajo el abrigo sencillo, y con un porte de reinas «in incógnito». Estas son las mujeres que han nacido elegantes. Estas son las siluetas que pueblan de juventud risueña la soledad de las avenidas sin flores y sin hojas; esta es la poesía del invierno, que nos canta el poeta.

Cuando se ha dicho que la línea derecha es de moda, no queda ya sino añadir que ella termina, generalmente, en un ancho volado en forma, desde la rodilla hasta el tobillo.

Hay muchos abrigos negros; la preferencia, tratándose de géneros brochés et similia, es para el color negro, pero el marrón y el verde son también muy de moda.

Una mujer de silueta delgada elegirá un tapado de velour de lana castor lizo, terminado por el ya dicho volado de piel de castor, con el mismo volado en las mangas; y el cuello—de castor también — será no muy grande, derecho y bien cerrado. El cuello de dimensiones reducidas es una de las últimas novedades. Hay cuellos derechos pero simples; otros todos cerrados de forma redonda, como los antiguos de plumas.

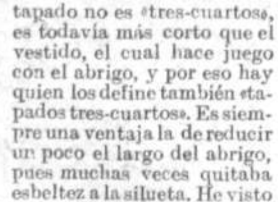
Otra novedad es el abrigo «tres-cuartos» que deja ver una pequeña parte de vestido, como los que tanto se han usado y se usan en viajes, deportes, etc. Los géneros más modernos, tan trabajados, tan sencillos y lujosos al mismo tiempo, son los más indicados para esos tapados terminados por 3 ó 4 volados sobrepuestos de piel. Todos los géneros brochés, brodés, soutachés, imprimés, etc., son más de moda que nunca.

Muchos llevan trabajos de bordado a mano, muchos son tejidos a máquina. Algunos vienen bordados tono sobre tono, otros presentan una variedad de tonos original, apropiada para abrigos de mucha elegancia.

El escocés de lana es un género muy práctico para tapados; en las reuniones invernales últimas algunas grandes casas presentaron deliciosas creaciones con géneros escoceses; preferiblemente dominaba el color verde, y el conjunto era subrayado por volados de género verde lizo y tiras angostas de astrakán gris.

Las casas presentaban esas modelos en parejas, vestidas iguales; lo cual era muy bonito.

Aun cuando el



tapado no es «tres-cuartos», es todavía más corto que el vestido, el cual hace juego con el abrigo, y por eso hay quien los define también «tapados tres-cuartos». Es siempre una ventaja la de reducir un poco el largo del abrigo, pues muchas veces quitaba esbeltez a la silueta. He visto una bonita combinación de terciopelo negro y astrakán gris. Este último formaba la mitad inferior del tapado; ribeteaba el cuello — derecho — y la terminación de la capita, y formaba dos bolsillos, sobre el terciopelo, en forma de arcos de croquet.

Bonito conjunto el de un vestido y tapado en paño verde, adornado de lutre y ligerísimo bordado en hilo plateado.

Un tapado de mucho vestir es en marrocain mordoré todo bordado con soutache del mismo tono mezclado, aquí y allá, con un hilo de oro. El cuello, derecho, de skungs; tres grandes volados mordoré desde la rodilla para abajo, y las mangas angostas terminan desde el codo en tres volados «cloché».

La piel de mono, muy ancha y... perlada, es siempre un apropiado complemento en un tapado de género rico.

He visto más de un tapado con media-capa; moda poco aconsejable a las elegantes que no poseen una delgadez asaz marcada.

Yo les he hablado, queridas lectoras, de volados, cuellos y mediotapados de pieles, y ustedes habrán pensado en seguida en el valor de esos skungs, astrakán, etc., sembrados con tanta generosidad...

Una de las primeras fuentes de observación al llegar a Europa, es la elegancia femenina. Hay un derroche de pieles, especialmente en adornos, que contrasta sensiblemente con las condiciones actuales del capital y del trabajo. La mujer italiana — después de la parisiense — es entre todas la que gusta vestir bien; bajo el tapado de elegancia modernísima y sencillez irreprochable, y el sombrero coquetón, la joven trabajadora no se diferencia de la señorita, si no es por el paso más ligero y la mirada más juguetona. Las pieles verdaderas, carísimas como en todas partes, son reservadas a los tapados todos de piel. Los adornos, aun en la elegancia, son con más frecuencia imitaciones de skungs, astrakán, petit gris, etc.; pero imitaciones tan perfectas que un par de puños de skungs verdadero, por ejemplo, pueden acompañar perfectamente un cuello de imitación.

La italiana, cuando no se trata de una prenda de elegancia excepcional, prefiere un buen tapado de velour lizo, pero bien adornado de piel. En cuanto a manchón, se observa un hecho pocas veces registrado en la moda; mientras está muy en boga en el norte de Italia, no ha ni siquiera aparecido en las ciudades de clima más templado, como Roma y Nápoles; al contrario de otras modas que vivieron y florecieron bajo los climas y las costumbres más diferentes. Así, pues, este año, además de la moda nacional, tenemos también la regional, que no deja de poseer sus particulares encantos.



Tapado de paño con aplicación de tiras angostas de lutre.



LIGAS
PARIS
No Hay Contacto de Metal con la Piel.
Cada par de Ligas Paris tiene tres finalidades, durar mucho, dar la mayor comodidad y sostener el calcetin en forma impecable.
A. STEIN & COMPANY
Chicago, U.S.A. • New York, U.S.A.



CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, a tamaño de postal. Deberán traer el título de lo que representan y, al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes, con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: «Concurso infantil» CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

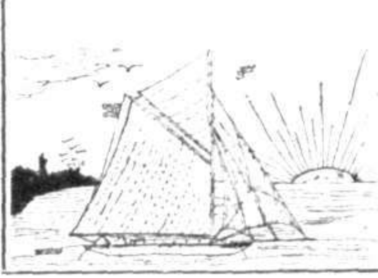


1662 — En la playa.
VICTOR ARENA.

1663 — Oyendo radiotelefonía.
P. J. IBERNANDORENA.



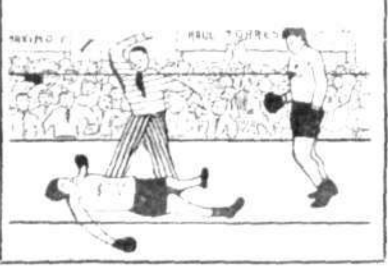
1664 — El camino de la chacra.
EDUARDO H. GRISOLÍA.



1665 — Contemplando la aurora.
EDWARD DEYLAND.



1666 — Leyendo CARAS Y CARETAS.
ALCIRA INÉS NÚÑEZ.



1667 — «Knock out».
RUBÉN DARÍO TORRES.



LAS SONORAS Y ARMONIOSAS VOCES

de estos instrumentos, dejan sorprendidos todos los oyentes, pareciendo imposible que un sólo hombre pueda obtener una tal riqueza de notas y sonidos de un solo instrumento y producir el efecto de una verdadera organización orquestal.

Cualquiera podrá aprender a tocar este magnífico instrumento mediante nuestro método que regalamos con cada uno de ellos.

OFERTAS ESPECIALES POR TIEMPO LIMITADO

N.º 6035. — **Acordeón "PIEMONTE" a PIANO,** teclado a botones, 36 bajos y 34 voces. Con rico estuche y embalaje gratis, a.................. $ **175.-**

N.º 6036. — **Acordeón "PIEMONTE" a PIANO,** teclado a botones, 48 bajos y 34 voces. Con rico estuche y embalaje gratis, a.................. $ **195.-**

N.º 6037. — **Acordeón "PIEMONTE" a PIANO,** 36 bajos y 34 voces. Con fino estuche y embalaje gratis, a.................. $ **190.-**

N.º 6038. — **Acordeón "PIEMONTE" a PIANO,** 48 bajos y 34 voces. Con estuche fino y embalaje gratis, a.................. $ **210.-**

N.º 6039. — **Acordeón "PIEMONTE" a PIANO,** 80 bajos y 34 voces. Con hermoso estuche y embalaje gratis, a.................. $ **275.-**

N.º 6040. — **Acordeón "PIEMONTE" a PIANO,** 60 bajos y 34 voces. Con rico estuche y embalaje gratis, a.................. $ **235.-**

N.º 6041. — **Acordeón "PIEMONTE" a PIANO,** 120 bajos y 34 voces. Con estuche fino y embalaje gratis, a.................. $ **320.-**

N.º 6012. — **Acordeón "AMERICA",** de 8 bajos y 19 voces. Con embalaje gratis, a. $ **21.—**

N.º 6016. — **Acordeón "PIEMONTE",** de 8 bajos y 19 voces de acero. Esquineras «STRADELLA». Con embalaje gratis, a. $ **45.—**

N.º 6014. — **Acordeón "AMERICA",** de 8 bajos y 19 voces. Tamaño mayor. Con embalaje gratis, a.................. $ **26.—**

N.º 6017. — **Gran Acordeón "PIEMONTE",** de 8 bajos y 21 voces de acero. Guarda polvo de metal curvado. Esquineras «STRADELLA». Con embalaje gratis, a pesos.................. **67.50**

N.º 6015. — **Acordeón "PIEMONTE",** de 8 bajos y 19 voces de acero. Con embalaje gratis, a.................. $ **30.—**

N.º 6013. — **Acordeón "PIEMONTE",** de 12 bajos y 21 voces de acero. Esquineras «STRADELLA». Con embalaje gratis, a pesos.................. **62.50**

GRAN CATALOGO ILUSTRADO N.º 26 DE TODA CLASE DE ACORDEONES Y BANDONEONES, REMITIMOS ENVIANDONOS $ 0.20 EN ESTAMPILLAS.

CASA AMERICA
STAHLBERG & RIGOTTI

Avenida de Mayo, 979
BUENOS AIRES

NO TENEMOS SUCURSALES
NO CERRAMOS LOS SABADOS

Doctorados en Bioquímica y Farmacia



Doctora Amalia F. Solari.



Doctora Lilia A. Savazzini.



Doctor Jacinto D. Marconi.



Doctor Santiago A. Celsi.



Doctor Francisco P. Rey.



Doctor César Flores.



Doctor Marcelino Boerr.



Doctor Samuel Quintana.



Doctor Lucas A. Braga.



Doctor José Craviotto.



Doctor Luis F. Bistoletti.



Doctor Alfredo J. Bandoni.



Doctor Antonio Oller.



Doctor Carlos Matera.



Doctor Luis De Prado.



Doctor Atilio Roccatagliata.



Doctor Raúl Giordano.



Doctor Marcelino J. Igar.ua.



El artículo legítimo lleva siempre la marca

Quaker Oats

Diez y Seis Alimentos en Uno

En el alimento hay diez y seis elementos que los adultos debieran tomar y los niños necesitan tomar para obtener salud, vigor y desarrollo.

Siete de ellos son minerales para formar los huesos, los dientes y la sangre, etc. Algunos son elementos de formación del organismo y otros son para infundirle vigor.

Los hombres de ciencia y los médicos de todo el mundo afirman que esos diez y seis elementos se encuentran en el QUAKER OATS.

Como alimento para los niños en estado de desarrollo, nada puede comparársele; no tiene igual para los enfermos y personas débiles; ningún otro alimento produce tanto vigor y vitalidad como el QUAKER OATS.

Todo el mundo necesita QUAKER OATS **todos** los días.

El QUAKER OATS se vende en latas enteras y medias, comprimido y herméticamente cerrado, único envase que asegura la retención indefinida de su frescura y sabor.



A. ASTRALDI - SARMIENTO, 1042 BUENOS AIRES

PRECIO UNICO
$ 195.—



REGIO JUEGO DORMITORIO, estilo moderno, en color roble norteamericano, con finos espejos y aplicaciones de bronce cinceladas, compuesto de ropero, cómoda toilette con 3 espejos, cama matrimonial con elástico reforzado, mesa de luz con repisa, una percha, un toallero, y de regalo un fino reloj de plata 800.

$ 195.—

EMBALAJE Y ACARREO GRATIS. — SOLICITE EL NUEVO CATALOGO ILUSTRADO.

"CASA BUSTAMANTE"

Yerbas andinas medicinales y libros de naturalismo por P. Bustamante.

LA FLORA ARGENTINA	$ 5.—
CATECISMO ARGENTINO DE LA LARGA VIDA.	» 5.—
JIRON DE HISTORIA (tradiciones del norte)	» 2.50
LA PIEDRA IMAN MAGNETICA	

CATALOGO GRATIS PARA CURARSE EN CASA

ARENALES, 2301 - U. T. 6491, Juncal - Buenos Aires

Pida

Gratis los valiosos folletos de los cursos que enseñamos por CORRESPONDENCIA: Tenedor de libros, Secretario, Contador, Perito mercantil, Maquinista, Electricidad, Mecánica, Constructor, Arquitectura, Dibujante industrial y Artístico, Chauffeur, Avicultor, Mecánica agrícola.

ESCUELAS POLITECNICAS DEL PLATA Carlos Pellegrini 1136. BUENOS-AIRES

UNA MUJER QUE HA FREIDO

Por el DR. A. VACCARI



La guerra, las transformaciones edilicias que ha sufrido la ciudad en los barrios centrales, donde se levantaba el antiguo mercado, y además todo un conjunto de circunstancias desfavorables, no han permitido que se celebre a su debido tiempo el cincuentenario... comercial de una mujer que, a semejanza de los reyes, puede hacer caso omiso del apellido.

Elisa a secas. Elisa y basta.

Toda la ciudad ya sabe quién es Elisa y cada cual se sonríe complacido al pronunciar este nombre, que dibuja en la memoria una de las figuras más netamente petronianas que aun quedan en la «docta».

Se trata de la más venerable entre las vendedoras de pescados fritos.

Diré mejor: de la venerable vendedora, porque no hay otra. ¿Quién se atrevería a iniciarle una competencia que resultaría a todas luces desastrosa?

E xisten — cómo no — otras casas en donde se asan pollos, costillares; donde se preparan fritos mixtos y donde, entre otras cosas, se vende también pescado saltado a la sartén; pero doña Elisa es la única y sola mujer profundamente especializada en el pescado y que se ríe de cuantos establecimientos puedan surgir con la intención de quitarle una sola miga del pan que ella se gana.

Derechos de antigüedad. Hace cosa de 57 años que se viene entregando a las frituras con una constancia admirable y un resultado económico no despreciable.

Debería ser millonaria doña Elisa, muchas veces millonaria. Pero... se enamoró y... se quedó *frita* a su vez.

Para mí que esa ha sido una venganza, una noble venganza del dios del Mar, que, como ustedes sabrán, tiene algo que ver con Venus, madre de Cupido.

Venus surgió de las olas, de las espumas del mar, así que, si vamos al caso, se trata de una sola familia entre la Diosa de la belleza, su hijo Cupido, Neptuno, los pejerreyes, lenguados y demás.

Bueno: según parece, el hombre que supo llegar primero al corazón de Elisa no brillaba por su espíritu de economía, gastaba demasiado aceite, tanto, que un buen día recibió la orden de ir a freir papas por su cuenta y se fué no más, sin dar muestra ninguna — ¡el ingrato! — de arrepentimiento o pesadumbre.

Mientras todavía no había conocido «le delizie del amor», que diría la Gilda de «Rigoletto», todo anduvo bien para doña Elisa, es decir, resultaba más fácil resistir a las solicitaciones inevitables por parte de los admiradores.

Doña Elisa, que aún hoy mismo, con sus 69 años, es una mujer bonita, ha debido hacer perder los estribos a medio mundo, pero supo defenderse y como dice ella:

— He sido una verdadera Verdun... Me bombardeaban que había que ver... ¿Pero yo?... Impasible. ¿Qué deseaba el señor? ¿Un kilo de calamares? ¿Un lenguado?... ¡Y... basta!

Sin embargo, llegó su 420. Siempre resulta así... Tarde o temprano... Aquí un suspiro, y con el dorso de la mano derecha una pasadita por debajo de las narices, pues no se sabe si por el frío o por la emoción, pero la cosa es que se nota humedad en las fosas nasales de doña Elisa.

— No he tenido suerte.

— Pero hijos por lo menos...

— Eso sí... Unas monaditas que los quiero más que a mis ojos. Lo poco que tengo ha de ser de ellos.

— Yo no quiero saber si lo que tiene es poco o mucho...

— Muy poco, señor. Créame, ya no son aquellos tiempos...

— Si es tanta la concurrencia que uno ni puede moverse y espera horas y horas antes de que le sirvan...

— ¡No exagere!... Más de media hora no hago esperar a nadie. Por otra parte, ¿por qué no pasa adentro si quiere que lo despachen más pronto?... Entiéndase con las muchachas que frien... Gana tiempo y así eligirá lo que guste.

Ella misma favorece la entrada al... laboratorio, donde tres o cuatro chicas primero sepultan el pescado entre montones de harina y después lo echan en ollas enormes de aceite hirviendo.

Para llegar desde el despacho al «ambiente» en donde se fríe, es preciso atravesar un pasadizo resbaloso y húmedo que conduce a un depósito de canastas llenas de frutos de mar y barras de hielo. Por ahí van y vienen damas y caballeros, que ejercen una corrupción no interrumpida a fuerza de níqueles para conseguir que se les sirva con cierto apuro y con lo mejor de lo mejor.

Doña Elisa sabe eso de las propinas y las favorece:

— ¡Pobres chicas! Están todo el día delante de la máquina; es justo que se ganen algo extra.

Por supuesto, el personal que atiende a las sartenes adora a la dueña de la pesquería, que permanece firme ante el mostrador, luchando contra la impertinencia de los impacientes y la escasez de la fritura que llega al banco.

— Voy a servirles a todos con tal de que no atropellen. Vamos, chicas, ese bacalao. ¿Viene o no viene?

— No hay más.

— Ha de haber.

— No hay.

Mientras tanto llega una mujer, una de las freidoras, con el pelo blanco por la harina, y trae un papel en donde humean unos sendos trozos de bacalao recién sacados de la sartén y los deposita sobre la balanza.

Los profanos que no han querido someterse a la propina, protestan:

— ¿Ha visto si había? Es una vergüenza... No es

CIENCIA

— Dime, mamá: ¿qué es un cucurbitáceo?

— Lo ignoro; pero pregúntaselo a tu padre, porque debe ser algo malo...

esa la manera de atender al público... Debe tratar a todos por igual.

—¿Y desde cuando? —retruca doña Elisa.— En primer lugar, en mi casa hago lo que me da la real gana y si no le gusta puede marcharse a otra parte. ¡Rico tipo! ¿Tratar a todos iguales? Si todos fuéramos iguales no digo, pero no existe en el mundo uno igual al otro, así que... Y últimamente a usted no le vendo ni aunque me pagara todo el valor de cuanto tengo en el negocio por un solo pescadito... Vaya y reclame.

Entonces estalla una ovación entre la concurrencia:

—¡Muy bien, doña Elisa, muy bien!

Doña Elisa se pasa con movimiento rápido el dorso de la mano derecha por debajo de las narices, echa un puñadito de sal fina sobre un atadito de pescado y lo pasa al cliente:

—¡Doce liras, señor!

Y agrega un pescadito de «yapa». La «yapa» suele obsequiarla siempre a todos, sean o no sean clientes.

La muchedumbre que se agolpa al mostrador empieza a aclarar un poco a eso de las 13 y de las 20.

Esas son las horas en que es posible conferenciar con doña Elisa sin resultar muy molesto o recibir contestaciones excesivamente categóricas. Y como es muy sensible a los cumplidos es preciso abundar en los adjetivos que la halagan.

—¿Qué tal, simpática señora?

—¿Me ha dicho simpática? ¡Si me hubiera visto hace cosa de cincuenta años!

—Habrá sido una linda moza, pero lo que es ahora queda una señora interesante.

—Más de un hombre célebre ha pasado horas y horas entre mis canastos, sentado lo mejor que podía, sin hacer caso de los baldes de agua, de las barras de hielo, de las tripas de bacalao, o de los residuos de todas clases que hay en una pesquería... ¡Cuántas veces habré servido al Profesor Carducci! ¡Lindo viejo, con cabeza de león, que me quería! ¡Cómo me quería ese hombre!

Para doña Elisa el título más elevado para indicar la inteligencia de un hombre es el de Profesor, así que no hay que extrañar si lo aplicó a un poeta, que todos conocemos por su solo apellido.

Yo creo que si tuviera que hablar de Dante Alighieri sentiría el *deber* de anteponerle lo de Profesor al nombre y apellido.

—¡El Profesor Dante Alighieri!

Según ella, toda la Universidad de otros tiempos desfilaba por el mostrador de la pesquería, y Lorenzo Stecchetti —asegura doña Elisa— declaraba a quien quería oirle que la inspiración de sus mejores obras poéticas se la proporcionaban los... «calamares» de doña Elisa.

No hay que olvidar, para que se advierta el chiste, que calamar en italiano suena algo así como tintero en castellano.

—¿Se le ha ocurrido nunca calcular cuántos pescados habrá vendido usted durante los cincuenta y seis años de trabajo?

—Nunca. ¡Quién sabe!... Deben ser miles de toneladas...

—Vamos a ver. ¿Cuántos pescaditos calcula usted que pueda haber en un hectolitro?

—¿De los que nosotros llamamos fritura? ¡Qué sé yo!... Unos diez, doce, por ahí...

—Bueno, pongamos diez pescaditos. Así que en un kilo habrá unos cien, más o menos. Es decir, mil en diez kilos y diez mil en cien kilos. ¿Venderá usted unos doscientos kilos de pescado por día?

—¡Eh! ¡No se pase! Es mucho.

—No tenga miedo... No soy ningún inspector de impuestos. Puede hablar con toda confianza...

A pesar de mis palabras, evidentemente doña Elisa se preocupa de estos datos estadísticos», porque sabe lo peligroso que es la estadística para los comerciantes.

—Yo sé que vende mucho más, pero supongamos que no sean más que dos quintales de pescado. Serían veinte mil pescaditos por día. Trabaja usted los miércoles, viernes y domingos, por consiguiente la cantidad que usted despacha en una semana alcanza a la friolera de sesenta mil pescaditos, o sean doscientos cuarenta mil por mes, casi tres millones por año. ¡Qué barbaridad!

—No puede ser...

Ella misma se asustó de la cifra y quiso que le repitiera la cuenta con la ayuda de un lápiz.

—Es inútil que proteste. En sus cincuenta y seis años de trabajo ha pasado usted por la sartén la espantosa cantidad de ciento sesenta y ocho millones de inocentes pescaditos! ¡Piense usted la enormidad de la matanza y cómo debe temer usted al dios de las aguas! No se atreva bajo ningún pretexto a viajar por mar porque se va a pique con toda seguridad.

—¿Sabe que esto está lindo? ¡Si soy yo la que ayudo a mis conciudadanos para que puedan abstenerse de la carne en los días indicados por la Iglesia!

—Todo lo que quiera, pero cada animal está protegido por un espíritu que vela por su conservación y mira con bastante enojo a los que intentan destruirlos... Usted, que representa una especie de Inquisición para los pescaditos...

—¿Yo? ¿Y ustedes, por qué los comen? Total, no soy yo la que los mato. ¿Acaso no pasa lo mismo con los carniceros?... Nosotros tendremos la culpa hasta cierto punto. Si no hubiera quien consumiese carne y pescado dejaríamos de presentar al mercado lo que no tiene salida. ¿No le parece? ¿Usted piensa que me dejo enredar porque usted lleva cuello parado y galerita? Los tenía a raya a los mismísimos profesores de la Universidad y me voy a asustar de lo que pueda decirme usted. Por algo he vivido siempre entre pescados.

—¿Qué quiere decir con esto?

—¿Qué quiero decir? Nada. Quiero decir que en algo me parezco a ellos. Cuanto más me aprietan más fácilmente sé escaparme. ¿Me entiende ahora? Vamos al grano... Hace una hora que me está embromando. Compre algo siquiera.

Y la entrevista me costó unas cuantas liras que no estaban en el programa. Al despedirme, doña Elisa se sonrió con mucha ironía.

—No vuelva usted a hacer otros viajes por mar, pues la mercadería que lleva no viene de agua dulce. ¡Mucho cuidado! Con sus dimensiones se va usted a pique muy pronto...

—Sin embargo, la diferencia entre nosotros no es muy grande. No veo razón de que le parezcan excesivas mis dimensiones...

—Es que nosotras las mujeres somos más *livianas*...

Y con esa contestación, que estaba bien lejos de esperarme, me dejó... frito.



COMPARACION

—¿Que no está fresco mi pescado? ¡Pues si está vivo!

—Pero, usted está perfectamente viva y, sin embargo, no es fresca...

CONCURSO INFANTIL PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso, iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al gouache, el paisaje que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de CARAS Y CARETAS. — Chacabuco, 151-155, Buenos Aires.

Se otorgarán **CIEN PREMIOS**, que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de **CARAS Y CARETAS**, N.° 105

Nombre y apellido...

Domicilio...

Población...

Escríbase claro y mándese este cupón unido al paisaje coloreado.

Carta de París:

EL TRATAMIENTO DE LA DIABETES

LOS FERMENTOS COMEDORES DE AZUCAR

La Diabetes, infinitamente más extendida de lo que parece, es aún hoy una enfermedad misteriosa. Así la Medicina no ha fijado definitivamente su opinión ni sobre su génesis, ni sobre su mecanismo.

Todo lo que puede afirmarse de una manera segura es, que ella consiste, no sólo en una disminución, sino en una perversión de la nutrición que se traduce por la autofagia, ya que el diabético vive a expensas de sus propios tejidos; y por la glicosuria, es decir, por un exceso de producción anormal de azúcar: "La sangre", para emplear una pintoresca expresión popular, "se convierte en azúcar".

Es éste el fenómeno característico, esencial, capital, de la Diabetes. Así, todos los esfuerzos — no siempre eficaces — de la terapéutica, tienden a contener este exceso de producción nefasta.

Así se explican los resultados de los FERMENTOS DE UVAS JACQUEMIN, resultados con frecuencia decisivos, siempre felices, y confirmados por innumerables testimonios de enfermos y de médicos. Estas levaduras vivas, científicamente seleccionadas, y de antemano aclimatadas a una temperatura aproximada a la del cuerpo humano, son sumamente ávidas de azúcar, del que se nutren. En la sangre del Diabético se encuentran como los peces en el agua. Allí absorben rápidamente el exceso de azúcar, de suerte que el organismo, libre de una substancia, que es útil, sólo a la condición de no hallarse en exceso, recobra poco a poco su equilibrio, mientras que la nutrición se regulariza, se restablecen las reacciones defensivas y en particular la fagocitosis, y se eliminan las toxinas y las otras impurezas de los humores, sin necesidad de recurrir a un régimen severo.

No hay medicación antidiabética más simple y más práctica; no la hay tampoco quizás más eficaz ni más rápida.

EMILE GAUTIER.

Pueden hallarse todos los informes complementarios y detalles completos sobre el tratamiento, así como la opinión autorizada de eminentes facultativos, en el interesante folleto ilustrado, **"La Medicina de los Fermentos"**, que se envía gratuitamente a cuantos lo soliciten, con sólo mandar su nombre y dirección al Depósito General: 684, San Martín, Buenos Aires.

LA SEVERIDAD DE PEPITO

POR
ADELIA DI CARLO



COCA, Chichita, Perico, Lilí y Pepito juegan a la escuela.

Por turno, estos niños actúan como maestros. El día que fué llamado Pepito a llenar tan noble misión, el niño dictó a sus amiguitos una linda poesía que se refería a la esperanza.

— Señor maestro — dijo en cierto momento Chichita: — si no dicta un poco más despacio me quedaré atrás y no podré escribir.

— Peor para usted — respondió ásperamente el improvisado maestro. Y continuó dictando con rapidez, como antes, la segunda estrofa, que decía así:

Mágico nombre que el mortal adora.
Sueño feliz de encanto y de ilusión.
Tú, cuya luz al porvenir coloras,
Tú, cuyo aroma embriaga el corazón.

— Pasen a entregarme sus cuadernos — dijo Pepito cuando terminó la poesía.

Cada niño dejó su cuaderno sobre la mesita del maestro, a excepción de Chichita, que ni siquiera se movió.

— ¿Y usted, niña Chichita? — preguntó Pepito.

— Ya le he dicho — respondió Chichita — que quedé atrás, y no he escrito más.

— ¡Muy bien! — replicó Pepito. — Le pondré un cero en aplicación y otro en conducta.

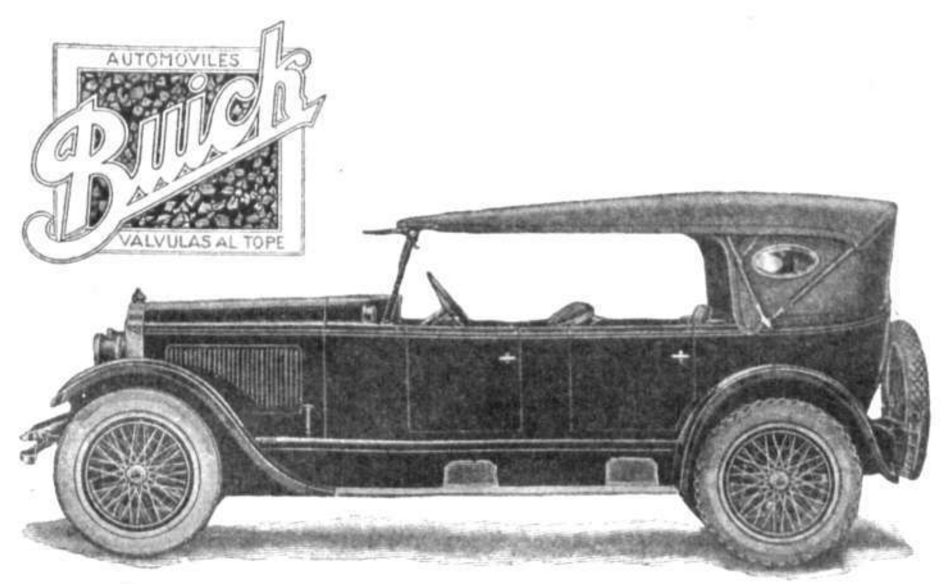
Pocos días después el maestro de Pepito pidió a los niños de su clase que prepararan los cuadernos porque iba a dictarles una lección.

Comenzado el dictado, Pepito no podía escribir bastante ligero, y continuamente preguntaba a sus compañeros:

— ¿Qué ha dicho? ¿Qué ha dicho?

Y escribía lo mejor que podía las palabras del maestro que sus condiscípulos le repetían. Pero llegó un momento en que sus compañeros no quisieron que se les molestara y no le contestaron. Entonces Pepito se quedó atrás, emborronó dos o tres frases llenas de disparates, y, desesperado, dejó de escribir.

Cuando el maestro se dió cuenta de que Pepito no había escrito ni media página de dictado, lo amonestó y le puso un cero. Pepito quedó muy mortificado. Se acordó de los dos ceros que le puso, jugando, a Chichita, y tuvo que reconocer que tenía más habilidad para juzgar y ser injusto que para hacer bien su deber.



Modelo BUICK 24-6-49 Canadian Special de 7 asientos.

Su Resistencia dió al Buick Prestigio Mundial

BUICK ha sido durante veinte años sinónimo de seguridad y resistencia en todos los países del mundo.

Su elegancia ha valido al BUICK puesto sobresaliente en los paseos de las grandes ciudades. Su resistencia lo ha hecho el favorito de cuantos tienen que emprender largos viajes por malos caminos y en mal tiempo.

LOS MODELOS 1924 SE EXHIBEN EN NUESTRO SALON DE VENTAS.

HENRY W. PEABODY & Cía.

Bartolomé Mitre, 1746 — Buenos Aires.

NUEVA YORK.
LONDRES.

TALLERES:
BOLIVAR, 1650.

LA BUENA EDUCACION

CUENTO DE GIOVANNI PAPINI





URANTE el invierno pasado, todas las mañanas, menos los domingos, acostumbraba regresar a mi casa a la hora doce. No siempre era medio día exacto: algunas veces, la mayoría de las veces, faltaba algún minuto o había pasado ya. Era una co tumbre muy común, muy burgués y nada poética, si se piensa en su finalidad natural, que todos conocemos. Sin embargo, debo hablar de ella, porque condújome, a la postre, a esta reclusión forzada en una celda de la más vasta prisión ciudadana, a la espera de ser citado para explicar algunos de mis actos más recientes.

Ya he narrado al juez de instrucción cómo se desarrollaron los acontecimientos y me he percatado, por ciertas miradas escépticas y algunos ademanes de asombro compasivo, que no le he persuadido. Pero no es raro que sea así.

La primera vez que di con el cantante del que se trata fué, por lo que recuerdo, a mediados de noviembre. Había pasado elmedio día y, como dije ya, volvía a mi casa con mi acostumbrado paso rápido y mis ojos de miope fijos en quién sabe qué pensamiento. Y he aquí cómo a pesar de haber pospuesto ya el puente y haber llegado al término de la plazuela que debía atravesar para alcanzar mi calle, es decir, hallándome casi junto a la esquina, viera pasar a mi lado un hombre no muy alto, más bien grueso, pálido, de bigotes recortados, el cigarrillo colgante de los labios y un par de polainas de color tórtola sobre el calzado. Ese hombre se llevó la mano al sombrero de copa, se lo quitó y me saludó cortésmente, sin sonreir ni hablar...

Quedé tan sorprendido — puesto que era la primera vez que le veía — que no atiné a responder al saludo y continué mi camino.

Desde esa vez, al retornar a casa a la hora doce, hallaba siempre , y casi siempre en el mismo sitio, al desconocido saludador. Le hallaba si volvía antes de medio día, le hallaba si volvía algo después y también si acontecíame, por casualidad, volver a medio día exacto; siempre en la misma plazoleta y sin que hubiese diferencia mayor de cincuenta pasos en el lugar del hallazgo, entre uno y otro día. El hombre llevaba siempre colgante de los labios el cigarrillo recién encendido y me saludaba siempre levantando su sombrero negro y mirándome apenas de pasada. Durante tres o cuatro mañanas no contesté al saludo, pensando en una equivocación y no teniendo, por otra parte, la menor voluntad de entablar conversación o de pedir explicaciones. Pero el hombre gentil no se desanimaba y diariamente , en mi honor, su sombrero negro abandonaba por un momento su cabeza de cabellera color castaño. Tuve que persuadirme finalmente de que era yo el descortés o el desmemoriado: supuse, en su provecho, que había conocido ese hombre en algún lugar, que le había visto una vez al menos, durante breves minutos y que él era mejor fisonomista que yo. Impelido por estas reflexiones, cierta mañana me decidí a contestar su saludo y cuando su sombrero negro se levantó, toqué ligeramente mi fieltro plomizo. La contestación no era demasiado cordial, porque, nótese bien, mi sombrero no abandonó mi cabeza; sin embargo bastó esa señal, ese esbozo, esa promesa de saludo, para que el hombre se quitara de la boca el cigarrillo y me sonriera con aire de inteligencia. Ese día no aconteció otra cosa. Más adelante—estábamos a la sazón en diciembre—puesto que continuaba siempre yo tocando mi fieltro y tal vez levantándolo con aire cordial, la sonrisa del desconocido se hizo más franca y se cambió, por fin, por un «¡buen día!» tan afectuoso y pronunciado con voz tan armoniosa, que quedé algo avergonzado de mi silencio. Al «buen día» se agregó pocas mañanas después, también un «buen apetito»; y continuábamos ambos descubriéndonos para saludarnos. Lo curioso era que, a pesar de nuestra intimidad, no habíamos todavía conversado entre nosotros. Tanto yo como él teníamos el hábito de caminar rápidamente y, para nuestros saludos bastaba el momento del cruce.

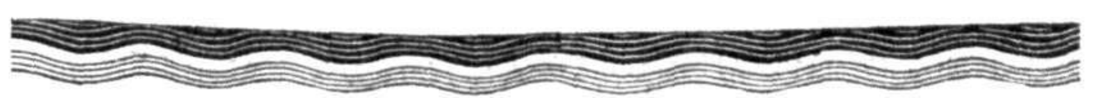
Esta extraña relación duró así por algún tiempo. Si yo hubiese tenido otro carácter, habría tratado de conocer más de cerca al nuevo amigo; le habría obligado a hablar, hubiérale preguntado, al menos, su nombre. Pero yo tengo una simpatía antigua, natural y espontánea hacia las cosas insólitas y levemente extraordinarias y mi único temor era que el otro rompiera el encanto, cambiando esa amistad cotidiana, fugitiva y anónima, por una retribución de visitas, decires y de tacitas de te.

Lo que temía sucedió. Se había llegado a fines de abril, siempre con el mismo sistema, y si la cordialidad se había acrecentado, las frases de salutación no habían aumentado gran cosa su número. Pero, en esa desgraciada mañana —era el 2 de mayo, según consta en las actas — el desconocido amigo, no bien me vió, en lugar de llevarse la mano al sombrero avanzó hacia mí, muy serio, me tendió la mano — que yo, naturalmente, tuve que estrechar — y me dijo con gravedad:

— Hoy le necesito. Le espero a la hora 17 junto al paso del bastión San Jorge.

Y se fué con rapidez, como siempre, pero sin agregar más y sin quitarse el sombrero. Pasé las cinco horas de la espera entre fastidiado y curioso, sin poder realizar nada por mi cuenta. A la hora 17 me hallaba en el lugar indicado. El hombre grueso y pálido me esperaba y se adelantó con la mano tendida.

— Perdóneme — dijo en voz baja, como avergonzándose un tanto — nuestras relaciones son algo



singulares, lo sé. Me presentaré en seguida, será mejor: soy José Severi, estudio el canto, poseo voz de tenor, tendría que hacer mi debut este año.

— Yo... — comencé.

— Ya sé quien es usted — interrumpió el otro precipitadamente — ya sé quién es. Lo sé desde hace mucho tiempo. Usted debe perdonarme: es mi método para hacerme de conocidos. Me lo enseñó un inglés; resulta casi siempre. No podemos decir que sea infalible, pero por la expresión del rostro, el gesto, la manera de caminar... Es casual, ya lo sé; pero también las relaciones que se traban durante las conversaciones, en los teatros, en los cafés, son casuales. Se halla bien o mal: es la misma cosa. Usted debe comprender porqué y me excusará.

— Por el contrario... — recomencé yo, con la intención de manifestarle que no estaba absolutamente descontento.

— No hablemos ya de este asunto — contestó el señor Severi, levantando la voz. — No lo he detenido por esto. Ahora todo está dispuesto. Hoy le necesito. Vamos a casa.

Nos encaminamos hacia el vial, bordeando bajos muros, revocados recientemente. No había nada de primaveral en el ambiente y el cielo estaba cubierto por una neblina lechosa que zahería la vista.

— Vivo cerca — prosiguió el tenor — y en mi casa sólo está mi mujer. Vivimos solos, solitos. Este es el motivo por el cual necesito de usted. Hasta hace poco teníamos muchos amigos. Pero ahora... no sé debido a qué motivos, mis amigos me abandonan. No todos voluntariamente, sin embargo. Algunos han partido por razones de negocios o por tener que establecerse en otros lugares. Otros, los tuve que expulsar, prohibiéndoles que se presentasen ante mí. Además, hay que considerar a mi mujer... Mi mujer es rusa, algo fantástica, algo enferma y caprichosa. Todas las rusas alejadas de Rusia son así. Ella tiene sus antipatías y tuve que apartar algunos de mis amigos con mucha política. Tiene también sus simpatías que yo no tolero...

A este punto, el tenor me miró de frente con aire resuelto y advertidor.

— La conclusión es — continuó — que nos hemos quedado absolutamente sin amigos, sin conocidos, sin relaciones, y si hoy no queremos tomar el te solos — lo que daría lugar a escenas desagradables — tengo que invitarle a usted... que no rechaza ¡verdad! ¿una taza de te? Es un acto gentil que no olvidaré nunca.

— Para mí será un verdadero placer — contesté. Pero para mis adentros, a decir verdad, pensaba de muy distinto modo. No podía caer más mal. Un cantante que no canta, celoso e irritable; una mujer rusa, voluble y coqueta y... el desierto alrededor. Era imposible, sin embargo, volver sobre mis palabras. Seguí a mi flamante amigo, bajo un cielo triste, blanco y pesado. A los pocos minutos llegamos a una cancela negra y modesta, encajonada en una tapia baja de color ladrillo. El tenor tocó el timbre y la pequeña cancela se abrió. Atravesamos un jardincillo limitado por paredes y tejido de alambre, un jardincillo más bien melancólico. En el fondo estaba la casa, una casa pequeña, poco elevada, negra. El revoque había sido quitado y las paredes estaban embadurnadas de asfalto luciente.

— Es por la humedad — dijo el señor Severi, señalando la casa. — Dentro de poco todo quedará terminado.

Penetramos en un vestíbulo donde no había sino una percha cargada de trapos y sombreros de toda laya. El tenor me hizo pasar a la pieza de la izquierda: en su centro había una mesa redonda preparada con cierto lujo para el te, tres sillas a su rededor y a un costado, un baúl. Nada más. El amigo reciente dejóme solo y corrió en busca de su señora.

Era una mujer que tendría unos cuarenta años, más bien alta, delgada, sin más belleza que una gran cabellera rubia y dos ojos verdosos. Ni bien me vió, se precipitó hacia mí, me cogió ambas manos, me las estrechó, me miró en los ojos y me sonrió con visible placer.

— ¡Cuán gentil y bondadoso ha sido usted viniendo! Hace mucho que deseaba verle. Pregúnteselo a Pepe. El me ha hablado mucho de usted. Lo sé todo; he seguido paso a paso los capítulos de la amistad de ustedes. Aguardaba este día para poderle expresar mi gratitud. Usted es nuestro salvador.

El calentador de alcohol fué encendido, el agua hirvió y el te fué servido. La señora no tenía ojos ni boca sino para mí. Había pastas y sandwichs excelentes. Y quiso atorarme como si me hubiese recogido sobre unos maderos a la merced de las olas, muerto de hambre. Mi plato estaba siempre lleno y mi taza siempre colmada. Obligado a prestar atención a la señora, ya para dar las gracias, ya para rechazar las atenciones excesivas, no tenía mucho tiempo para cuidarme del marido, el que ingería su te, fumando furiosamente sus gruesos cigarrillos, sin comer nada. La señora no le dirigía nunca la palabra y más bien, según parecióme, evitaba mirarle.

Por fin tuve que notar su irritación y, advirtiendo el peligro y no estimando que valiera la pena de enredarme por esa mujer, dije que debía irme, sin más. Mis palabras alegraron al señor Severi, pero quiso que no me fuese sin ver la casa. Tuve que obedecer, también porque la señora tomándome del brazo, me encaminaba hacia el interior. Me hicieron pasar a una piezota donde no había sino un piano de color de caoba, en un rincón. Verdaderamente, había también un pequeño sofá completamente cubierto de libros y partituras. En las paredes, a manera de trofeos, había caretas y floretes para esgrima. Los miré con curiosidad, puesto que era lo único que había allí.

— ¿Le gustan? — dijo el señor Severi. —¿Conoce usted esgrima? ¿Quiere probarlos?

Le aseguré que no conocía absolutamente esgrima y que nunca me había ensayado en empuñar un florete, pero el tenor, súbitamente agitado, había descolgado una de esas gruesas caretas y se la había colocado.

— Tome la otra, tome el florete. Ensayemos. Van quince días que no me ejercito. Siento necesidad.

Debí, por fuerza, cubrirme el rostro con la careta y empuñar el espadín.

— No hay guantes — reanudó el extraño adversario, ¡pero no importa! Es igual. Atención a las manos. Vamos. ¡En guardia!

La señora nos miraba asombrada y de mal humor. Sentóse sobre las partituras del sofá con movimiento de impaciencia.

— ¡Vamos! ¡Vamos! — gritaba el tenor.

Yo no conocía verdaderamente esgrima — mu-

chos testigos lo afirmaron durante el proceso criminal — y por eso, recordando que el único medio para vencer, es el de atacar y, queriendo terminar presto, me eché sobre el adversario con violento ímpetu, dando locos golpes de punta y de filo.

— ¡Basta! ¡Basta! — gritó éste de repente — Bajé mi florete. El señor Severi me enseñó su mano: estaba toda amoratada por los golpes que le había dado y de una herida brotaba sangre. La señora me miraba con admiración. El marido lo notó y dijo mirándome a la cara y conteniendo mal su cólera:

— No pensaba que fuese usted un villano.

— ¿Un villano? — repuse. — ¿Qué términos son éstos? ¿Acaso no le advertí que no conocía esgrima?

— ¡Pero no era necesario echárseme encima como un bruto!

— El bruto es usted — dije — que me ha forzado a ejecutar una cosa que desprecio. Y le ruego que recuerde que no he sido yo quien le ha buscado a usted y que no he sido yo quien ha querido probar los floretes.

— ¡Pocas palabras, caballero! — añadió el otro, poniéndose palidísimo — dije que es usted un villano y lo sostengo. Estoy en mi casa. Nos volveremos a ver.

A este punto, la señora comenzó a gritar y a lloriquear.

— Pero, ¡Pepe! ¡Pepe! ¿Estás loco? ¿Qué dices?

Unica contestación a estas preguntas fué una bofetada que la mujer recibió sin mucho asombro.

— ¡Quítese usted de aquí! — dijo el señor Severi. — ¡Váyase! ¡No quiero verle! Aquí estoy en mi casa. Usted me ha ofendido, recuérdelo.

— Y le ofenderé una vez más, ¡cobarde! — prorrumpí disgustado por esa escena.

— ¡Está bien, está bien! Ya arreglaremos mañana. ¡Por ahora fuera de aquí!

No había más que hacer. Abandoné la casa, me detuve un momento junto a la cancela para escuchar si percibía gritos internos y después de otro rato, retorné a la ciudad.

Lo que siguió cada cual lo adivina de por sí.

Aldía siguiente, dos caballeros me trajeron el desafío del tenor y después de lo dicho, tuve que aceptarlo. Nombré mis padrinos y les dije que no tenía ningún inconveniente en batirme, a pesar de mi incapacidad para esgrimir armas de toda clase.

Decidióse el lance. Arma elegida: la pistola. Tiré al acaso y, sin embargo, el tenor falleció a consecuencia de la herida, después de dos días de agonía.

Y ahora heme aquí, aguardando el fallo. ¿Soy, acaso, culpable? ¿No os parece que en este asunto haya un no sé qué de suicidio?

¿No fué, acaso, él quien quiso conocerme, quien comenzó a saludarme, quien me condujo a su casa, quien quiso esgrimir las armas bromeando y batirse de verdad? ¿No os parece que desde el primer descubrimiento de cabeza hasta el último pistoletazo haya un enlace estrecho, voluntario, una preparación consciente del propio destino? Yo no he sido más que su instrumento.

No tengo culpabilidad. No tengo sobre mi conciencia su sangre. Mis abogados explicarán con la ayuda de la ciencia y de la metafísica el misterio de este suceso. Y si me condenan, no creeré ya nunca más en la buena educación.

Traducción para "Caras y Caretas" de Atilio E. Caronno.



— ¡El hombre del número siete se ha colgado, patrón!
— ¿Y no le has cortado la cuerda?
— No, señor... Como no se ha muerto todavía...



Financista. — No podremos prestarle plata sin seguridad.
— ¿Qué seguridad?
— Digamos: poniéndolo a usted preso antes...



El Intendente Municipal, doctor Emilio Cardarelli y miembros del Concejo Deliberante presenciando los ensayos de una nueva máquina barredora de calles.



La nueva máquina regadora y barredora, cuya adquisición por la Intendencia Municipal implica un notable adelanto en la higiene de esta ciudad dado la perfección y rapidez de su trabajo.

EL ASPIRANTE A ACADÉMICO

Parece ser que al joven duque del Maine, hijo de Luis XIV y de la Montespán, se le metió en la cabeza el capricho de ingresar en la Academia Francesa, sin más título que los de ser hijo de Luis XIV y tener 14 años de edad.

Cayó la noticia en la docta corporación de los inmortales como una bomba, y después de larga discusión se acordó que Racine salvara tan crítica situación, acercándose al rey y dejando el asunto a su iniciativa.

Y Racine fué a ver al rey para decirle:

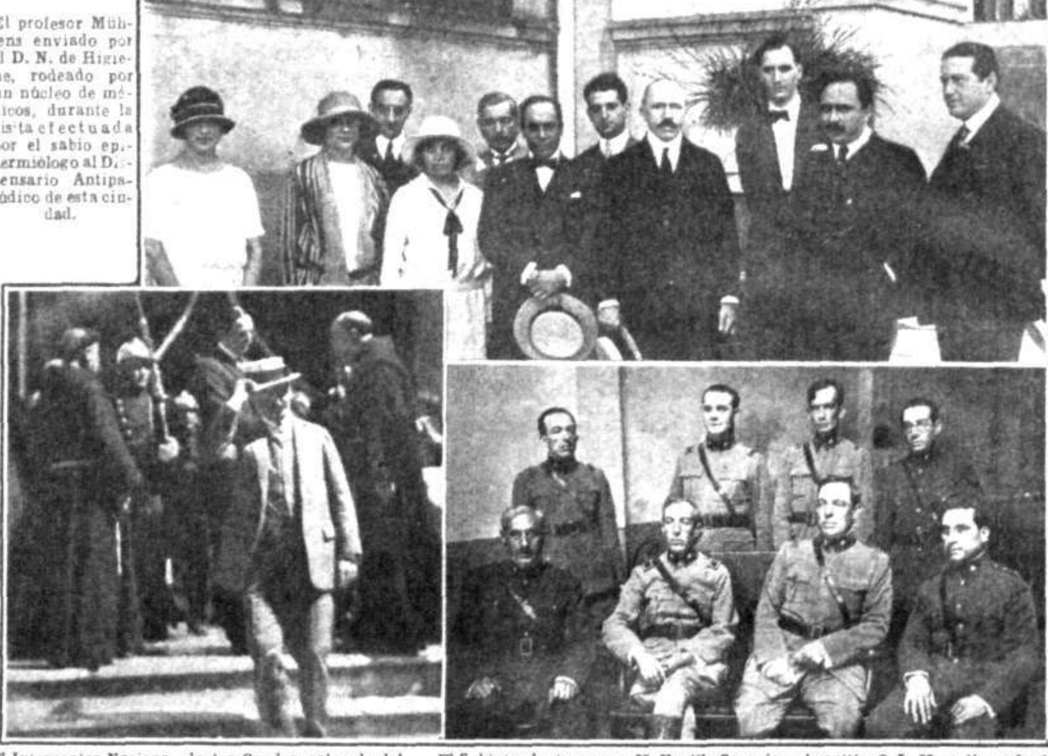
— Monseñor: aunque en la actualidad no hay puesto vacante en la Academia que pudiera ocupar su Excelencia el duque del Maine, debo manifestarle que no hay un solo académico que no se halle dispuesto a morir para que se cumplan los deseos de su Alteza.

Comprendió el rey que tenía muy buen sentido la habilísima negativa que por boca de Racine le enviaban los inmortales y le contestó lo siguiente:

— Querido Racine: el duque es aún muy joven para dedicarse a cuidados tan serios; por consiguiente no habrá necesidad de matar a nadie para ofrecerle una poltrona.


Cuando Médicos están de Acuerdo
Es un hecho que produce grande satisfacción, que en la profusión y confusión de medicamentos, la profesión médica está de acuerdo en emplear y recomendar la Emulsión de Scott donde quiera que precisa fortalecer el organismo humano. Las palabras "tónico y reconstituyente" aplican cabal y plenamente a la renombrada
EMULSION de SCOTT
"Digna de su completa confianza".

De Tucumán



El profesor Mühlens enviado por el D. N. de Higiene, rodeado por un núcleo de médicos, durante la visita efectuada por el sabio epidermiólogo al Dispensario Antipalúdico de esta ciudad.

El Interventor Nacional, doctor Gondra, saliendo del templo de San Francisco, después de haber asistido al funeral con que se honró la memoria del primer gobernador tucumano, general B. Aráoz.

El Subintendente mayor, M. Novillo Saravia y el capitán C. L. Mesaglia, rodeados por los oficiales tenientes Ledesma, Echeverría, Rodríguez, Thamn, Valotta, Fariña y Donato, personal administrativo de la subintendencia de Guerra.

TRAJES DE MEDIDA
PARA MEDIA ESTACION



Con la anticipación debida hemos seleccionado el surtido de casimires para media estación; por consiguiente, estamos en condiciones de poder ofrecerle lo más moderno y de más alta calidad.

A título de presentación hemos realizado una rebaja importante que Vd. mismo podrá apreciar:

TRAJES de MEDIDA para Media Estación en casimires elegidos, corte elegantísimo .. .. $ **130**

Se envían muestras GRATIS de casimires indicándonos color y precio aproximados.

GRATIS remitimos al interior
ALBUM DE FIGURINES

TRAJES MODELOS

Elegantísimos y de alta calidad, los liquidamos a fin de habilitar espacio para el Departamento de MEDIDA. Hay infinidad de modelos y estilos que Vd. puede obtener, desde

$ 44.—

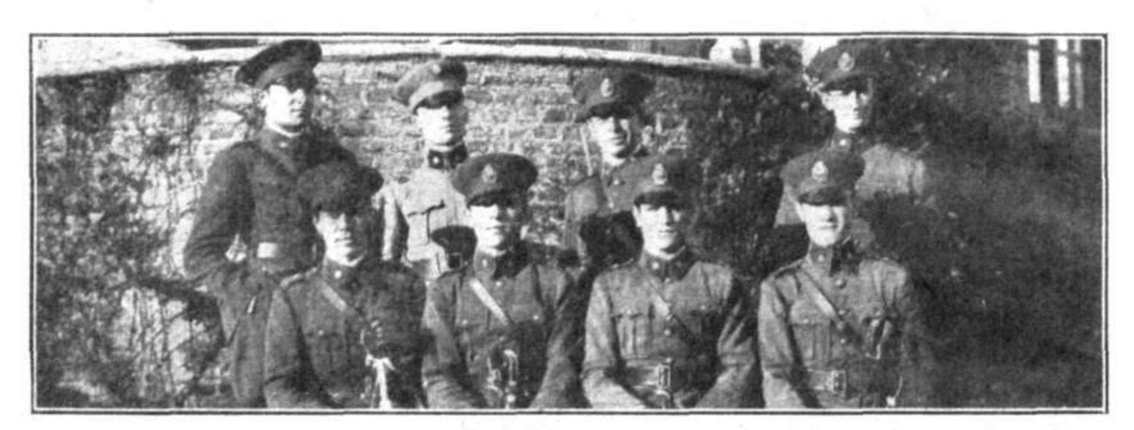
SASTRERIA de LUJO

(La más grande en Sud América)

NO TIENE SUCURSAL



AUTO-MOTO-AVIACION



Nuevos oficiales que acaban de iniciar el curso de pilotos militares en el aeródromo de El Palomar, subtenientes Claudio A. Mejía, Víctor Venancio Vergani, Federico C. Carbio, Enrique R. Gruntsche, Héctor F. Grisolia, Héctor Bastián, Eugenio A. Cormack, Linón y teniente C. Horacio Rosales.

AUTOMOVILISMO

«RAID» SAN PAULO-BUENOS AIRES

Entre los acontecimientos más importantes del mundo automovilista en la quincena última, es de anotar seguramente con relieves propios el magistral esfuerzo cumplido por el señor Francis Dávison y tres acompañantes, salvando en el transcurso de dos meses la distancia de San Paulo (Brasil) a esta capital, en un coche Hupmobile. Las narraciones hechas por los audaces viajeros, así como los documentos gráficos que traen, han dado una idea, aunque no muy precisa, pero sí aproximada, de las peripecias atravesadas, salvando selvas impenetrables, donde el hombre aún no había hollado sobre una máquina...

Es, sin duda, este esfuerzo, una prueba llamada a tener resonancia en el ambiente automovilista mundial, y las observaciones recogidas por los viajeros permitirá pensar, en un futuro, quizás no lejano, en la posibilidad de nuevas rutas de transporte, contribuyendo así al intercambio más fácil y rápido entre los grandes países de América... Ojalá, la aventura de míster Dávison, sirva de feliz iniciación a tan simpático propósito.

LAS EXPOSICIONES

Mientras el corriente mes se caracteriza por las pruebas automovilistas que hemos de presenciar en el circuito de Morón y en el de Córdoba, el próximo, de mayo, ha de destacarse por las Exposiciones a realizarse. Dichas Exposiciones se iniciarán con el que que patrocina la Sociedad Rural de Rosario, y cuya inauguración se anuncia para el 5 de mayo. A ella seguirá la Primera Exposición Nacional de Vialidad que organiza activamente el Touring Club Argentino, y a cuyo certamen seguirá el tradicional desfile de rodados. Se anuncia que concurrirá al acto el Presidente de la República.

En el intervalo que media entre estos dos grandes actos de nuestro automovilismo, se efectuará el Tercer Circuito La Plata, cuya preparación realiza en estos momentos con mucho entusiasmo el Automóvil Club La Plata.

EXPULSION DE LOS DEPOSITOS DE CARBON

En nuestro número anterior nos referimos al método manual para la expulsión de los depósitos de carbón de los cilindros. Hoy damos el otro denominado al oxígeno que consiste en quemar el carbón que existe sobre el émbolo, etc., con una llama de oxígeno.

Se pone en marcha el motor y se le hace girar hasta que esté caliente, entonces se cierra la llave de la nafta, con lo cual al poco tiempo se vaciará completamente el carburador y el motor se parará.

Se quita entonces los cables del encendido y se sacan los tapones de las válvulas colocándose el émbolo que se va a operar en punto muerto superior y con las dos válvulas cerradas. El aparato consiste en un tubo de oxígeno que tiene un aparato de reducción par limitarla a 1 ó 2 kilogramos, según el tipo de aparato. El oxígeno pasa de esta válvula a un inyector por intermedio de un caño de goma. Se inicia la combustión por medio de una mecha con cera o con estopa empapada en kerosene, que se coloca en el interior del cilindro. Una vez prendida la estopa se introduce dentro del cilindro la punta del inyector y se le suministra el oxígeno. A los pocos momentos el carbón arderá con una viva llama blanca y sale del cilindro en forma de una lluvia de chispas.

Se considera terminada la operación una vez que no se producen más chispas. Luego se sacan las costras que pueden haber quedado, con una estopa mojada en kerosene. (Estos datos han sido tomados del libro «Auto Chauffeur» del señor Otto Oppel).

MECANISMO DE LOS FRENOS

Hoy que los cuatro frenos van generalizándose rápidamente, es conveniente siempre los consejos que recuerden el cuidado de los mismos.

Ninguna parte de su automóvil es de tan vital importancia como los frenos, pues si éstos no funcionan de manera perfecta, se corre el riesgo de un grave accidente.

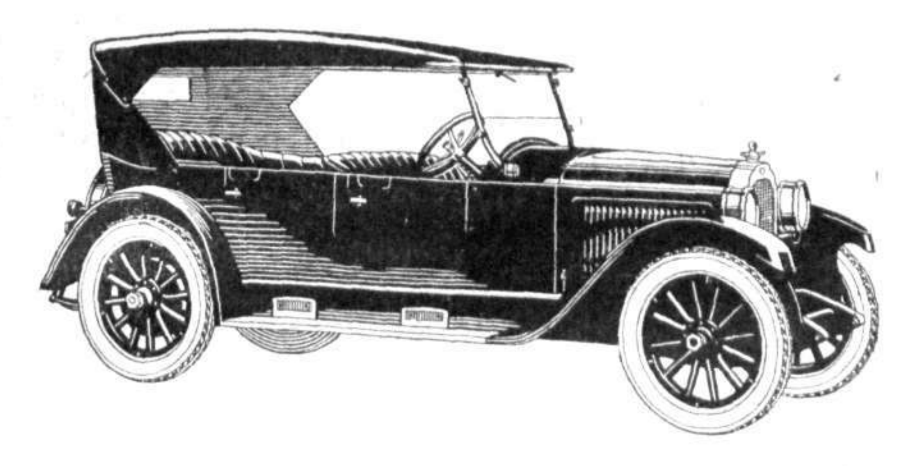
Si se deja de lubrificar de manera adecuada las superficies de contacto del mecanismo de los frenos, éstas no tardan en trabarse debido a la herrumbe y al polvo, lo que acaba de ocasionar un desgaste desigual y prematuro de los revestimientos e impone al motor un trabajo excesivo.

Lubrifique el mecanismo de los frenos a intervalos regulares mediante la aplicación abundante de aceite de la mejor calidad. Cerciórese de que los tubos de freno que funcionan encima de la caja del puente posterior estén debidamente engrasados.

Cuando se recarga el chassis con una capota para invierno o una carrocería especial, será necesario volver a ajustar los frenos. Para el ajuste de los frenos diríjase siempre con preferencia a un taller de confianza.

A. Burgos Santillán.

WILLYS-KNIGHT



El motor que mejora con el uso.

El motor Willys-Knight de válvulas corredizas funciona mejor a medida que se usa. Rinde mejor servicio después de ocho mil kilómetros o más, que a los ochocientos kilómetros. Muchos dueños manifiestan haber recorrido 80.000 kilómetros o más sin verse obligados a componerlo. En realidad, no se sabe todavía que haya un Willys-Knight inutilizado por completo desgaste.

Este extraordinario servicio se debe al mecanismo de válvulas corredizas que caracteriza al tipo Willys-Knight. No hay resortes sujetos a desgaste; no hay ruidosas levas ni molestos levantaválvulas. No hay válvulas que esmerilar. Lo único que hay son dos manguitos metálicos, uno dentro del otro, que suben y bajan silenciosamente entre la pared del cilindro y el émbolo.

Los automóviles Willys-Knight inspiran profundo entusiasmo por su brillante servicio, y despiertan sincera admiración por su científica construcción, correctos estilos y fino acabado.

Soc. Anón. HARDCASTLE

MORENO, 745 — BUENOS AIRES

REPRESENTANTE EN ROSARIO:

ENRIQUE JUANTO — SANTA FE, 1645.

Solicite la "Revista Overland" al Agente de la localidad, quien la distribuye GRATIS.

De Tucumán



El Presidente y miembros del Directorio de F. C. C. C. a su llegada a esta provincia en jira de inspección.

El doctor Miguel Padilla y señores Méndez Casariego y Cabred, con otros prestigiosos caballeros que les acompañaron en su excursión a la «Quebrada de Lules».

El eje del pedal no se desgasta

debido a que su juego completo a munición evita el roce de dos hierros, facilitando su movimiento suave a la vez que silencioso. Esto representa mayor trabajo con menor fatiga, cualidad importantísima que se obtiene con una



SE VENDE AL CONTADO Y A PLAZOS Y SE DAN LECCIONES GRATIS

UNICOS INTRODUCTORES:

KIRSCHBAUM y Cía.

INDEPENDENCIA, 401/37-Bs. As.-U. T. 0293, Av.



Pida hoy mismo UNA DEMOSTRACION GRATIS, a sus Agentes y Vendedores en cualquier punto de la República o en los siguientes locales de venta:

Buenos Aires: C. Pellegrini 326, San Juan 3653, Asamblea 338, Av. Sáenz 1123, Corrientes 4615, Triunvirato 875, Montes de Oca 819, Olavarría 1046, Mendoza 2468, Rivadavia 8326; **Avellaneda:** Mitre 933; **Piñeyro:** Galicia 735; **Lanús:** J. C. Paz 263; **Lomas:** Laprida 257; **Quilmes:** Rivadavia 311; **San Isidro:** Centenario y Alsina; **Tigre:** «La Numancia»; **La Plata:** Calle 6 N.º 876; **Ensenada:** La Merced 453.



Clisés usados

Se venden clisés usados en "Caras y Caretas" y "Plvs Vltra".

Dirigirse a la Administración: Chacabuco, 151/155 - Buenos Aires.

Somos especialistas en todo lo relacionado con

VEHICULOS PARA NIÑOS

Tales como: Manomóviles, Andadores, Velocípedos, Bicicletas, Triciclos, Sillas altas "3 en 1", Coches cunas, Coches plegadizos, además de Bidets, Pupitres, Camitas, Corrales, Hamacas, etc.

UNA VISITA A NUESTRA

CASA CENTRAL: **PERU esq. VICTORIA**

O A NUESTRA SUCURSAL **461 CANGALLO**

le resultará provechosa y sumamente interesante.

FEENEY & Co.



Impermeables "El Diluvio"

para hombres, señoras y niños. Ponchos y Capas. Especialidad en Impermeables sobre medida y composturas del ramo. Los Impermeables "EL DILUVIO" son los únicos garantidos y llevan todos caperuza y guardabarros.

Solicite Catálogo ilustrado gratis con muestras y precios

PEDRO GIMENEZ-Lavalle, 963



ANILLOS CHINOS DE LA SUERTE

legítimos de plata fina maciza con el correspondiente librito instructivo ofrecemos con porte pago a los siguientes precios:

PARA CABALLEROS: En relieve para sello a.............. $ **5.—**
Con esmalte negro o azul, a. $ **6.—**
PARA SEÑORAS Y SEÑORITAS: En relieve o con esmalte a.... $ **3.—**.

Pedidos a MATUCCI y Cía. - Av. de Mayo, 1062. - Bs. Aires



GENERAL LAVALLE. — Comisión de señoras y señoritas a cuyo cargo estuvo la organización del bazar rifa en las romerías españolas realizadas con todo éxito en esta localidad.

RIO IV. — Delegados de las cooperativas de la provincia reunidos en asamblea general para deliberar sobre asuntos concernientes a sus intereses.

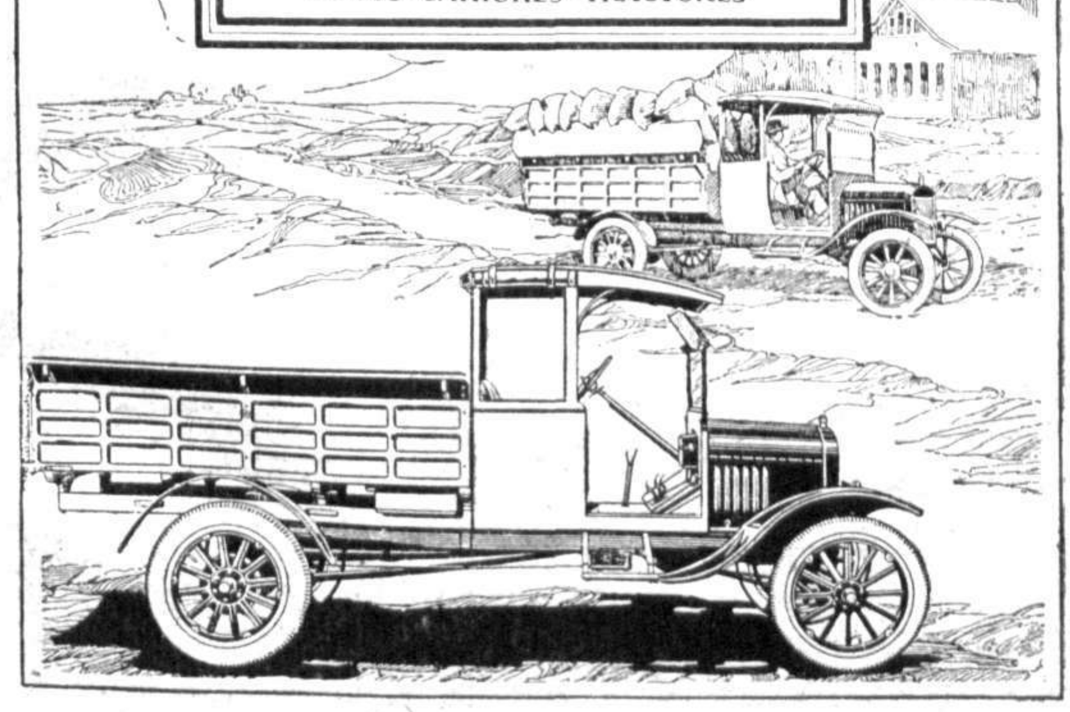
El camión más indicado para la granja, la chacra y la estancia

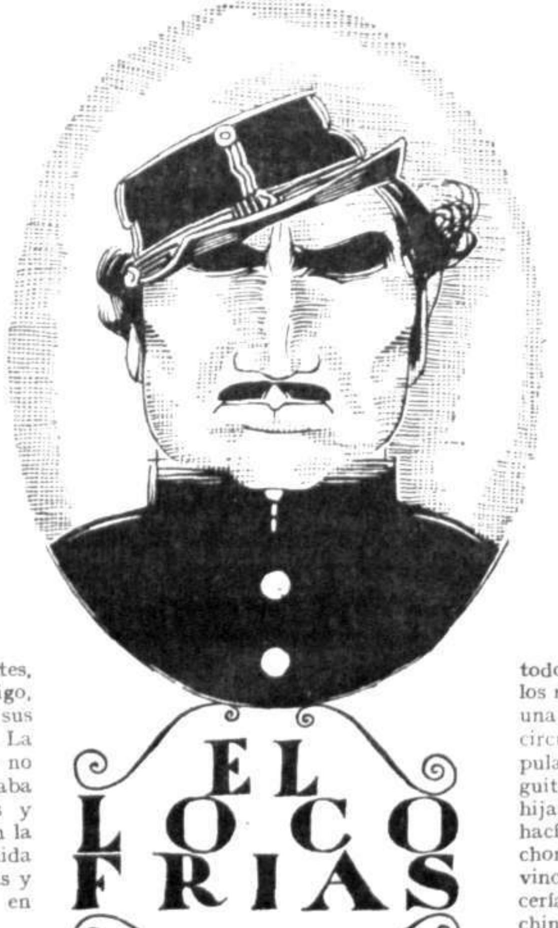
Donde el "acarreo" causa demoras y, por consiguiente, reporta pérdidas, es necesario buscar una solución práctica, económica y eficaz. La única solución de este problema reside en el empleo de camiones Ford, abandonando por completo el sistema antiguo de "acarreo" y adoptando definitivamente el sistema moderno de transporte con camión Ford.—El camión Ford ha sido reconocido ya como el más indicado para la granja, la chacra y la estancia, porque es el más liviano, el más practico, el más económico y el que presta mejor servicio.

SIN COMPROMISO ALGUNO PIDA UNA DEMOSTRACION CON UN CAMION FORD, NUEVO MODELO, AL AGENTE LOCAL

Ford

AUTOS · CAMIONES · TRACTORES





EL LOCO FRIAS

SEGUNDA PARTE

TENÍA fiebre por la acción. A toda costa quería hacer algo que lo distinguiera aun cuando fuese un desatino, como sucedió en dos ocasiones. Pero antes, en su actitud para conmigo, me ratificó con hechos sus declaraciones de amistad. La mayor parte de los días no se daba ración ni se pagaba el prest. A los oficiales y voluntarios con familia en la ciudad les llevaban la comida en viandas desde sus casas y otros podían proveerse en las fondas del barrio.

Pero a mí y a mi compañero se nos había concluído el dinero con que llegamos al cuartel, y cuando pasaban varios días sin hacerse el racionamiento de la tropa sufrí hambre. La sufrí en silencio. Lo peor era el desfallecimiento físico cuando después de muchas horas de fuerte ejercicio sin haber almorzado, llegaba la noche y no tenía con qué cenar. Eso ocurrió dos veces. En todas las demás la falta me fué suplida, primero por la solicitud de mi amigo salteño y después por la generosidad de mi amigo tucumano.

El primero no era hombre de ahogarse en poca agua. Había hecho buena relación con todos los soldados y oficiales de nuestra compañía. Se aproximaba a cualquier grupo reunido en torno de las viandas o de un fogón donde se churrasqueaba. Se introducía haciendo charla agradable y aguantaba alegremente las bromas que le dirigían por su tonada provinciana y su cara mofletuda.

Participaba en todo lo que podía de la comida, pero con disimulo se guardaba en el bolsillo los pedazos de pan que le tocaban a él, y después me los llevaba al rincón donde yo permanecía apartado.

Frías, que era un husmeador de todo, se había dado cuenta de mi situación y del orgulloso retraimiento con que yo la agravaba en los «días baldíos», como se llamaban a los muchos en que el almacén de la Mayoría estaba cerrado para la tropa.

Frías estaba tan pobre como mi amigo salteño y como yo; pero pasaba mejor vida que todos y se regalaba más que los ricos. Todos los días hacía una excursión por los barrios circunvecinos donde era popular y querido. Tocando la guitarra y cortejando a las hijas de un almacenero, se hacía regalar, o dar al fiado, chorizos y salchichas, queso, vino y frutas. De las carnicerías próximas solía traer chinchulines y matambres. Con todas estas provisiones eclipsaba las cenas de los «mozos ricos» a quienes llevaban buena comida de afuera. Para preparar estos banquetes de cuartel, él mismo hacía de «chef» auxiliado por varios comedidos.

De esos banquetes me hacía participar, llevándome él mismo una buena ración acompañada por lo que era un lujo allí: pan fresco y buen vino.

Pero su obsequio más valioso era reir y cantar. Ya he dicho lo que era su risa. Su canto, que no sé si tendría o no mucho arte, se hacía interesante por su voz de entoncaión simpática y por la variedad de sus estilos.

Cantaba todo: vidalitas, arribeños, coplas carnavaleras, milongas y canciones en francés. Mientras se trataba de cantar, o de bromear, o de referir, el loco Frías era insuperable. Pero también se hacía inesperadamente interesante en sus expansiones sentimentales, que él me confesó que no las tenía en el cuartel sino conmigo, porque según él era el único que las comprendía.

Y con este motivo, al explicarse lo que significaba en el hecho la necesidad de representar siempre el papel de gracioso y de justificar su título de «loco Frías» que le daba inmunidades, me hizo un profundo

examen psicológico en que diseñó con rasgos de concentrada humanidad dolorosa, la eterna tragedia del bufón, que no está circunscripta a la bufonería oficialmente calificada.

Ella comprende variedades y categorías innominadas, pero que abarcan casos y formas en que es amargamente desconcertante encontrar al mismo Shakespeare, que en un célebre soneto describe el terrible drama interno de los condenados a suministrar contento a los demás, llevando las propias entrañas desgarradas.

El mismo caso de Moliére. El mismo y más terrible de Swiff, de Byron y de Larra.

Este último ha dejado a la literatura un sondaje inmortal de la tristeza del satírico.

El conjunto de las explicaciones que en relación a su propio caso me hizo Frías en muchas horas de expansión, fueron motivos de puntos de vista generales que he formado, observando en la vida a los chistosos profesionales.

La índole o el destino de la mayoría de los que yo conozco me han dado la impresión de que en la vena satírica, lo mismo cuando traduce el sombrío «humour» sajón que la cascabeleante alegría latina, hay una especie de embriaguez intelectual con que procuran substraerse a las realidades penosas, ciertas naturalezas débiles incapaces de afrontar la vida cara a cara.

Otras son al contrario. Algunos de los maestros de la sátira han sido tipos de un valer extraordinario que han demudado el organismo moral humano, exhibiendo las lacras donde es menester aplicar el cauterio.

Cuando pude apreciar, en la intimidad de nuestras conversaciones, que en la inteligencia de Frías había vigor y amplitudes insospechadas en el trato superficial, y al mismo tiempo nobles cualidades en su carácter, me interesé por su vida y por su suerte. Aunque yo era un adolescente y él un hombre ya hecho, y hasta un poco deshecho por la vida, acepté tratar el tema de su porvenir sobre el cual él me solicitaba mi opinión. Por respeto a su mayor edad y para tener más derecho de expresar la mía sobre su caso, le requerí la suya sobre la carrera que me convendría más a su juicio.

El que me expresó adolecía de la incertidumbre de criterio y la contradicción de ideas y de impulsos que constituían su falla principal y tal vez la de todos los vencidos en las luchas de la existencia. Lo que en ella triunfa al fin es el poder de la unidad psicológica. Y Frías era un contradictorio. Y el que es contradictorio por dentro resulta negativo por fuera.

En contra de las argumentaciones con que fundamentaba su pretendida vocación para militar, y sin discutir, si la tenía o no, insistí en que debía reanudar sus estudios universitarios y recibirse de médico, aunque fuese después de los treinta años.

Sobre este punto me dijo la última vez:

— Es una idea; voy a pensarla: la cuestión es que sea capaz de la contracción necesaria.

— Para eso, le repuse, tiene usted condiciones militares; haga de cuenta que es soldado sometido a disciplina.

— Para esa disciplina necesitaría a mi padre. Si mi padre viviera yo no hubiera sido ni calavera ni ocioso, para no darle que sufrir...

Y al decir esto tuvo un acceso de sensibilidad; le asomaron las lágrimas y se le apagó la voz.

Tal rasgo, y otros que omito ahora, reservándolos para consignarlos en un relato más completo que pienso incorporar a otros en un libro de recuerdos en preparación, titulado «Los vencidos» me demostraron que había en este fracasado, como en tantos fracasados, como quizá en todos los fracasados, valores morales que sucumben por falta de las energías de voluntad que forman el eje del yo humano bien construído.

Sus «lagunas» mentales no se notaban cuando su actividad vital se expandía en las manifestaciones de su temperamento de andaluz tucumano. Pero aquéllas asomaban cuando hablaba en serio de cosas serias.

Eran de tal calibre sus extravíos de criterio cuando trataba materias de importancia, que al oírselas y recordar su empeño en presentarse ante mí como un espíritu equilibrado que hacía una comedia exhibiéndose como un frívolo, pensaba en cuál de los extremos estaba la escenografía. ¿Era realmente una ficción calculada su papel de gracioso? ¿O era éste el natural, y la careta era el sentimentalismo de sus expansiones confidenciales?

Haciendo un equitativo balance psicológico, me inclino a creer que en ambas aposturas había una parte de sinceridad y otra de comedia.

Pero en lo que no había fingimiento era en las espontaneidades en que su temperamento se manifestaba en los hechos.

En dos ocasiones ellas estuvieron a punto de llevarlo hasta el delito, por imprudencia.

Durante los días de más movimiento y actividad en mi trinchera, ocurrió un incidente que no es caso de mencionar aquí, por el cual tuve el primer y último ascenso militar, de mi actuación revolucionaria de 1880. De soldado raso me ascendieron a sargento del cuerpo de guardia.

En este carácter tenía a mi cargo dirigir y vigilar durante la mitad de la noche los retenes distribuídos de cuadra en cuadra hasta tres más allá de las trincheras. En cada esquina había cuatro centinelas.

Una noche, al recorrer ese trayecto, me detuve en el puesto donde estaba de centinela «el loco», en la cuadra siguiente de la trinchera.

Mientras hablaba con él para transmitirle las instrucciones del cuerpo de guardia, se aproximó a nosotros un jinete en mala cabalgadura, vestido con el uniforme militar de la milicia provincial.

Al hablarnos, por la pronunciación supimos que era extranjero y formaba parte del cuerpo de Ingenieros. Estaba completamente ebrio. Se hamacaba en la montura y apenas podía articular las palabras. Nos preguntaba en su media lengua por no sé que Mr. Johnson. Viendo el estado en que estaba y que le haría bien apearse y descansar en sitio seguro, le dije:

— Mr. Johnson vive allí en aquella casa donde hay aquel farol.

Era la comisaría.

Pero el farol iluminaba de lleno un tablero de madera en el que en grandes letras estaba el letrero con las palabras y el número del distrito policial correspondiente. El mi-

litar, no obstante el deplorable estado en que parecía, leyó el letrero, y reaccionando con furia gritó:

— Usted quiere mandarme preso; yo soy coronel ingeniero y no voy preso. Usted me insulta.

Y aproximándose más a la vereda sacó el sable y me tiró un hachazo que pude evitar dando un paso atrás.

Ese paso lo salvó a él mismo, porque al retroceder yo hacia la pared vi que el *loco Frías* estaba a mi lado en la misma esquina, le había apuntado al inglés con el remington.

Y según me confesó después habría disparado si no le hubiese desviado yo el arma a tiempo que tocaba el gatillo. El mismo cuya borrachera le impedía hablar claro pero no mirar bien, se dió cuenta del peligro y se retiró taloneando su jamelgo.

Yo mandé a otro de los centinelas a la comisaría de donde salieron tres agentes que lo alcanzaron al ingeniero, lo hicieron descabalgarse y lo condujeron a pie a la comisaría.

Supimos al otro día que lo hicieron dormir bien, y a la mañana siguiente lo despertaron sano y fresco y muy agradecido al hospedaje. Pero entre tanto me di cuenta que mi amgio el «loco Frías» era muy bueno y entretenido, pero que, con armas, era un loco peligroso. *Así lo* demostró en una circunstancia más importante, en que su impulsividad puso en riesgo la vida nada menos que del general Mitre.

Vencida la *revolución* en los combates del 20 y 21 de junio, se iniciaron las negociaciones de paz.

En ellas intervino en primer término aquel eminente *ciudadano que aun cuando política* y espiritualmente coincidía con la resistencia a la candidatura impuesta por la liga de gobernadores, no *había tomado una participación* activa *en* la protesta armada.

El día 22 ó 23 de junio, pasó por las trincheras de Santa Fe y *Junín*, en *dirección* a Belgrano donde se celebraban las conferencias para arreglar el armisticio. Iba en un cupé acompañado por otra persona a quien ya conocíamos.

El coche se detuvo un momento a cumplir con los requisitos de la consigna militar a que estaba sometido el tránsito.

Más tarde, al anochecer, y cuando todos creían que el general había regresado a la ciudad, entrando por otra calle, sonaron dos tiros frente a la trinchera. Del cuerpo de guardia acudimos los que estábamos más cerca, y alguno se anticipó a decir:

— Ha de ser el «loco Frías» que anda desesperado por hacer tiros.

Y así era en efecto. Desde la noche del incidente en que le apuntó al ingeniero militar, quedó excluído ya del servicio de centinela y se le prohibió el uso del fusil. Se empeñó en que le permitieran el de una carabina; le fué negado.

Aquella noche estaba él désarmado conversando con un centinela del exterior de la trinchera cuando se acercó un coche.

Aquél dió la voz de ¡alto! pero el coche seguía avanzando. Según explicó después el cochero, con el ruido del coche y el del fuerte vientó que soplaba a esa hora no había escuchado la orden de detenerse. Después de la tercera voz de ¡alto! que dió el centinela, y como siguiera avanzando, el «loco Frías» le arrebató el fusil y disparó dos tiros seguidos.

En el coche regresaba el general Mitre, que acababa de concertar la terminación de la guerra civil.

Cuando llegamos a informarnos de lo que ocurría, el pobre cochero estaba fulo, tal vez no tanto por el propio peligro de que se había salvado, sino *por el que había corrido la* personalidad que conducía, de cuya gran significación se daba cuenta según se deducía de sus exclamaciones y protestas. *En ellas no se mencionaba a sí mismo,* sino a su señoría, refiriéndose al general.

— Lo han querido matar, lo han querido matar, repetía a cada momento.

El general, con su serenidad acostumbrada, lo tranquilizó a su auriga, y hasta disculpó al centinela, diciendo que militarmente había cumplido su deber. En ese instante no se aclaró todavía que no fué el centinela el que hizo los disparos.

Acto continuo se mandó al «loco Frías» y al centinela arrestados a un galpón del viejo edificio que servía de cuartel y se ordenó la formación de un sumario . . . que no pasó de sumario. El desarme de las fuerzas revolucionarias se realizó a los pocos días.

Pero durante los dos o tres días que duró el arresto del «loco Frías», hubo un cambio de opinión en contra suya. La mayoría de los que festejaban sus gracias, aplaudían su canto y aprovechaban sus asados de matambre y chinchulines, se convirtieron en censores severo de su persona en cuanto lo vieron en desgracia. *Dejándolo solo* en su encierro, formaban corrillos afuera para criticarlo y hasta calumniarlo. Entonces sacaron recién a luz referencias *desfavorables* sobre su vida pasada. En especial se hacían muchas glosas de sus calaveradas en París que antes nadie las había mencionado entre los que se presentaban como bien informados en el último momento.

Y ese fué mi momento para retribuír sus bondades y finezas en la proporción que me fué posible en lo material, y en lo moral, con mi compañía y mis cordialidades. A ellas se asoció mi amigo el salteño, un bondadoso del tipo común, de los que hacen con gusto a los demás el bien que les sobra después de salvar su comodidad y su provecho.

El día del licenciamiento nos despedimos a la puerta del cuartel con sincera efusión afectuosa. Cambiamos la promesa de buscarnos; pero la vida nos apartó para siempre. Nunca tuve noticias de él, a pesar que las solicité en todas las oportunidades en que me encontraba con tucumanos. Casi todos los de aquel tiempo lo habían conocido; algunos lo recordaban con afecto, pero nadie sabía su paradero. Buenos Aires se lo tragó.

Es el destino de innumerables provincianos, unos de grandes y otros de buenas condiciones, a quienes devora nuestra *gran* urbe sin que quede rastros de sus existencias.

La del «loco Frías» ha dejado en mí la huella duradera de una melancolía del pasado y la de un sentimiento de gratitud al que rindo un tardío homenaje en esta evocación de su exuberante vida malograda.

J. CASTELLANOS



UNION TELEFONICA 5171 MITRE
COOP. TELEF. 325, CENTRAL

"La Fraternidad"

Sociedad de Personal Ferroviario de Locomotoras

Casa Social Alberti 354.

SIRVASE CITAR
Nº

Buenos Aires, Noviembre de 1923.

Señor Director de las
''ESCUELAS INTERNACIONALES''

Muy señor nuestro: CIUDAD

Formulamos la presente para llevar a su conocimiento, que la Comision Directiva de esta Sociedad ha resuelto aprobar el informe producido por una comisión especial designada de su seno, respecto a la conveniencia que habria en recomendar a nuestros asociados la utilizacion del sistema de enseñanza de las ''Escuelas Internacionales por correspondencia'', que Vd. dirije.

Por la copia que le adjuntamos, Vd. podra apreciar que el referido informe es favorable a la institución que Vd. dirije. Y la Comisión Directiva, al aprobarlo, lo ha hecho suyo, resolviendo su inserción en las columnas de la Revista social para conocimiento de todos los asociados.

La Comisión Directiva agradece también, por nuestro intermedio, la donación de las láminas, libros y cuadros hecha por Vd. a esta Sociedad, y la agradece con tanta razón, por cuanto se trata de un valioso material de enseñanza técnica, que vendrá a enriquecer el que ya existe en la Biblioteca Central.

Sin otro motivo, aprovechamos la oportunidad para saludar al Sr. Director con nuestra mayor consideración,

por ''LA FRATERNIDAD''

SECRETARIO-GERENTE PRESIDENTE

"LA FRATERNIDAD" SOCIEDAD de PERSONAL FERROVIARIO de LOCOMOTORAS
Secretaria Central
ALBERTI 354
UNION T. 5171 MITRE

Testimonio elocuente

En las sociedades formadas por hombres laboriosos, las

ESCUELAS INTERNACIONALES

gozan del alto concepto expresado en la carta que antecede.

Más de 100 importantes Empresas industriales y comerciales en la Argentina y países vecinos y no menos de 2.000 en todo el mundo, auspician los métodos de enseñanza por correspondencia de estas ESCUELAS y acuerdan a sus alumnos recompensas y franquicias.

El perfeccionamiento técnico que se obtiene terminando uno de los cursos de esta organización, ha sido y sigue siendo la llave del éxito para muchos miles de jóvenes de carácter firme y de elevados propósitos de progreso.

Analice usted el alcance de estas afirmaciones y por lo que pueda interesarle tome nota de algunos de los 80 cursos que enseñamos, adaptados a las condiciones de cada alumno:

COMERCIO Y PROPAGANDA: Director-Gerente Comercial, Perito en Publicidad, Jefe de Oficina, Tenedor de Libros, Mecano-Taquígrafo.
VAPOR Y ELECTRICIDAD: Director de Centrales Eléctricas, Maquinista de Instalaciones de Vapor, Maquinista Ferroviario, Perito Electricista, Perito en Alumbrado y Tracción Eléctricas, Instalador Electricista.
MATEMATICAS Y DIBUJO: Matemáticas, Matemáticas y Dibujo Lineal, Matemáticas y Dibujo Mecánico, Dibujo Mecánico, Delineante de Taller Mecánico, Construcción y Dibujo de Máquinas.
INGENIERIA CIVIL: Ingeniero de Ferrocarriles y Carreteras, Perito Constructor de Ferrocarriles y Carreteras, Topógrafo.
MECANICA: Ingeniero Mecánico, Ayudante de Ingeniero Mecánico, Perito Mecánico Electricista, Contramaestre de Talleres Mecánicos, Conductor de Automóviles, Jefe de Taller de Automóviles.

— ESCUELAS — INTERNACIONALES
AVENIDA DE MAYO 1396

Invitamos a usted cordialmente a visitar nuestros departamentos de enseñanza y si esto no le fuera posible por estar radicado lejos de esta Capital, a que nos envíe el cupón que va al pie para poder así suministrarle todo informe al respecto. Su visita o el envío del cupón no constituye ningún compromiso de su parte.

Escuelas Internacionales
(International Correspondence Schools),
AVENIDA DE MAYO, 1396 Buenos Aires.
Scranton - Nueva York - París - Londres - Madrid - Habana.

Nombre......................
Dirección......................
Localidad y F. C.......................
....
Interesado por el curso......................
....

C 4270

De Santiago del Estero



ECOS DEL CARNAVAL. — Los "Ku-Klux-Klan", conjunto que llamó justamente la atención en los corsos locales.

Señoritas de Marcos, Salvatierra y Luflom que se singularizaron por la originalidad de sus disfraces.

Señoritas Adela y Enriqueta Zain, Lidia Suárez y Berta Paz, disfrazadas de "Batacián".



¡El Vencedor en todas partes!

VENCEDOR en todas partes! Tal es la frase que expresa con exactitud la posición de Studebaker en el mundo automovilista.

Es vencedor por desarrollo, en pruebas de velocidad, resistencia y economía. Studebaker obtuvo numerosos trofeos durante 1923.

¡Y vencedor de la favorable acogida del público! Más de 145.000 coches Studebaker se vendieron durante el año 1923, lo que refleja la extensa aprobación de la calidad Studebaker.

Deténgase en cualquiera de nuestros salones de ventas. Vea los modelos Studebaker 1924. Hay trece tipos de carrocería, cada una montada sobre un chassis confiable de seis cilindros.

En cada uno de estos se ha incluído los mejores materiales y mano de obra, como asimismo nuestros setenta y dos años de experiencia en fabricación.

Records parciales establecidos por los coches Studebaker en 1923.

Febrero 25.— Un Studebaker Seis Especial, por segunda vez consecutivamente, obtuvo el Gran Premio de la Argentina. Carrera entre Rosario y Buenos Aires, la más clásica de Sud América. Un Studebaker Seis Liviano obtuvo el trofeo otorgado por el Presidente de la Argentina.

Octubre 14 al 21. — Un Studebaker Seis Liviano efectúa sin detenerse en Syracuse, E. U. A., un recorrido de 7 días. Promedio de velocidad 57 kilómetros por hora. Durante la prueba alcanzó hasta 109 kilómetros por hora.

Octubre 14.— Un Studebaker Seis Especial obtiene nuevo record de velocidad. 1375 kilómetros, de Salt Lake City a Los Angeles, E. U. A., en 23 horas, 43 minutos.

Noviembre 3. — Un Studebaker Seis Grande bate todos los records anteriores entre Barcelona y Madrid. 671 kilómetros en 10 horas, 52 minutos y 58 segundos. Dos horas menos que el record carretero anterior y cuatro horas menos que el tren expreso entre estas dos ciudades.

Noviembre 26. — Un Studebaker Seis Grande de 1919, veterano con 750.000 kilómetros de recorrido, o lo mismo que haber dado la vuelta al mundo 19 veces, hace una travesía de Los Angeles a Nueva York sin la menor dificultad mecánica.

Diciembre 31. — 145.167 coches vendidos en 1923, que costaron al público 201.000.000 dólares. ¡Espléndida aprobación del valor y calidad del Studebaker!

Marzo de 1924. — Studebaker gana por tercera vez el *GRAN PREMIO* del Automóvil Club Argentino (Buenos Aires - Rosario - Córdoba - Rosario - Buenos Aires, 1520 kilómetros de malos caminos). Cuatro coches Studebaker entraron en carrera y los cuatro llegaron a la meta en inmejorables condiciones, clasificándose 1.°, 3.°, 4.° y 12.° en dicha gran prueba. Studebaker es la única marca que ha ganado tres años consecutivos el GRAN PREMIO de la Argentina, resultando así campeón de 1922, 1923 y 1924.

Studebaker

The Studebaker Corporation Of America

MONTEVIDEO	BUENOS AIRES
Av. 18 de Julio, 912	Av. de Mayo, 1235.

STUDEBAKER

PASATIEMPOS

CARAS Y CARETAS ha establecido un concurso mensual de juegos de ingenio, para el que se otorgarán cuatro premios en la siguiente forma: dos a los lectores que remitan mayor número de soluciones exactas y otros dos a aquellos a quienes se les publique mayor número de juegos. Ajustarse a las siguientes bases:

1.ª En caso de empate los premios serán adjudicados en la forma más equitativa que resuelva la Dirección.

2.ª Es requisito indispensable adjuntar a las soluciones el cupón respectivo.

3.ª Los juegos para publicar deben estar acompañados de firma y domicilio aunque se publiquen con seudónimo.

4.ª Los juegos que se remitan deberán acompañarse de las soluciones correspondientes.

5.ª El aspirante a premios por colaboraciones puede optar también a los premios por soluciones.

N.º 1
Frase comprimida, por Mario Medina (Ciudad)



N.º 2
Intercalación, por Mario Medina (ciudad)

IDA NOTA BEB

N.º 3
Refrán interpretativo, por José Imirizalde (Quilmes, F. C. S.)

	EDAD
TIFUS................	30 años
PULMONIA...........	45 años
POBREZA............	60 años
DESAMPARO.........	60 años

N.º 4
Comprimido, por José Imirizalde (Quilmes, F. C. S.)

E I O U ARTICULO NOTA

N.º 5
Comprimido, por José Imirizalde (Quilmes, F. C. S.)



N.º 6
Comprimido, por José Imirizalde (Quilmes, F. C. S.)



N.º 7
Comprimido, por Valentín García Romero (Ciudad)

EIVIKE

N.º 8
Comprimido, por Valentín García Romero (Ciudad)

QUI LAR

N.º 9
Comprimido, por Valentín García Romero (Ciudad)

FAR FIR
OSO
FER FUR

N.º 10
Comprimido, por Valentín García Romero (Ciudad)

A — O

N.º 11
Comprimido, por «Tirteo» (Ramos Mejía, F. C. O.)

FLUÍDO ó MEDIDA

N.º 12
Comprimido, por «Tirteo» (Ramos Mejía, F. C. O.)



N.º 13
Intercalación, por Jacobo Zaslabsky (Ciudad)

NOTA R NOTA R

N.º 14
Fuga de consonantes, por Baltasar Buccafuschi (Ciudad)

.o..u.a . a.e.iu.a a .e.e.
.u..a . a .e.e. .i..u.a

N.º 15
Intercalación, por Baltasar Buccafuschi (Ciudad)

P NOTA NOTA NO I TA

N.º 16
Comprimido, por Baltasar Buccafuschi (Ciudad)

NOTA NOTA NOTA N.

A los solucionistas y colaboradores

Toda serie de soluciones que se envíen deben acompañarse del cupón respectivo que se publica al final de la sección.

Cuando los colaboradores deseen que sus juegos se publiquen con seudónimo, deben hacerlo presente: en este caso, como en los anteriores, es conveniente anotar el domicilio debajo de cada juego.

El concurso de pasatiempos no es sólo para los lectores de la capital; pueden competir *también los del interior y exterior*.

Al remitir una serie de colaboraciones, cuando cada juego esté hecho en un pliego, es conveniente firmar uno por uno, dando las soluciones por separado.

No es necesario adjuntar para las colaboraciones el cupón; tal requisito es sólo indispensable a los solucionistas, a quienes recomendamos, para el más rápido recuento y fallo del concurso, remitir las soluciones de una sola vez, al publicarse la última serie de juegos.

N. de la R. — *Toda la correspondencia para esta sección debe remitirse a la sección* «Pasatiempos», de CARAS Y CARETAS, Chacabuco, 151.

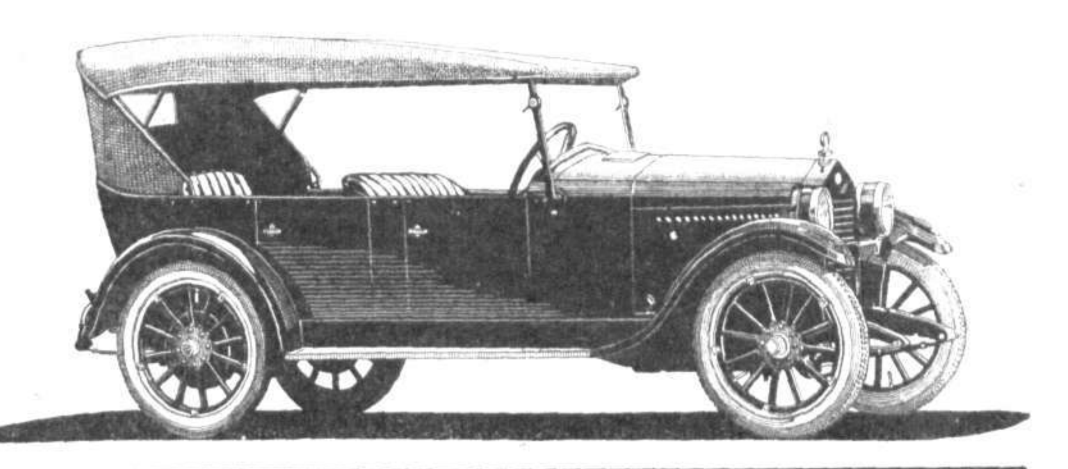
CONCURSO DE PASATIEMPOS
ABRIL DE 1924.
CUPON N.º 1332.

Reanudamos hoy la publicación de la página de «Pasatiempos», que tanto éxito *ha obtenido en nuestros números anterio*res, la que será insertada con regularidad.

En números próximos continuaremos también con una serie de capítulos sobre la moderna técnica del arte enigmático, iniciada hace algunos meses, comprendiendo los requisitos que deben reunir los diversos juegos.

Concurso de Marzo. — Se reciben soluciones hasta el 26 de Abril inclusive.

Nota. — Se recomienda muy especialmente a los señores colaboradores, cuando envíen un pasatiempo en que intervenga un dibujo, no lo firmen al reverso, sino al pie del mismo, dejando un pequeño espacio entre aquél y la firma.



¿Lo conoce?

es

el nuevo "ESSEX"
de seis cilindros.

El coche liviano más científico que se construye en los EE. UU.

Con su motor de DOS litros, desarrolla 90 kilómetros por hora y consume menos de 12 litros por cada 100 kilómetros.

Precio

$ 4.500 m|n.

completamente equipado.

Es además el primer coche americano que ha adoptado la línea europea, de carrocería baja y asientos realmente confortables.

Pida una demostración a uno de nuestros Agentes o directamente a

BUXTON GUILAYN & Co
S^DAD EN C^DITA — BUENOS AIRES
AUTOMOVILES ELECTRICIDAD y MAQUINARIA

El doctor Gregorio Aráoz Alfaro, Presidente del D. D. de H., acompañado por el Interventor nacional doctor R. Araya, y por un núcleo de amigos, después del banquete que le fuera ofrecido durante su última visita a esta ciudad.



La señorita Carmen Rocha, directora del Internado modelo de Niñas, rodeada por las alumnas que concurrieron el día de la apertura de los cursos.



LA EXPERIENCIA

...enseña que UROTROPINA es el más eficaz de los antisépticos de la orina y del organismo.



UROTROPINA

" SCHERING "

es el desinfectante interno en general por excelencia. Limpia la Vejiga, los Riñones, y las Vías Urinarias. Elimina el exceso de Acido Urico causante de la Gota y del Reumatismo Gotoso. Su fama es mundial.

Consulte a su médico.

NOTA IMPORTANTE.— Exija siempre Pastillas UROTROPINA en frascos originales "Schering" que contienen 50 comprimidos de ½ gramo.



SE VENDE EN TODA BUENA FARMACIA

Un consejo médico

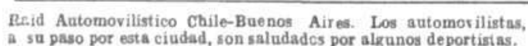
Señora: Si Vd. sufre de dolores en el **período, flujo blanco** o **metritis,** tome en seguida el **"ESPECIFICO SCHEID'S"** tres o cuatro frasquitos bastan para que quede Vd. libre de sus dolencias, pero si le atrasa o falta el **período** entonces tome el **"AMENORROL".**

Frasco $ 4.—

Depósito General: CARLOS PELLEGRINI, 644 - Buenos Aires.







Raid Automovilístico Chile-Buenos Aires. Los automovilistas, a su paso por esta ciudad, son saludados por algunos deportistas.

Motociclistas del Moto Club Argentino, que con todo éxito realizaron el raid Buenos Aires-Valparaíso.

CONTRASTE

Los conocedores de la historia saben que el primer rey que ostentó en España el título de «católico» fué Fernando, el esposo de Isabel, pero lo que no saben muchos es cómo el Católico Fernando, trataba al jefe de la iglesia, del que no toleraba intromisiones, como puede verse en la carta auténtica que reproducimos, dirigida a su sobrino, Conde de Ribagorza, Virrey de Nápoles, para atajar las ambiciones del papa Julio II:

«Estamos muy determinados, si Su Santidad no revoca luego el breve y los autos por virtud dél fechos de le quitar la obediencia de todos los reinos de la corona de Castilla y Aragón, y de facer otras provisiones convenientes acaso tan graves y de tanta importancia. Lo que ahí habéis de facer sobre ello es, que si cuando ésta recibiéredeis no habéis enviado a Roma los embajadores... que no los enviéis de ninguna manera, porque sería enflaquecer y dañar mucho el negocio; y si los habéis enviado que luego a la hora les escribáis que se vuelvan sin fablar al Papa ni a nadie en la negociación; y si por ventura hubieren comenzado a fablar, vuélvanse a ese reino sin fablar más, y sin despedirse ni decir nada. Y vos faced extrema diligencia por facer prender al cursor que vos presentó el dicho breve, si estuviere en ese reino; y si le pudiéreis haber, faced que renuncie y se aparte con auto de la presentación que fizo de dicho breve y mandadle luego ahorcar..., y digan y fagan en Roma lo que quisieren; y ellos al Papa, y vos a la capa. Y esto vos mandamos que fagáis y pongáis en obra sin otra dilación ni consulta; porque cumple e importa mucho a nuestro real servicio.»

—El envidioso enflaquece de lo que otro engorda.





No use tinturas químicas

ni otros procedimientos similares para teñir sus canas, porque queman la raíz del cabello y lo hacen caer. Comience hoy mismo a usar

AGUA DE COLONIA

"LA CARMELA"

Se convencerá de que no tiene rival, porque es un producto original, inimitable e inofensivo que produce sus efectos por la acción del oxígeno del aire. Es muy higiénica y agradable. Se usa como cualquier loción al peinarse. Contra la caspa es insubstituíble y garantizamos con el importe del frasco, que la hace desaparecer totalmente en cinco días, por su acción antiherpética.

De venta en: Franco Inglesa, Scherrer, Gibson y demás farmacias, tiendas y perfumerías del país.

J. L. CONDE y Cía.

CARLOS PELLEGRINI, 426 BUENOS AIRES

Frasco, $ 8.— Interior, $ 8.50

Economía

y el mayor grado de elegancia tendrán sus vestidos si los tiñe en los colores de última moda, con

FLORIOL

COLORANTE IDEAL

En todos los colores de moda.

Precio de la pastilla $ 0.80

En todas las Farmacias.



A los Niños Débiles....

es conveniente tonificar el organismo en general con



DINAMOFERRIN

FLINDT

de acción siempre eficaz

NO ADMITA SUSTITUTOS

$ 3.20
En todas las farmacias.

Envíenos $ 0.20 en estampillas, y recibirá el interesante libro: "LAS ENFERMEDADES MAS COMUNES".

UNICOS CONCESIONARIOS:
DROGUERIA AMERICANA
Bmé. Mitre, 2176. — Buenos Aires.



PRECOZ DESARROLLO PARA TODAS LAS RAZAS DE VACUNOS

CRIADORES E INVERNADORES DEBERÁN PRESTAR CUIDADOSA ATENCIÓN A LOS MÉTODOS ALIMENTICIOS.

Diez y seis o diez y siete años pasados, en la época en que el que esto escribe se dedicó a la industria ganadera en este país, no era extraordinaria ocurrencia comprar novillos de 3, 4 y 5 años para engordarlos y luego venderlos a los frigoríficos locales. Actualmente, el invernador progresivo sonreiría para sus adentros si un criador o estanciero comprara animales de la edad mencionada. La demanda, al presente, es por «baby-beef», o sea por animales de 2 a 2 ½ años cuando están propiamente engordados y que daran alrededor de 700 libras de carne limpia. Esta es la res muerta cuya carne «chilled» de primera calidad es la única que puede competir con el desarrollado artículo inglés en los principales mercados de carnicería de Londres y de otras poblaciones importantes de la Gran Bretaña. Es un hecho generalmente reconocido que ningún otro país en el mundo puede competir con la República Argentina en los mercados europeos y en lo que respecta a carne «chilled», y la franca acogida observada por expertos de Australia y Nueva Zelandia dan las dos razones siguientes para justificar tal aprecio: primera: debido a la gran calidad de los rebaños argentinos, y segunda: la gran facilidad con que cuentan los frigoríficos del país para transportar con rapidez a los mercados del Viejo Mundo.

Concediendo que existe mucho de cierto en las anteriores manifestaciones, es todavía más cierto decir que este país pudiera muy bien producir en la actualidad lo menos el 50 % más «chillers» que el que produce. Y ¿de quién es la culpa de esta deficiencia en la producción de la primer calidad de carne? Sencillamente; de nadie más que de los criadores. Durante años y años yo he venido advirtiendo y procurando convencer a los criadores de haciendas comerciales en el sentido de que deberían hacer un rechazo anual de sus viejas vacas de cría y aumentar al mismo tiempo gradualmente sus rodeos con vaquillonas seleccionadas cuidadosamente de su propia producción, y, sobre todo, consagrar una gran atención a la compra de padres de alta calidad y de buena procedencia.

Pero el verdadero trabajo del criador deberá dar comienzo desde el nacimiento de los terneros. Un ejemplar de estos pobremente desarrollado jamás alcanzará la categoría de «baby-beef» o producto «chillers». Sépase que al ternero nunca se le deberá permitir perder su carne de ternero que le es propia; su madre deberá ser ampliamente racionada con pastura de modo que produzca bastante leche para el desarrollo de su cría; además, deberá mantener el novillito suficiente tiempo para que éste recobre las carnes que haya perdido al principio.

Recuérdese que la carne «chillers» es la que requieren los frigoríficos para satisfacer la demanda de los mercados de Gran Bretaña, y no deberá tener siempre presente que Inglaterra es el mejor cliente que tiene la Argentina.

Poco a poco va siendo comprendido, tanto en este país como en otros ganaderos, que si la producción de carne vacuna ha de alcanzar las proporciones de una provechosa industria, todavía habrá que desplegar nuevos esfuerzos para conseguir el perfecto desarrollo y calidad de nuestros vacunos. Solamente hace tres décadas la crianza del ganado vacuno en la Argentina estaba asociada a largos eriales de pastura silvestre por donde los animales vagaban hasta la edad de 7 a 8 años en que eran sacrificados con el objeto de convertir sus carnes en productos secos, y en muchos casos la parte que más valía del animal eran el cuero y la grasa. Pero las condiciones han cambiado considerablemente durante los últimos diez años. La agricultura ha mantenido y afirmado sus derechos en no escasa proporción sobre las mejores tierras de las más accesibles zonas de la República; chacareros y tamberos pueden muy bien pagar más altas rentas que cualquier otra persona dedicado a la reproducción de animales con propósitos de sacrificarlos, con el resultado de que los criadores de vacunos se ven ahora obligados a darle mayor amplitud al cultivo artificial de los pastos para sus animales, y hay que decir que en ninguna parte del mundo rinde la alfalfa tan general y magnífico resultado como en la Argentina.

El manifiesto deseo de poder producir ganado en buenas condiciones para los frigoríficos y los carniceros, en temprana edad para los animales, es el que debe mover en tal sentido a los estancieros. Comparando la demanda y los precios durante los tres pasados años para novillos gordos de primer engorde de 3 y ½ a 4 años y estos de 2 y 2 ½ años, no se podrá negar que el productor de los últimos ejemplares se ve recompensado por considerables ganancias, consiguiendo, al mismo tiempo, un «standard» de carne que favorece apreciablemente el nombre «argentino» entre los consumidores de las diversas marcas comerciales de esta índole.

Considerando bien todas las cosas y teniendo en cuenta las investigaciones científicas relacionadas con la crianza y nutrición del ganado vacuno así como nuestra actual experiencia en esta República, llegamos a comprender, apoyados en muchas razones, el porqué el cultivo de los animales vacunos tiernos da mayor provecho que los criados hasta mayor edad, en tanto que también se evidencia la posibilidad de producir lo que el mercado británico requiere, lo que se consigue prestándole la debida atención al engorde.

Una de las principales razones por la cual no resulta provechoso el engorde de los animales más viejos, es la de que, durante todo el período de sus vidas, una considerable porción del alimento que han tomado fué utilizado para mantener sus cuerpos. Por cada 100 libras de peso vivo de cualquiera de estos animales, cierta cantidad de alimento es requerida para mantener estas 100 libras estacionarias y regular las ordinarias y necesarias funciones para su existencia, y esto sin obtener una onza adicional de peso. Ahora bien; para lograr que su peso se desarrolle para tamaño o para producir engorde, se necesita una cantidad adicional de alimento sobre la que ya el animal consume simplemente para mantenerse.

Es muy fácil comprender ahora que si un animal es mantenido por 3 y ½ a 4 años, consumirá muchísimo más porciones de alimento que el animal engordado y listo para el sacrificio a la edad de 2 y 2 y ½ años. Y he aquí un punto importante: si la pastura, la pastura seca, el ensilaje y los cereales utilizados en mantener los más viejos animales durante 18 ó 24 meses fueran empleados como alimentos para un segundo animal, se adelantaría bastante en el camino de otro novillo. Digamos algo acerca de la crianza de terneros. En su tierna edad, sus madres deberán producir una abundante cantidad de leche, y esto es solamente posible cuando la progenitora dispone de liberal alimento. Muchos criadores en la Argentina parecen satisfechos con dedicar las más pobres tierras y los más escasos pastos a las vacas destinadas a la reproducción. Una jira por la más extensa parte de la República probará la verdad de lo que acabamos de afirmar. Los criadores deberán recordar, sea puesto como buen ejemplo, que un bien cuidado y bien nutrido niño hace un excelente escolar, lo mismo si pertenece al sexo masculino que al femenino, y por análogo proceso alcanza la plenitud de su desarrollo un ternero, llegando a ser «chillers» de primera. No solamente la vaca ha de disfrutar de buena pastura para rendir abundante leche, sino también el ternero, que la necesita para contribuir a su desarrollo; y por desconocer esto es por lo que no faltan criadores que cometen un grave error teniendo a sus vacas de cría en terrenos de escasa y mala pastura. Un saludable y bien engordado ternero de 9 a 11 meses, y ya separado de su madre, es más fácilmente mantenido en sus propias condiciones de vida que si estuviera flaco y se le tratara de engordar.

Además, el desarrollo que alcanza el animal bien criado es así mucho mejor, y el número de ellos que puede ser mantenido sobre tierras de buen pasto mucho mayor, resultando, al fin, el método más barato y apropiado para la vaca y su ternero.

Geo. G. J. Peters

Sus Brazos serán Hermosos.

La orientación de la moda actual impone el uso de los brazos desnudos. Pero no todas las damas los lucen tan lindos como debieran, pues en muchas se ven con granitos, poros abiertos, grasosos, con manchas, asperezas, etc.

Sólo las que conocen el secreto de hermosearlos los exhiben encantadores. Hoy día este secreto no debe ignorarlo ninguna dama que sepa valorar la importancia de los brazos bien cuidados; basta darse un ligero masaje con Crema Lechuga y después tomar un algodón mojado en Agua Helena y frotarse suavemente haciendo presión. Este procedimiento sirve, también para hermosear la espalda y el cuello.

De Mendoza

Puente del Inca



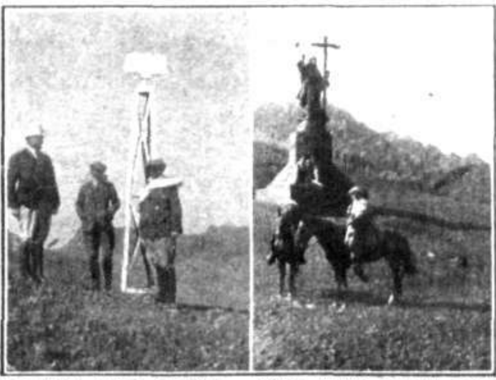
Excursionistas seleccionando cabalgaduras en la estación Cuevas.



Grupo de veraneantes durante un paseo por las montañas.



Señorita de Echagüe y doctores Culaciati y Francioni empeñados en un interesante partido de "Sapo".



Señor Gobbi, señor Goddard y señora, en la línea limítrofe con Chile.

Señora de Mazzucchelli e hija al pie del Cristo de los Andes.

Comentarios

— La felicidad no existe.
¿Quién dijo eso? ¿Un pesimista?
— No, señor; lo dijo un triste
demócrata progresista.

*

Querían algunos hablar de elecciones
y de otras cuestiones
bastante espinosas
que a Elpidio molestan por ciertas razones
que nunca dirá.
No estaba dispuesto
a hablar de esas cosas
y Elpidio, molesto,
se enoja, hace un gesto,
suspira hondamente, saluda y se va.

*

— Escribe mal en prosa y mal en verso;
pero tose de un modo sorprendente.
— Creo que es, actualmente,
el primer «tosedor» del universo.
Y da gracias a Dios
porque le ha permitido finalmente
que descuelle siquiera por la tos.

*



— Vale lo que pesa.
Y esa vieja odiosa
hoy es más famosa
que Santa Teresa.
— ¡Nadie lo diría!
— ¿Cómo lo ha logrado?
— Escribió un «Tratado
de Chismografía».

*



— Yo no soy radical ni socialista.
— ¿Y qué es usted?
— Flautista.
No suelo tocar mal,
Mi flauta es socialista en ocasiones
y mi flauta es a veces radical,
Un flautista de tales condiciones
tiene que ser neutral.

*

— Loza se mueve.
Viajará mucho.
— ¡Qué hombre arriesgado.
Cuídenle, amigos, y hagan que lleve
el apellido bien embalado.

*



— Es una mala persona
que no tiene corazón.
— ¿Es suegra?
— No; es solterona.
— Ha errado su vocación.

*

— He visto con anhelo.
la carrera triunfal de don Marcelo.
— ¿Triunfal?
— ¿Y quién lo niega?
Sólo la gente ciega.
Alvear es un político de vuelo
que se cruza de brazos y despista
al ingenuo y procaz personalista.
— Es un modo de ver un poco raro.
— Don Marcelo es muy claro;
al pan le llama pan, al vino, vino
y, a lo que algunos piden, desatino.
Si quieren imponerse con descaro,
les oye indiferente
y se cruza de brazos nuevamente.
Puesto en ese terreno,
obra siempre con calma y con prudencia.
Y saco en consecuencia
que cruzarse de brazos es muy bueno.

*

— ¿Eligen a esa señora?
— No me parece probable.
— Sería una senadora
respetable.

*



— ¡Qué músico admirable.
— Lo hace muy bien;
Toca un rato el serrucho, lo deja y, luego,
una sartén enorme coloca al fuego
y fríe castañuelas en la sartén.
Le aplauden atrozmente por lo genial
y se ponen furiosos si alguien protesta.
— No puede haber orquesta como esa orquesta.
— Es un arte exquisito.
— Y original.

MONOS DE REDONDO

NUESTRO PROXIMO NUMERO:

Contendrá las siguientes colaboraciones literarias, artículos, novelas y notas: La Saboyana, por **Alfonso Danvila** (del libro del mismo nombre). Revelaciones íntimas de Rubén Darío, por **M. Soto Hall.** Un buen negocio, por **Manuel Gálvez.** El lechuzón, por **Alberto Viñas.** El hallazgo, por **E. Carrasquilla-Mallarino.** Infancia, por **Fernández Moreno.** La novia muda, por **Edgardo Garrido Merino.** Don Silvano, por **Gregorio Guzmán Saavedra.** De la vida inquieta, por **Eduardo Zamacois.** Ver para creer, por **Ezequiel Martínez Estrada.** El negro Raúl, por **A. Hernández Cid.** Heroico remedio, por **José Mora Guarnido.** Cómo vendí mi voto, por **Luis de Villalobos.** Miedo, por **Roberto Ortelli.** El Consejo Nacional de Mujeres. Su nueva sede. El espejo, por **Egistro Roggero.** Retrato, por **Antonio Machado.** Escorpión, por **Ana Franchi.** El elefante blanco, por **Alitana de Almeida.** Relato sombrío, narrador más sombrío, por **Villiers de L'Isle Adam.** Personas desconocidas, novela de extraordinarias complicaciones, por **Arthur Somers Roche.**



RESISTENCIA (Chaco). — Aspecto de los salones del Coliseo Park durante el gran banquete con que los miembros de las colectividades española e italiana celebraron la confraternidad existente entre ambos países.

UN TIBURÓN DESTROZADO POR UNA LANCHA

Arthur Robinson describe un ataque efectuado contra una lancha por un tiburón gigantesco en su viaje por Luva, isla Fijí.

Asienta que iba en camino de Lautoka a Yasawas, en aguas de Fiji, cuando su pequeña lancha chocó fuertemente contra algo.

«En un principio me imaginé que había dado contra un escollo, relató, pero no podía yo entender cómo, puesto que estábamos en aguas profundas. Un momento después se sintió otra conmoción y un golpe como contra un objeto blando abajo de la popa. Me asomé por un costado y pude contemplar un gran tiburón con la boca y la cabeza hecha tiras. Debe de haber asestado un mordisco al propulsor. Y lo mató. Simplemente se fué al fondo dando vueltas en forma de tirabuzón, sumergiéndose, hasta que se perdió de vista.»

Los esclavos no faltan jamás a los tiranos. — LAMARTINE.



Enriqueta Freigero, maja. — Nélida Caruso, fantasía. — Antonio Schiavo, pescador. — Lidia Elsa Pérez, húngara. — Herminio Espinosa, torero. — Nélida Casimir, bolsa de labores. — Jorge Pons, bretón holandés.









Carmen Damato, fantasía. — Élena Gallardo, húngara. — Coca Lemos, mariposa fantasía. — Susana Bertón, fantasía. — Nélida Tejerina, fantasía. — Tomasa Vega Morán, muestrario. — María Furche, aldeana.



Mercedes y Hortensia Pan, torero y maja.



Nicanor A. y Julia A. Uzos, pierrot y locura.




José V. y Francisco E. Abatte, farol y locura.



David y Dora Teplisque, campesino y jardinera.

Dora y Esther Monteros, pescadoras.



Teresa V. Castro y Mercedes Zon, gallega y gitana.



Carmen y Leonor Almiñana, mariposas.



Roberto y María Angélica Brusa Sian, futurista y violeta.

Luisa y Gregorio Tkache, paje y dama antigua.








Angela Martín, Reina del Shaba. — Oscar Arnaes, mariposa. — Esther Cecchi, dama antigua. — María S. Linares Reilly, japonesa. — Clelia Esquiabu, pierrot. — María S. Borghello, hada. — Orlando René Dey, lord.







Antonio Artesi, canasto florido. — Angelita Dómina, pescador. — Norma A. Chesino, canasto florido. — María J. Brindesa, apache. — Moisés Cangi, pescador. — Emilio R. Mansini, militar. — Carlos Alfredo Gómez, marqués.

VISITANTES



María y Armando Diaz, bailarina y diablo.

Haydée y Alfredo Trighero, bailarina y pierrot.

Haydée Espigares, luna.

Manuel González Pérez, payaso.

Perla Lesag y Zulema Failo, holandesa y florista.

Agustina y María Buhler, ratones.











Liria A. e Irma Cerrini, fantasía y rosa.

Nelly A. y Nereida L. De María, mariposa y esclava.

Rosa N. Cambiasso, mariposa.

Horacio Rinaldi, pelotari.

René y Marcelo Pierri, pelotaris.

Ricardo y Aurora Méndez, labriegos.





Aida y Yoconda Perri, trompo y dama antigua.

Alcira Gómez y Felisa Vila, sultana y manola.



Celia F. Alem y Emilia López, mariposa y holandesa.

María Cerude y José Vila, Sisebuta y Trifón.



Susana y Julio Merlino, mariposa y pierrot.

Dima y Dora Rodriguez, república y gaucho.



Blanca Norma Teper, billiken.





Félix y Clara Schissa, tarjetero y sultana.

Candelaria y E. Chiavenza Brego, volatinera y arlequín.











Olga y Adolfo Piñeyro, bailarina y pierrot.

Dora y Angélica Buero, fado y "Reina del Shaba".

María L. Margarita y Blanca P. Acuña, napolitana, húngara y bailarina.

Amelia y Clotilde Bonin, cisne y Cupido.

Carmen y Antonia Rodríguez, chula y gitana.













Nilda Fany Kiperman, boxeador.

Haydée E., María A. Vedoya, Cupido y fantasía.

Joaquín Mariño, boxeador.

Dalmacia Costa, jockey.

Margarita y Enrique F. de Gamboa, chino y portugués.

Elsa y Lidia Briamonte, canillita y billiken.

Nuestros pequeños visitantes



María y Carmen Hernández y María González, bailarinas y gitana.

José A. y María A. Abal, pelotaris.



Pedro, Enriqueta y Guillermo Bacci, doctor, casita y payaso.



María T., Vicente y José Massa, locura y arlequines.



J. C. Bacchini, O. Menor y Angélica Moschesiso, mariposas y pompadour.



María y Nelly Luelmo, baturro y mariposa.



Angélica Colombo y Teresa Ravegna, pompadour y fantasía.



L. de Cristo, J. Auleta y T. de Gerardo, boxeador, apache y holandesa.



Jorge Menéndez y J. E. Vía Méndez, trompo y gallega.



María A. y Antonio Alonso, florista y torero.



María A. y Cora Tavolaro, dama antigua y del harem.



Elvira Grela y Francisco Capó, aldeanas.



Emma Moutagno, dama antigua francesa.



Juan y Carmen Ubedo, pierrot y dama antigua.



Federico y Haydeé San Martín, pierrots.





Celia A. y Alicia M. Gabrielli, pierrot y normanda.



Haydeé Gorla y Clelia N. Morandi, odalisca y mariposa.



Laura Perrone y Raúl Pietrafablo, dama antigua y baturro.

María y Gabriel Salvi, fantasía y molino.



Victoria y Pascual Chirico, trompo y conejo.



Oscar Bagatti e Ismael Galán, pierrots.



Angélica Belloco y Amalia Rey, griega y dama antigua.



Adela y Mercedes Fout, aldeana y florista.



Armando y Luis Robles, maja y barquillero.



María E. Gioffi, dama antigua.



Héctor De Marchi, pez fantasía.



Celia Varela, esclava.



Angela Lemos, flores de campo.



Delia Vilanova, violeta.



Pedro Isidoro, emperador griego.



Sarita Tutin, Kepwie.



PERSONAS DESCONOCIDAS

NOVELA POLICIAL DE EXTRAORDINARIAS COMPLICACIONES

POR

ARTHUR SOMERS ROCHE

TRADUCIDA EXPRESAMENTE PARA "CARAS Y CARETAS"

(CONTINUACIÓN)

Ruth tembló de miedo por el riesgo que corría su compañero, que iba a ser atacado por un malhechor en plena desesperación.

Doyle, tomándola por la muñeca, la atrajo hacia un pequeño hueco que formaba una de las paredes.

Luego, los dos hombres confundieron sus cuerpos en la obscuridad, pero no con la furia y el ruido que ella esperaba, no habiéndose producido el choque porque Doyle, con un hábil y elástico movimiento, evitó el golpe de su enemigo, que, medio perdiendo el equilibrio, fué dando traspiés hacia el fondo del túnel, mientras el detective se quedaba en la parte opuesta.

Pero, con extrañeza momentánea, Doyle advirtió que Kennedy se dirigía hacia el fondo del túnel. Le siguió como a ocho metros de distancia y detrás se animó la mujer, curiosa y nerviosa por el desenlace. Los tres avanzaban en dirección a la salida del subterráneo. Ruth, perturbada por los acontecimientos extraordinarios que ante ella se desarrollaban, apenas escuchaba el ruido apagado de las pisadas de los dos hombres. A los pocos minutos se encontraba ante una diminuta luz que brillaba en lo alto y una ráfaga de aire fresco azotó su rostro, reanimándola.

Unas manos estrecharon sus brazos delicadamente, mientras una figura, delante de ella, le decía:

— Lo mejor que podemos hacer ahora es regresar por donde hemos venido, señora Reverly — sonó gentilmente la voz de Doyle.

Ambos se hallaban cerca de una abertura, en lo alto del precipicio de Dyce's Head.

— Pero él... él se ha...?

No logró formular con palabras el pensamiento. Con gravedad, no exenta de orgullo. Doyle hizo un movimiento afirmativo con su cabeza.

— Tenga la bondad de creerme, señora Reverly — dijo. — No esperaba tal final. Pensé que tendría que sostener una ruda lucha, pero nunca se me pasó por la imaginación que se suicidara, arrojándose por el boquete del precipicio. Apenas cambiamos algunas palabras y acabó de conocer mis firmes intenciones, apresuró el paso y... Acaso haya sido mejor lo sucedido — terminó, comentando Doyle.

Ruth, considerando que, después de todo, Ovelholt había sido su vecino, hizo un gesto de asentimiento. Así, con su fatal resolución, el suicida desaparecía silenciosamente evitándose las penalidades del proceso y el efecto terrible, moral, de la silla eléctrica.

Despacio, sin proferir una palabra, regresaron por el túnel en busca de la salida del sótano.

No habían andado mucho, cuando algunas sombras, que correspondían a los hombres apostados por Doyle, al otro extremo de la entrada, reconocieron a su jefe y le hicieron algunas preguntas con visible ansiedad.

Los que le hablaban, lo hacían con evidentes muestras de respeto, y a medida que se enteraban de lo sucedido, sus semblantes expresaban admiración por su maestro.

Respondíales éste con su brusca y natural vanidad de innegable cerebro superior, pero ahora Ruth nada tenía que reprocharle en su interior, ya que su admirable conducta le realzaba enormemente a sus ojos.

Sin embargo, no compartía la satisfacción que exteriorizaban aquellos hombres. Su delicado corazón condolíase del trágico final de aquel malhechor, que, a pesar de su manifiesta maldad, era su prójimo, sentimiento que no compartían, ni mucho menos, los agentes del genial detective. Alegrábase, por otro lado, de no tener derecho a participar en la recompensa ofrecida por su captura, lo que le hubiera molestado. Y cuando consideró que tampoco Doyle tendría derecho a premio alguno, siendo como era un profesional del detectivismo, pensó que debería ser indemnizado por su marido por sus trabajos tan satisfactoriamente conducidos.

Una intensa emoción la sacudió; un sentimiento de honda gratitud y de estimación hacia el hombre que acababa de salvarla y salvar a su marido de las garras de sus implacables enemigos, anegó su pecho hasta el punto de exaltarla; y con un movimiento tan inconsciente como generoso, echó a Doyle los brazos al cuello y lo besó con noble efusión.

— Yo le había dicho a usted, señora Reverly — habló el acariciado, con una varonil sonrisa de correspondencia — que exigía una fuerte remuneración por mis trabajos. Estoy pagado. Mañana le enviaré el recibo firmado. Ahora, si a usted le parece bien, vamos a libertar a su esposo.

CAPITULO XXIII

DOYLE SE EXPLICA ANTE LAS AUTORIDADES. — EL SHÉRIFF Y EL DETECTIVE SÁNDERSON APARECEN SOSPECHOSOS.—LIBERTAD Y VINDICACIÓN DE MR. BENT

A la salida del «cottage» de Jim Armstong, un automóvil les aguardaba.

Doyle ayudó a Ruth a acomodarse, dándole la mano, y luego se sentó a su lado.

Arrancó la máquina y en silencio caminaron hacia la villa.

El chófer parecía haber recibido instrucciones anteriores, porque no preguntó nada y guiaba con seguridad.

Poco minutos después se detenían ante las oficinas del «Selectmen», el edificio de las autoridades locales.

Las oficinas se vieron llenas cuando Ruth penetró en el umbral y cruzó los primeros aposentos. Pero ella no veía a nadie, no advertía siquiera la curiosidad que despertaba en algunos semblantes. Sus ojos, siguiendo las ansias de su corazón, ahora ya más que esperanzado puesto que solamente quedarían ya por evacuar ante la Justicia algunas diligencias insignificantes, se dirigieron hacia una sola persona, hacia un único semblante: el de su marido. En aquellos momentos de natural excitación, ni el tiempo, ni las cosas, ni los hombres que la rodeaban existían para ella.

Emocionada y risueña, con los párpados húmedos por la ternura que se desbordaba de su pecho, cayó en los brazos de su esposo y lo besó repetidas veces.

Doyle hallábase detrás, a pocos pasos.

Se adelantó con intenciones de hablar y le tocó con delicadeza las espaldas.

Volvióse ella hacia él, todavía ruborosa por la agitación, advirtiendo que también los ojos del detective aparecían tiernos, y la momentánea vergüenza que Ruth sintiera se desvaneció como por encanto.

— ¿Puedo yo presentarles al juez Erskine? — solicitó con amabilidad el genial pesquisante.

Un caballero de entrecano cabello y de recortados bigotes estrechó la mano de Ruth.

Ahora les presento al procurador del distrito de Southfield, Mr. Vogel — agregó Doyle, señalando a un hombre bastante más joven que el primero.

Había allí congregados otros personajes, pero el detective no se preocupó por presentarlos.

Parecían ser policías por su aspecto y por la compostura respetuosa que guardaban delante de Doyle, probablemente su jefe, pero, exteriormente, ninguna particularidad revelaba su profesión, pues vestían como los demás.

Además, la actitud vigilante con que miraban a Gerlach el Shériff y al detective Sánderson, hacía presumir su carácter de agentes secretos.

El rostro de John Gerlach, de ordinario rojo y congestionado, denotando su temperamento sanguíneo, mostrábase ahora densamente pálido; el buen humor que era una de sus características y que todo el vecindario conocía, habíase trocado por un hosco y mal disimulado gesto de temor.

También se podía advertir, en los ojos del detective Sánderson, que apenas se levantaban del suelo, un vago nublado muy parecido al miedo. Sus fuertes manos nudosas uníanse y desuníanse nerviosas a cada momento, de un modo mecánico. Entonces, el llamado juez Erskine habló:

— Se trata de un procedimiento no acostumbrado en estos casos, Mr. Doyle — dijo. — Pero, como usted ha prometido, bajo su palabra y crédito, presentar aquí al asesino de Armstrong y Lesœur, solamente bajo tal promesa yo he consentido en hacer acto de presencia y de autoridad en estas oficinas bajo mi jurisdicción. ¿Dónde está el hombre? — interrogó después de una pequeña pausa, mientras paseaba con cierto disimulo su mirada por los presentes.

— Muerto — exclamó Doyle. — Se arrojó desde lo alto del precipicio de Dyce's Head no hace más de media hora. Supongo que ya mis hombres habrán conducido su cadáver al departamento judicial de autopsias. Acaso — añadió — mi gente estará esperando que el comisario revise personalmente el lugar de la escena.

— ¿Quién es el hombre muerto? — inquirió el juez?

— Franklin Kennedy, aunque era más conocido en esta vecindad por el nombre de Samuel Overholt. La señora Reverly, aquí presente, tuvo oportunidad de escuchar su propia confesión, detalle que, en este caso no considero esencial, porque mañana a primeras horas presentaré aquí un testigo que lo conocía muy bien.

Y Doyle, con fría naturalidad, continuó así sus revelaciones:

— Franklin Kennedy fué el más peligroso y audaz falsificador de América en estos tiempos. Durante varios años el gobierno ha tratado en vano de capturarlo.

Una recompensa fué ofrecida al que lo capturara, por cierto de bastante consideración.

Además de otras agencias privadas que iniciaron algunas averiguaciones y no tardaron en desistir de su empeño, la Bryan Detective Agency recibió, no hace mucho, alguna noticia relacionada con la estancia probable de Kennedy en Beaulieu y su culpabilidad en el asesinato de un hombre, y entonces, acordándose del premio ofrecido por el Gobierno Federal, ordenó determinadas investigaciones que dieron por resultado la presunción de que el accidente fatal sufrido por Jim Armstrong había sido motivado por un crimen.

Inmediatamente, la Agencia envió aquí a uno de sus hombres a trabajar el caso. Este hombre se llama Sánderson y recibe un sueldo semanal de cien dólares.

En cuanto se estableció en esta villa, se puso en contacto con John Gerlach, el Shériff, el cual desde luego pensó que el detective descubriría algo. Este último, sin embargo, conocía bastantes detalles relacionados con la muerte de Armstrong y se puso a «tomarle las medidas» al hombre.

En una conversación sostenida con él mismo, tuvo suficiente habilidad para insinuarle que podía hacer una fortuna si sabía desenredar «convenientemente» el asunto.

Sánderson escuchó con atención los asuntos de la autoridad local y se mostró dispuesto.

Desgraciadamente para ellos, cuando aún permanecía honrado Sánderson, libre de las tentadoras asechanzas de Gerlach, tuviera conmigo una entrevista a bordo de un tren, comunicándome el caso en que pensaba intervenir, que me interesó en el acto, y en seguida me decidí a trabajarlo por mi cuenta trasladándome a Beaulieu.

(CONCLUIRÁ EN EL PRÓXIMO NÚMERO)